



44 ESCRITORES DE LA LITERATURA UNIVERSAL

Jesús Marchamalo
Damián Flores





Siruela Nos Gusta Saber

Índice

De lo que se trata

Siempre me ha gustado conocer la vida de los escritores. Sus hábitos, sus manías, sus avatares familiares, sus problemas y cómo los resolvieron. O complicaron. Creo que, más allá de la curiosidad, que ya sería motivo suficiente, saber cómo vivieron los grandes creadores ayuda a entender mejor su obra. A explicarla, justificarla, razonarla…

44 escritores de la literatura universal propone un recorrido por la literatura europea y norteamericana de los siglos XIX y XX a través de muchos de sus nombres imprescindibles, y de las claves, sucesos e historias que ayudan a conocerlos. La lista de autores incluye los nombres más representativos de la literatura francesa, inglesa, italiana, alemana, estadounidense, rusa… Y alguno, también, de nuestros autores predilectos.

Estoy convencido de que cada persona tiene un rasgo que, por encima del resto, la define. A veces algo obvio y, en ocasiones, inexpresado, recóndito. Esa búsqueda de la singularidad, del destello que ilumina el personaje, ha sido el objetivo a la hora de escribir este libro.

Por lo demás, creo que merece la pena señalar el hilo trágico que recorre muchas de estas semblanzas: infancias desgraciadas, pobreza, deudas, enfermedad, miseria, alcohol, muerte prematura… La vida de los escritores no siempre ha sido cómoda o complaciente; y la genialidad, el compromiso con la propia obra, con la literatura, suele pasar una factura muchas veces fatal. La quemadura de la gloria.

Falta hablar de los dibujos de Damián Flores, sus magníficas

caricaturas, que revelan esa parte secreta del escritor, al que retratan desde una inesperada perspectiva, una mirada nueva y original.

Termino refiriéndome a *39 escritores y medio* (Siruela, 2006), dedicado a escritores españoles y latinoamericanos, del que este libro es una lógica continuación. En la introducción a aquel, afirmaba que conocer a los autores, interesarse por ellos, acaba muchas veces conduciendo a sus libros.

No sé si sucedió entonces, pero no se me ocurre mejor deseo para este *44*… Que sea una puerta, una ventana, una rendija a través de la cual asomarse a la literatura. Que es de lo que se trata.

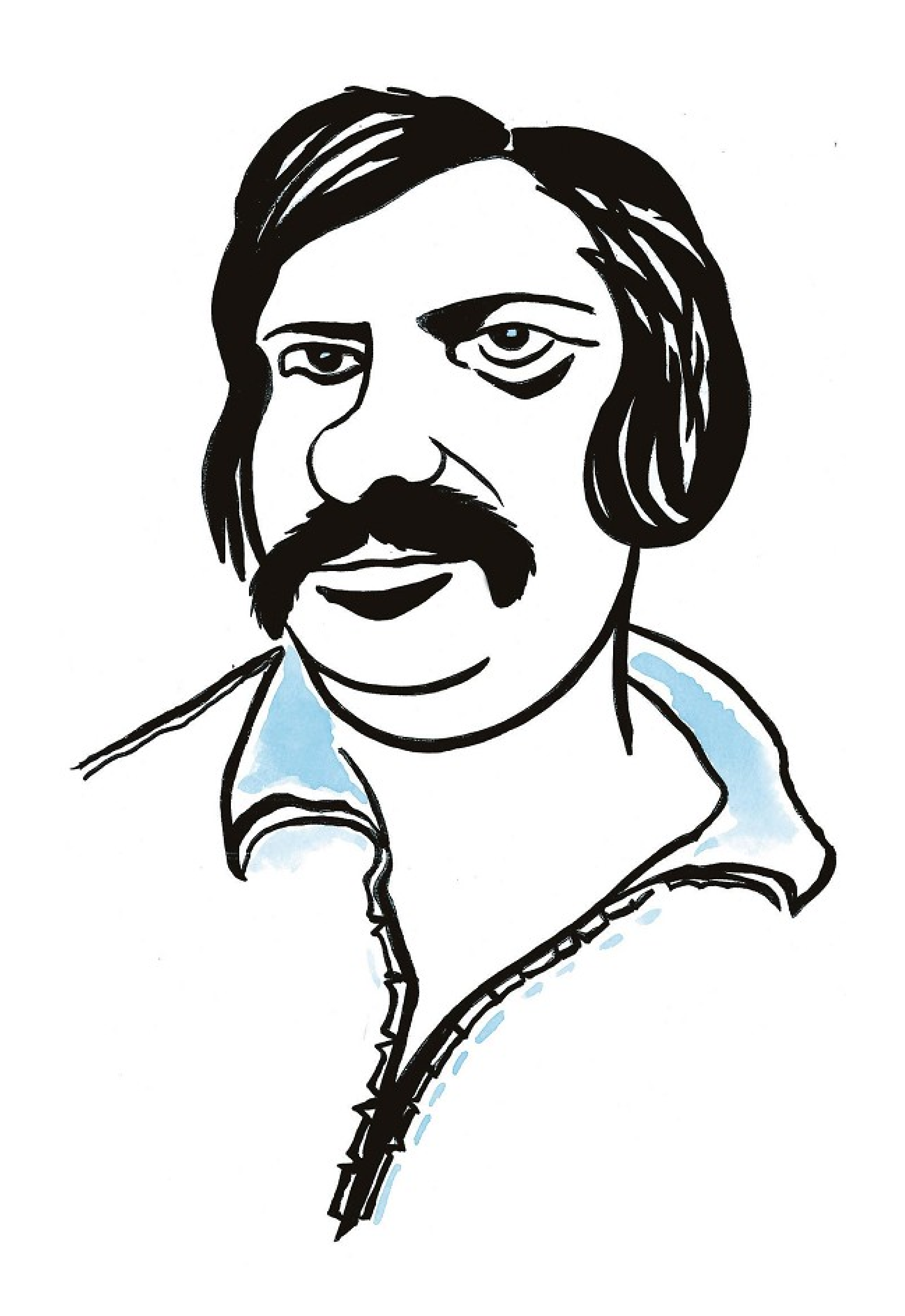
Jesús Marchamalo
octubre de 2009

44
escritores de la literatura universal

A Miguel Delibes, entrañable amigo.

Y a la pequeña Cloe.

Honoré de Balzac



Balzac y los acreedores

i se trata de Balzac hay que hablar de tres cosas: su pelo, sus sortijas y su bastón. Ningún otro rasgo ha despertado tanto interés entre sus biógrafos, nada, en su vida, ha hecho correr tanta tinta como su melena impermeable a los peines —asilvestrada, arrebolada, airosa, un poco de mañana de resaca—; la variedad de sus anillos, de papa o de monarca, y las empuñaduras de sus cachavas. Suficiente para una caricatura.

Vivía en Les Jardies. Una pequeña propiedad cerca de París salpicada de árboles diminutos y empinadas terrazas, donde él mismo dirigió la construcción de la casa en la que, *hélas*!, se olvidó de la escalera. Por más que los albañiles preguntaran por ella —su localización en planta, la calidad de los materiales, el diseño de la barandilla—, el ocupado Honoré, pendiente de otros aspectos más urgentes de la obra, fue postergando la decisión hasta que se retiraron los andamios y la imposibilidad de acceder a los pisos superiores se hizo evidente. Así que hubo que improvisar: ponerla por fuera, en la parte trasera, como pertinaz homenaje a su impericia.

En esa casa, poco más que un pabellón umbrío y destartalado, vivió gran parte de su vida rodeado de un mobiliario inexistente que fue garabateando en las paredes, con un trozo de tiza, y que nunca llegó a comprar: aquí una cómoda —se leía—, aquí un zócalo de mármol, aquí una chimenea… Allí trabajaba, siempre de madrugada, corrigiendo una y otra vez, y de allí salía a pasear, a menudo, con sus andares torpes, sinuosos, como los de un paquidermo. Le gustaba caminar de noche, para pensar, por los bosques de Ville d'Auray y de Versalles. Y había veces en que aparecía en la plaza, ya amanecido, con pantuflas y bata, despeinado, sin reloj ni dinero, como un sonámbulo, y que tenía que

volver a casa en el tranvía, contando con la complicidad del conductor que hacía la vista gorda cuando subía sin pagar.

Sus deudas fueron legendarias. Los acreedores llamaban a su puerta haciendo sonar una campanilla (se decía que de plata), y se enfrentaban a su silencio indiferente, un muro, cuando no a los ladridos amenazantes, intimidatorios, de un enorme perrazo, El Turco, todo dientes y fauces espumosas y ojos inyectados, temible y homicida. Y fue la comidilla nacional aquella señora, no se supo quién era, que cierta noche, en el transcurso de un baile de disfraces, se acercó hasta él y le deslizó un grueso fajo de billetes para a continuación desaparecer apresuradamente, enmascarada, entre los *pierrots*, los arlequines y los napoleones.

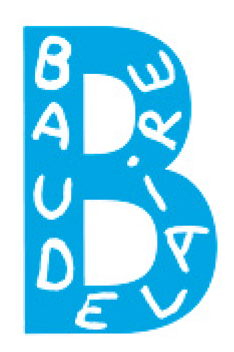
Un día lo visitó Victor Hugo. Desarrapados ambos, algo andrajosos. Uno, el pantalón sin tirantes; otro, la corbata raída. Uno, los zapatos sucios; otro, el chaleco falto de botones. Hugo fue parco en sus cumplidos, a juzgar por lo que contaron los testigos. Solo, casi al final, elogió la belleza de los alhelíes. «Son bonitos», dijo señalando difuso con el dedo.

Charles Baudelaire



[redacted]

Baudelaire, la ortografía



au-de-laire, decía espaciando las sílabas con enfermiza parsimonia mientras comprobaba, a hurtadillas, que su interlocutor había escrito bien el apellido. Con las aes y las es en su sitio, y el número preciso de consonantes: cuatro. Siempre dio una importancia extrema, pueril, casi supersticiosa a la ortografía de su nombre, y alguna vez hizo retirar un pliego al impresor Malassis, su editor, solo porque estaba mal escrito: una letra de más, Beaudelaire, o una de menos, Badelaire, o las mismas en diferente orden, Buadelaire, por ejemplo.

Vivió una infancia de internado. Un huérfano de padre en su más tierna infancia, para quien su padrastro, un general marcial y dominante, al que siempre profesó una singular antipatía, eligió el camino de la estricta disciplina: agua fría, puntualidad escrupulosa, orden, hipocresía, pañuelitos de encaje, y el meñique estirado sujetando la taza en días de fiesta. Así que acabó en aquel París de la bohemia, el de la orilla izquierda, el hachís y la sífilis, como caído en los brazos de una amante cálida y engañosa. Abrazadora.

Hubo un tiempo en que, excéntrico, dibujaba sus propios trajes —los colores exactos, los fruncidos, las sisas—, peleaba después con los sastres, y, elegante, pelín estrafalario, salía a la calle vestido de muselina negra, como el tallo de un tulipán; un sombrero de copa, un cinturón ceñido, de terciopelo, y una boa de plumas en el cuello y sobre ella una mano: dedos largos, huesudos, uñas cuidadas, delicadas como las de una virgen. Empapeló su habitación de rojo, las paredes y el techo, y la llenó de sapos, lagartijas, galápagos, un cuervo, una paloma, un gato… Y tenía una ventana en la que, detalle conmovedor, los cristales de arriba estaban sin esmerilar, para poder ver el cielo.

El rey del desorden, el edecán de la vida disipada, de la tos, los ojos

cristalinos, las deudas impagadas. Sin dormir. Sin lavarse. Sin comer más que unos pastelitos que, decía, eran de carne humana. Hasta que leyó a Poe, pobre. Como un deslumbramiento. Almas gemelas, ambos. Y se puso a escribir, casi alienado. Tanto, que dejaba la llave en la puerta para no tener que levantarse a abrir si alguien llamaba.

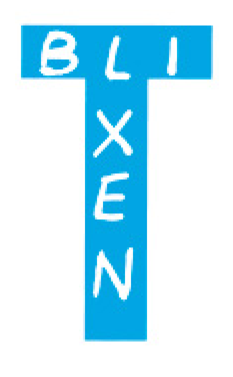
Corregía incansable, todo el tiempo. Incluso ya en la imprenta: erratas, márgenes, tipos de letra… Después de publicar *Las flores del mal*, llegaban a su casa cartas en las que, debajo de su nombre, aparecía el título del libro que le daría la gloria, como otros ponen su profesión: médico o arquitecto. Y escuchaba a su paso, como un susurro vago, cómo lo señalaban y, bajito, decían su apellido. Y ocurrió, viejo o avejentado, que él mismo olvidó la ortografía. Le daban, entonces, alguno de sus libros, y copiaba de la cubierta el nombre. La letra temblorosa, errática, afilada, con las aes, y las es, y las cuatro, precisas, consonantes.

Karen Blixen





Blixen, tan delgada



uvo, ya de mayor, un novio, o un amante, o lo que fuera. Un joven poeta pálido y torturado a quien contaba historias seductoras y al que un día obligó a grabar, como muestra de amor, un corazón con sus iniciales en la corteza de un árbol. Y años más tarde, cuando la abandonó, o lo que fuera, llegó en coche al lugar, distinguida como una de las princesas de los cuentos, con su chófer y un hacha. Señaló el árbol de lejos y, fumando indolente, vio cómo lo talaba.

Era alta, elegante, caprichosa, y delgada, delgadísima con sus brazos de alambre. Tanto que al final de su vida, tras una operación grave de estómago, comía apenas ostras, siempre con infinita, aristocrática desgana, y un par de espárragos servidos con champán. Así que hay fotos suyas en las que tiene un aspecto ligeramente cadavérico, una elegante y enigmática decrepitud: la piel pegada, el pelo recogido, la mirada llorosa, alucinada, y los ojos hundidos en las cuencas. Unos ojos volcánicos, de cierta malignidad provocadora, de esos negros intensos en los que se confunde, negra, la niña. Y la pupila, negra.

Tuvo, como se sabe, una granja en África, a los pies del altiplano de Ngong, en la que vivió diecisiete años plantando café, matando leones o viendo cómo los mataban, y organizando picnics en la sabana a los que llevaba cubiertos de plata, vasos de cristal bueno, sus mejores sombreros y un gramófono en el que escuchaba a Schubert sobre un coro persistente, inaudible, de rugidos, gañidos, trinos, aullidos, truenos… Allí aprendió a contar historias que inventaba. Los indígenas, alrededor del fuego, escuchaban al ama blanca, fascinados, con la voz impostada, susurrando, decir con los ojos exageradamente abiertos: «Hubo una vez un hombre que tenía un elefante con dos trompas…».

Volvió a Europa arruinada, divorciada y enferma, arrastrando los

restos del naufragio: algún mueble, unos pocos libros, un revólver de cachas nacaradas, y una elegante sífilis *prêt-à-porter* de la que se curó con el tiempo, pero de la que siguió presumiendo hasta su muerte.

Se buscó un seudónimo, Isak Dinesen, y se dedicó a escribir. Tan bien, que cuando a Hemingway le concedieron el Nobel, lo primero que dijo es que debía de haber sido para ella. Una noche estuvo con Marilyn Monroe en Nueva York, cenando ostras y espárragos, excéntrica y difícil, con uno de sus turbantes y un bolso en el que habría entrado ella misma plegada.

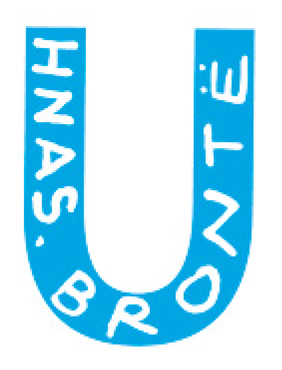
Pasó el resto de su vida montando en bicicleta, con el pantalón sujeto con horquillas, bañándose en agua caliente —las criadas debían subir los baldes por una estrecha escalera— y escuchando a Schubert.

Fumó hasta el final, de forma compulsiva, más de cuarenta cigarrillos diarios. Y murió en su casa, arriba, con un jarroncito rojo en la mesilla donde ponía la rosa fresca que un admirador, cada mañana, le enviaba.

Charlotte, Emily y Anne Brontë



Las Brontë, el mundo imaginado



na de las sirvientas que trabajó en la rectoría de su padre, una mujer mayor, de pelo recogido —gris plomizo— en un moño, y manos blancas, delgadas, dijo una vez: Charlotte era la más inteligente; Emily, la más guapa; y Anne, la pequeña siempre. Vivieron gran parte de su vida en una casa rodeada de páramos de un verde inapelable, por los que correteaban, ruidosas, inocentes, con sus faldas de vuelo y sus zapatos bajos, negros, casi invisibles. Había un palomar en el que todas las palomas que anidaban tenían nombre: Arcoiris, Diamante, Copo de Nieve… Y a veces, les bastaba verlas brillar al sol, aleteando —la mano sobre la cara, haciendo sombra—, para reconocerlas. Allí, una tía soltera o solterona, gobernanta severa, se encargó de inculcar a las niñas el sentido del orden, el deber, la modestia: puntualidad, limpieza y el listado completo y exhaustivo de las buenas maneras.

La vocación de las institutrices —dibujo, idiomas, lengua, normas de cortesía—, pensionados en los que escaseaba la comida, donde las clases eran interminables, los dormitorios fríos, los horarios estrictos y la única religión, el «Temario Mangnall» (el mapa del conocimiento obligatorio para señoritas), y el paseo de los domingos, por la ciudad, en fila, modosas, de la mano con el fondo acerado, persistente y locuaz de las campanas.

Hubo un perro, también, que se llamaba Keeper, un enorme mastín que las seguía a todas partes, gruñón y amenazante con el mundo; un gato, Negro Tom; dos ocas, Adelaida y Victoria, y un halcón recogido de un nido abandonado. Las criaturas mudas, las llamaban. Charlotte no demasiado alta, pulcra, disciplinada, cauta; Emily, desgarbada, arrogante y resuelta. Y Anne, la pequeña siempre.

Dijeron no al amor, ofensivo, imposible, que les llegó por carta, de

usted, protocolario, solo nombres y adverbios; y sufrieron, las tres, el tacto de la calamidad: la muerte de su tía, la de otras dos hermanas, la ceguera del padre, la locura, feroz e irremediable —el opio y el alcohol —, de su hermano Branwell, que las retrató a todas, en el margen de todos sus fracasos.

Tuvieron de pequeñas un reino imaginario, Anglia, que era su propiedad. Allí se encontraban las tres, escribiendo por la noche, en su cuarto, en la extraña vigilia de los cabos de vela. Crónicas y sucesos, cuadernos y papeles, largos versos, historias…

Cuando publicaron su primer libro, *Poemas*, del que vendieron dos ejemplares, decidieron buscarse seudónimos masculinos, Currer, Ellis y Acton Bell, en los que mantuvieron sus propias iniciales. Después ya fueron *Jane Eyre*, *Cumbres Borrascosas*, *Agnes Grey*, el éxito y la gloria. Un crítico, algo apergaminado, mirando por encima de sus gafas dijo de ellas: «Lástima que no sean hombres, habrían sido buenos navegantes». Lo mismo era un piropo. Charlotte, Emily y Anne. La más pequeña.

Lord Byron



Byron, verduras y gaseosa



Se llamaba George Gordon Byron porque una cláusula testamentaria exigía que el heredero de los Gordon llevara en primer lugar el apellido, lo que constituía, casi de hecho, la única herencia. Tampoco los Byron aportaron mucho más, aparte de blasones y de sellos heráldicos. Un par de títulos con tratamiento, un puñado de deudas y una pequeña renta que le permitió vestir siempre levita, además de una aristocrática imposibilidad para las erres. Así, decía «Byrn» cuando se presentaba, como si tuviera en la boca un trozo de pescado con espinas. Fue un joven apuesto, elegante, de rasgos varoniles y armoniosos, dueño de una noble y decimonónica belleza únicamente empañada por una ostensible y notoria, desgraciada cojera. Tenía un pie deforme, algo zambo, que al apoyarse en el suelo hallaba bajo el talón un abismo, una sima, un barranco de riscos escarpados por los que resbalaba en caída libre cada vez que daba un paso.

Se odió siempre por eso. Y arrastró de por vida no solamente el pie, sino el eco punzante, doloroso, de su primer amor. Una prima lejana, Mary-Anne, jugosa y deseable a quien oyó decir, desatinada, torpe, a una de sus doncellas: «¿No pensarás acaso que me puedo enamorar de un pobre cojo?».

Hubo siempre algo en él de esa doble mirada. Algo del joven tímido y silencioso, sometido a frecuentes abstinencias por mantenerse esbelto: hambre, esgrima, verduras y gaseosa; un ateo piadoso —curiosa conjunción, cómo él decía—, elegante y gallardo. Y el tullido amargado, libertino y rijoso, que acudía a frecuentes bacanales: alcohol, juegos perversos y muchachas turgentes a quienes sometía a burlas y ultrajes con los que se vengaba de la naturaleza y de su prodigalidad con ellas.

El resto fueron relaciones tormentosas. Amor y desamor. Y la espera, impaciente, fundada certidumbre, de la muerte.

Fue amigo de Shelley, quien, ahogado en el mar, como un poeta romántico, mientras navegaba, fue comido por los peces; las aguas devolvieron sus restos a la playa, apenas un despojo. Lo reconocieron por el libro que llevaba en el bolsillo. Allí, Byron, llorando y maldiciendo, enmarcado en el gris de la tormenta, ayudó a levantar la pira —troncos, ramajes, frondas— donde el cuerpo ardió durante horas. Y allí, con el reflejo naranja de las llamas, se tiró al mar, donde estuvo nadando hasta quedar exhausto.

Poco después fue ya su propia muerte. Con treinta y siete años. La muerte de los médicos, del láudano. La de las sanguijuelas en la frente, baños de agua caliente, compresas, aceite de castor, y seis dosis de polvo de antimonio. Como no registraba mejoría, píldoras de clorhidrato de mercurio, y extracto de licor de calabaza. Murió sin apenas decir nada.

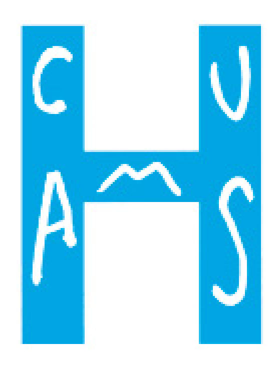
Cuando sus restos llegaron a Inglaterra, su albacea no lo reconoció. Tuvieron que abrir el ataúd y retirar el terciopelo rojo para que su pie, cojo y deforme, lo delatara.

Albert Camus





Camus, el billete de tren



Hay una foto suya, en blanco y negro, en la que posa, seductor, con el cuello subido del abrigo, el pelo engominado, y un Gauloises en los labios. Tiene un parecido remoto y persistente con Humphrey Bogart, y el brillo de la gloria precoz en la mirada.

Nació en Argelia. Y fue niño en uno de esos barrios vocingleros, de olor pesado a especias y pescado, puestos, ropa tendida y colores —frutas, alfombras, telas— para los que no hay nombre ni siquiera en francés.

Militó en esa religión del sol, del mar; los árboles, la tierra áspera, algo de privación, también, pobreza, frugalidad, modestia…

Su padre, un recuerdo lejano: una caja con fotos amarillas y una cruz militar. Había sido soldado, uno de aquellos zuavos de barbas afiladas, gorro y bombachos rojos, un poco de opereta, encuadrados en el Ejército francés. En la batalla del Marne recibió en la cabeza el impacto de una esquirla de obús. Un día, llegó a su casa un telegrama diciendo que había muerto. Poco después, la caja. Contenía una medalla, un reloj, una pluma y, envuelto en un trapo, sucio, lleno de barro y grasa, el fragmento de metal que lo había matado y que un compañero había recogido, todavía humeante, como un extraño exvoto, del campo de batalla.

El joven Camus trabajó en una ferretería, como agente de aduanas, fue periodista, actor, portero en un equipo de fútbol, y se hizo profesor, siempre becado. Allí, yendo a la universidad, traje y corbata, vio por primera vez las cafeterías, los grandes almacenes, las tiendas de ropa del Argel colonial, el de las faldas de blonda y las gafas de sol, que saltaría pocos años más tarde por los aires con las bombas del FLN, y las botas de los paracaidistas del general Massu.

Colaboró con la Resistencia, escribiendo, y escuchando la radio: las

emisiones que desde Londres hacían llegar mensajes en clave: «El té de tía Úrsula está envenenado» o «El cocodrilo ha dado tres saltos», por ejemplo. Serio, algo tímido —mujeriego también—, cohibido, tal vez amedrentado por el tiempo iracundo que le tocó vivir, se convirtió en uno de los príncipes rebeldes de la época. Un santo laico al que los jóvenes rendían culto en los bares que, de noche, se llenaban de existencialismo, humo, jazz y alcohol.

Luego fue el Nobel. Todavía no había cumplido cuarenta y cuatro años. Tres más tarde murió en un accidente. Iba camino de París, y el Facel Vega se salió de la carretera y chocó contra un árbol. Se rompió el cuello. Los gendarmes encontraron en un maletín el manuscrito de *El primer hombre* y en un bolsillo el billete de tren para ese mismo viaje. La noche anterior, su amigo Gallimard, que conducía, y que también murió, le había convencido de que lo acompañara en el coche que acababa de comprarse.

Todavía olía a nuevo.

Truman Capote



Capote, todos los excesos



ijo de Gloria O'Keeffe, la pintora, que no pagaría 25 centavos ni siquiera por escupir en uno de sus cuadros. De Kerouac, que su trabajo estaba más cerca de la mecanografía que de la literatura. Llamó zorra a Jackie Onassis, pelmazo a Mick Jagger, farsante a Bob Dylan... Y de Joyce Carol Oates dijo que era la criatura más odiosa de América, así sin ambages y en la categoría absoluta.

Engañaba al principio, eso sí, apenas un momento, con su cara de niño bueno, rubito, ojos claros, flequillo arreglado, y pinta de soprano de coral. Una malignidad angelical tras la que se escondía un genial, arrogante, pequeño bastardo, con perdón, de lengua viperina, que destilaba bilis y vómitos verdosos, subversivos, como la niña del exorcista.

Todo, además, siempre, con esa parsimonia indolente, gélida y extraoficial de los torturadores; el pitillo mansamente entre los dedos, la mano delicada en el mentón, el tono empalagoso y una vocecita seca y nasal, arrulladora, blanda, de la que Mailer —con quien también discutió— dijo que parecía salir de un cañaveral sin agua que tuviera en la nariz.

Fue un niño prodigio, desde luego, que comenzó a escribir con ocho años con la maestría de los elegidos, y que con dieciséis, regordete y liviano, paseaba con una capa y zapatos de colores por la redacción del *New Yorker*.

Cuando publicó su primer libro envió una foto al editor en la que aparecía tumbado en un sofá, como una corista, carnal y sugerente, los ojos entornados, indecente como un pecado mortal. ¡El mejor publicista de sí mismo!, decían de él, escándalo y provocación... El protagonista de todos los excesos: iba a fiestas, o las organizaba, bailaba

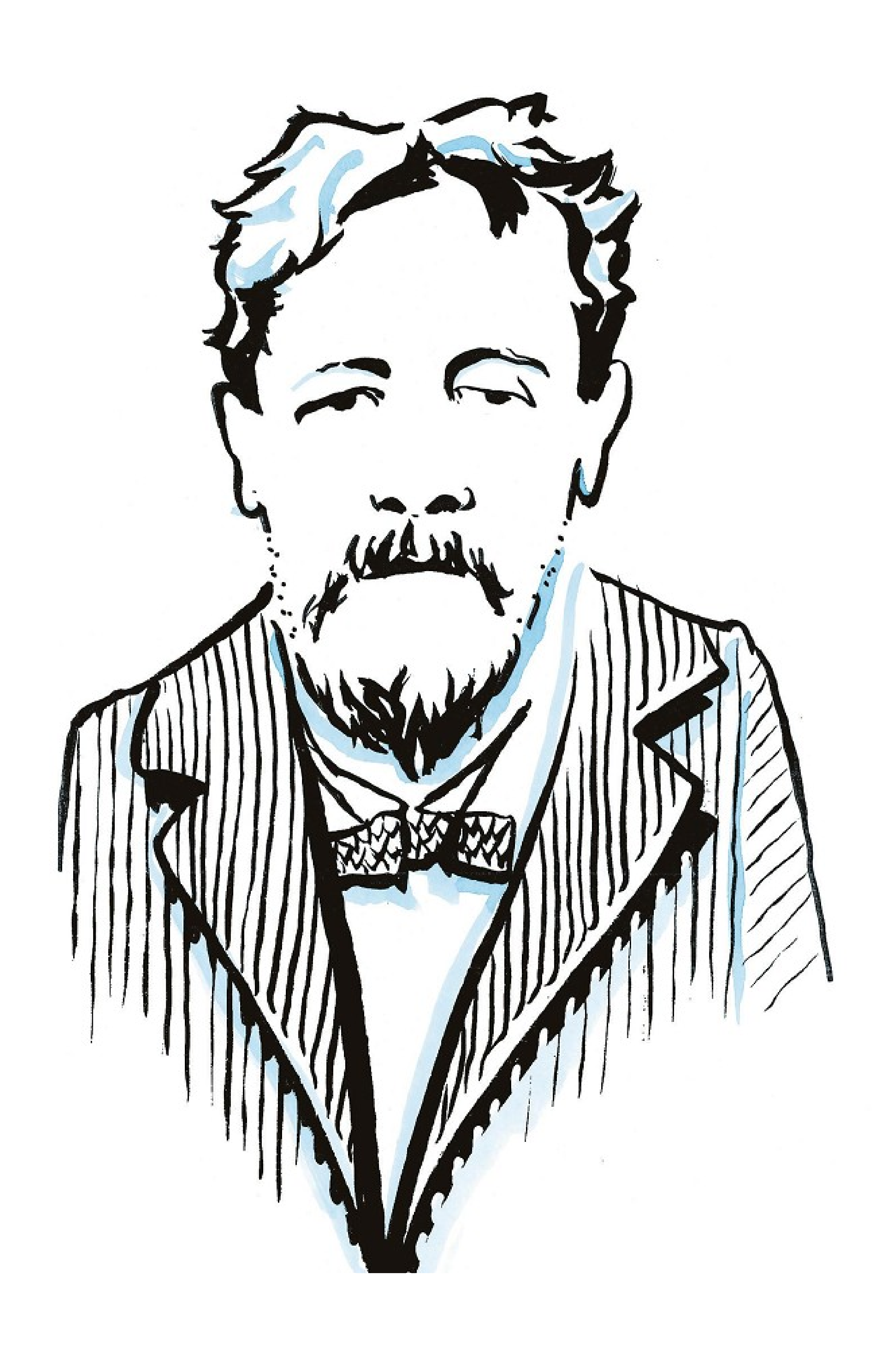
con famosas, aparecía borracho en la televisión, o en una conferencia. Conducía ebrio, siempre en el filo mismo de la navaja: las copas de champán burbujeante, el sombrero panamá, los ojos rojos, las drogas, el alcohol, jamás el menor signo de haberse arrepentido de ser él.

Tenía, sí, un problema con las supersticiones. Se descomponía con la facilidad del condenado si veía tres colillas en un cenicero, dos monjas o flores amarillas… Tampoco fue capaz de aprender nunca el abecedario. Se lió desde pequeño con las letras eme y cu, y ya no había manera.

El resto fue una canción que escribió para Barbra Streisand, *A Sleeping Bee*, su colección de pisapapeles de cristal, que sacaba de casa cuando se iba de viaje, y la literatura. Una de las mejores de su tiempo. Escribió *A sangre fría*, la historia del asesinato de una familia en Kansas, y durante seis años anduvo hablando con los testigos, la familia, indagando, los asesinos… Ya condenados, le pidieron que acudiera a la ejecución. Y cuando Perry Smith se acercó a él, de camino al patíbulo, le susurró al oído: «Le quiero, siempre le he querido». Lo ahorcaron minutos más tarde. No ocurría siempre con quienes se le declaraban.

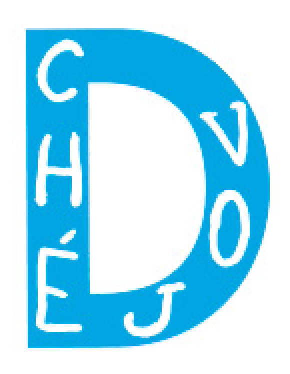
Presumía de buena puntería. Y un revólver del 38. No sé si plateado, con cachas nacaradas, como el de Karen Blixen. En las fiestas, a veces borracho, hacía que tiraran latas al aire, o botellas, a las que solía acertar casi siempre, mientras movía el revólver humeante, errático, entre sus invitados que, borrachos también, se morían de risa.

Antón Chéjov





El bueno de Chéjov



urante años estuvo cobrando los cuentos que publicaba en los periódicos a cinco kopeks la línea —una miseria—, y su mayor obsesión era no superar la extensión del encargo y verse obligado a cortar. Porque vivía entonces la incómoda, certera impresión de que cada línea que tachaba eran cinco kopeks que, sin siquiera haber cobrado, ya habían desaparecido de su bolsillo. Así que cuando le pagaban con entradas de teatro, como ocurría a menudo, respiraba aliviado en cierto modo, porque ninguna palabra de más podía cobrarse un fragmento de platea.

Era médico, y en la puerta de su casa había una placa donde lo decía. Y como no quería que sus pacientes —esos que iban a enseñarle la lengua, o a toserle, o a estornudarle encima— supieran que escribía, eligió un seudónimo con el que durante un tiempo firmó cuanto publicaba: Antosha Chejonte. Ese fue el nombre que aparecía en su primer libro, *Cuentos de Melpómene*, que fue un fracaso absoluto de ventas y del que un crítico escribió que era como un limón exprimido que se pudre a los pies de un muro. Algo que, dicho en ruso, suena un poco peor.

Compró una casa en el campo, tres caballos, una vaca, cuatro patos, dos perros, a los que puso de nombre Bromuro y Quinina, y un piano. Y andaba siempre con tanta gente a vueltas, padres, madres, hermanos, amigos, conocidos que subían y bajaban, iban y venían y le montaban fiestas, que se construyó una caseta en el jardín, de madera, para escapar. Cada mañana salía de casa, se calaba las gafas, con leontina, y se encerraba allí, con llave, para escribir.

Escribió *El tío Vania*, y a los críticos tampoco acabó de gustarles; escribió *La gaviota*, y los críticos volvieron a contar lo del limón

exprimido. Y la noche del estreno, en Moscú, vio cómo los espectadores se reían donde no era, y cruzaban las piernas, y silbaban, y se daban codazos, y se movían nerviosos en las butacas. Salió del teatro y se puso a caminar sobre la nieve.

Se levantó con tos, sudoración, fiebre, fatiga, y una gota de sangre en el pañuelo. Desde entonces anduvo esquivando la muerte, viajando aquí y allá, lejos, cerca, mañana… Conoció a Olga Knipper, una joven actriz con la que se acabaría casando, y a quien regaló una foto de su cabaña, de recuerdo. No convivieron mucho, pero a cambio se escribieron cartas. Mi perrito, la llamaba cariñosamente, mi serpiente, mi pequeña pava. Algo que, dicho en ruso, suena un poco mejor.

Murió en la Selva Negra. Estaban hospedados en el hotel Sommer, y de noche se despertó agitado. Olga llamó al médico. Cuando llegó, deliraba: hablaba del Japón, y de un marinero del que contaba algo ininteligible. El doctor Schöhrer le auscultó, guardó el fonendoscopio, cerró el maletín y encargó una botella de champán. Brindaron los tres, dos al borde del llanto. «Cuánto hacía que no bebía champán», dijo antes de recostarse en la cama.

Fueron sus últimas palabras.

G. K. Chesterton





Chesterton, mapa del disparate



o diremos que estaba gordo —dios nos libre— aunque consta que con apenas treinta años pesaba ya 280 libras. Una gordura un poco fofa, blandengue, espesa, de alguien que se desayunaba huevos con bacon, a diario, y que jamás se preocupó del ejercicio físico más allá de pasar las páginas del *Times*.

Tenía grandes manos, pies pequeños, casi de juguete, y una cabeza que alguien calificó de magnífica: espesa melena, un poco leonina, pelo rizado o enmarañado, ojos pequeños, risueños, y unos labios carnosos —al menos el de abajo, el otro nunca se le vio bajo el bigote—, brillantes y en apariencia húmedos, de esos por los que siempre parece gotear un hilillo de sopa.

Uno de sus primeros recuerdos fue un teatrillo con personajes de cartón, y una doncella rubia, con trenzas, que cuidaba de él en el jardín. Un ángel, decía su madre, y él estaba de acuerdo. Y siempre recordó, con nostalgia o feliz glotonería, la vaquería en la que, cada mañana, bebía un vaso de leche. Una infancia feliz y acomodada, cómoda y nutritiva en la que la única sombra fue la muerte de su hermana Beatrice: su retrato se volvió en la pared, y su nombre no fue pronunciado nunca más.

El resto pertenece al capítulo de la leyenda. La pistola que compró la mañana de su boda —y las balas— por si tenía que defender a su mujer de lo que fuera; el teléfono que instaló su padre en casa, y que conectaba la buhardilla, arriba, con la caseta del jardín (siete metros y medio de distancia); y las discusiones interminables con su hermano Cecil que se prolongaban a veces durante horas.

Hubo una que se suscitó a media mañana, nadie recordaba con exactitud el motivo, y que continuó a lo largo del día. Se gritaron a la

hora de comer, siguieron durante el té, y en la cena. Y a las dos de la madrugada —hora local— se oyó cómo uno de los hermanos, nunca se supo cuál, bajaba las escaleras y se iba, ofendido, cerrando la puerta con firmeza pero con cuidado. Un portazo sordo, por así decirlo, o mudo. Muy inglés.

Toda su vida tuvo problemas con el dinero. Desconfiaba de los bancos (el tiempo acabaría dándole la razón) y lo llevaba encima; por los bolsillos del pantalón, en el chaleco: calderilla, billetes y talones que se arrugaban como bolas, y que se destrozaban y había que tirar.

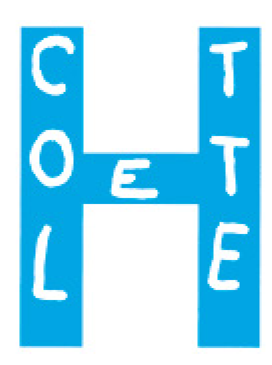
Vivió aquel mundo del periodismo en el que los reporteros llegaban antes que la misma policía y los diarios cerraban a medianoche. Y se cuenta que un día, durante la guerra, en casa, siguió hablando con unos amigos sin darse cuenta de que había un bombardeo. «Es cierto que empecé a percibir ruidos en el exterior», dijo más tarde. Salió a la calle a pasear todavía con el eco de las últimas explosiones e incendios, y casi llegando a casa escuchó la sirena que, triunfante, anunciaba el final del peligro.

Lo mató su hígado. Se vengaba de tanta discusión y tanto beicon.

Colette



Colette, la reina de la casa



asta que cumplió treinta años tuvo una trenza que casi le llegaba a los tobillos. Una trenza que deshacía durante horas por la noche después de lavarla con huevo y ron, como si estuviera permanentemente constipada. Una trenza que era a veces látigo, a veces rienda o escala, a veces un perrito travieso y revoltoso que correteaba distraído a sus pies y con el que a menudo se enredaba, se liaba, tropezaba, como aquella vez que, viendo una exposición, acabó en el suelo después de trastabillar con la coleta.

Hija de una joven inteligente, encantadora y rubia, y de un padre, inválido de guerra al que le faltaba la pierna izquierda, Sidonie Gabrielle, a quien todo el mundo conocería por su apellido, Colette, creció en un ambiente de mimos y cojines de crepé color burdeos, donde la llamaban gatita querida, y joya de oro, en días alternos.

Tuvo tres maridos —el primero, que le robó sus primeros libros; y el último, al que llevaba casi veinte años—, una escandalosa aventura lésbica que aireó sin complejos, un amante a tiempo parcial, decenas de aventuras de una noche, y un coro de aduladores y partidarios incondicionales que mariposeaban, como polillas, a la luz de sus ojos miopes, casi transparentes, su mirada seductora y su boca japonesa, un poco triangular, siempre pintada de *rouge*.

Provocadora. Sensual. Lo mismo libertina. Durante cuatro años salió a diario al escenario enseñando su pecho izquierdo, convertido en auténtica leyenda, mientras se fotografiaba para los periódicos disfrazada de hombre, o vestida —iba a decir desnuda— de odalisca.

Tuvo un salón de belleza, y una línea de productos que llevaba su nombre. Viajaba, vivía en hoteles, acudía a fiestas… Y un día se encerró, con su corte de animales, perras y gatas, en una habitación forrada de

seda roja: paredes rojas, techo rojo, roja la cama y las sábanas, los cojines y las fundas para los almohadones. Las lámparas envueltas, también, en fulares de color rojo.

Estaba enferma, una artrosis reumatoide, y aquella cama se convirtió en su trampa de ratones, una balsa, como ella la llamaba, en la que permanecía recostada todo el día, trabajando, con su pelo convertido en una mata de algodón dulce, pescando con su par de bastones todo lo que necesitaba. Allí la visitó un joven de exquisitas maneras, manos blancas, y cigarrillos con filtro dorado. Truman Capote. Se sentó en un sillón, a su lado, y hablaron de literatura y pisapapeles de cristal. Colette también los coleccionaba y le regaló uno, que él rechazó, educado, apelando a su alto valor. ¿Qué sentido tiene regalar algo que no se aprecia? Le dijo, a medias indolente y seductora.

Y allí siguió leyendo con una lupa y escribiendo, a mano, sobre papel azul, con su pluma Parker y su gata. Se llamaba Cléopâtre o Sémiramis.

Joseph Conrad





Conrad, lobo de mar



ebrero de 1892. Józef Teodor Konrad está embarcado en el *Torrens*, un clíper que cubre la ruta australiana. En el viaje conoce a un pasajero, W. H. Jacques, que viaja hacia el sur huyendo de la tuberculosis. Una tarde, apoyados en la borda, hablan de libros, y se anima a entregarle un manuscrito que llevaba años escribiendo por medio mundo. En pensiones, tabernas, oficinas consignatarias, estaciones y camarotes de barcos con nombres de leyenda: el *Mont-Blanc*, el *Saint-Antoine*, el *Skimmer*. Porque la vida de Conrad, tiene, así de entrada, un lejano regusto a calafate y asperón de cubierta, a velamen y jarcia, y a lugares con nombres de café torrefacto: el Bósforo, Martinica, cabo de Buena Esperanza… Cuando se cruzaba por primera vez el Ecuador —esa línea discontinua de los mapas—, bañaban a los novatos en un tonel lleno de agua putrefacta, el barbero les rapaba el pelo, y después los emborrachaban con grog. *Le jeune polonais*, llamaban a aquel aprendiz de capitán, de ojos oscuros, pendenciero y bravucón, incapaces de pronunciar su segundo apellido, Korzeniowski.

Allí en el *Torrens* pasó los días enfrascado en sus tareas de primer oficial, esperando el dictamen del joven Jacques que, cuando terminó la lectura, le dijo que sí le había gustado. Y así fue como terminó su primera novela, *La locura de Almayer*, siempre con un cigarrillo entre los dedos. Porque fumaba tanto que muchos de sus libros tienen una marca, blancuzca, de ceniza, algún rastro circular de quemaduras. Y no solo los libros, sino sábanas, servilletas, manteles. Una vez se le quemó un manuscrito, otra vez una alfombra, otra un trozo de mesa tras estallar una lámpara de petróleo. Tal era el peligro, tan persistente el riesgo, que su mujer, la encantadora Jessie que, con más voluntad que destreza, pasaba sus manuscritos a máquina, con dos dedos, llenó toda la casa de un sinfín de jarras llenas de agua por si sobrevenía una

emergencia. Pasó los últimos treinta años de su vida en tierra, escribiendo en su estudio, vestido la mayor parte del tiempo con un albornoz gastado, y un monóculo, sufriendo crisis creativas, depresiones, tristezas, varias y llamativas estrecheces.

Un día, terrible, cayó en un coma febril y delirante, y empezó a hablar en polaco, con acento. Debió de ser una visión impresionante: despeinado, los ojos cristalinos, humeantes, hablando en un idioma incomprensible. Se le pasó. Al final, su fama se extendió por todos los confines literarios, y le obligó a ser un hombre sonriente.

La noche de su muerte llovió. Lo que se interpretaba entonces como un gesto solidario de la naturaleza. Estaba sentado en una butaca, dijo apenas «aquí», y se escuchó un golpe seco. Había caído, muerto. Solo un par de periódicos, al día siguiente, consiguieron publicar bien su segundo apellido, Korzeniowski, erizado de consonantes como una mina naval.

Guillaume Apollinaire
Samuel Beckett
Gustave Flaubert
André Gide



Guillaume Apollinaire

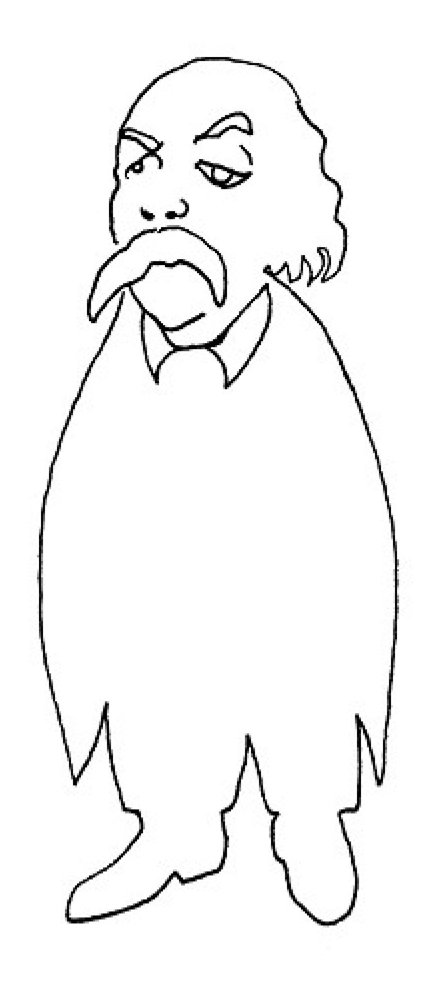
Se enamoró de una joven, Louise, a quien intentó, sin éxito, conquistar dibujando para ella pequeños y deliciosos poemitas que eran al tiempo rostros, figuras, caballos o guitarras… Ella le rechazó, y él se alistó en el Ejército. Primero como artillero y más tarde como sargento de infantería. Tiempo después una esquirla de granada le taladró la sien izquierda hiriéndolo de gravedad. Siempre conservó, en su casa, a la entrada, el casco de acero que llevaba puesto cuando le hirieron, en el que mostraba a las visitas el pequeño orificio de bordes estrellados por el que había entrado el fragmento de metal que casi lo mata.



Samuel Beckett

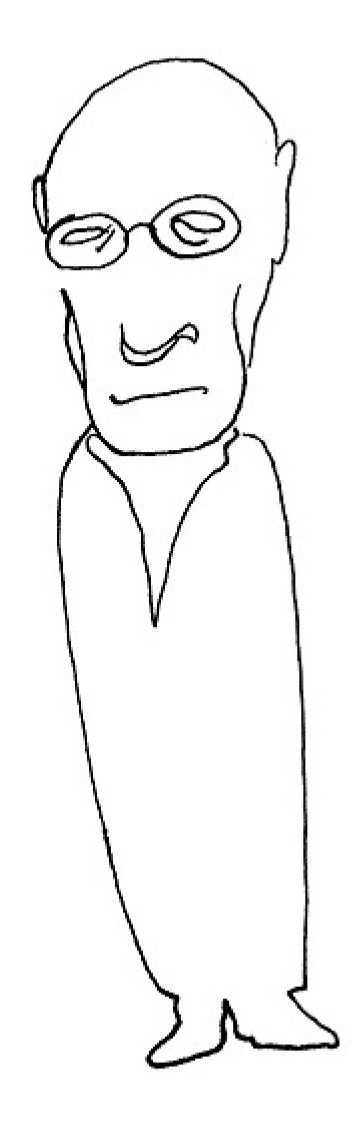
En alguna ocasión colaboró con James Joyce: ordenaba su correspondencia, los manuscritos, corregía pruebas, al tiempo que intentaba esquivar a Lucía, la hija del escritor, inestable y convulsa, que se había enamorado locamente de él.

Contó en una ocasión cómo tras quince horas de trabajo intensivo de revisión, Joyce le había dado doscientos francos a los que, después, tal vez consciente de que se había quedado corto en el pago, sumó también un viejo abrigo y cinco corbatas.



Gustave Flaubert

Cuando acabó *Las tentaciones de San Antonio*, organizó una lectura del manuscrito. Invitó a dos amigos, con quienes acordó que no harían ningún comentario hasta el final. La ceremonia se prolongó durante cuatro días, en sesiones diarias de mañana y tarde. Cuando terminó, cerca de la medianoche del cuarto día, preguntó: «Bueno, ¿qué os ha parecido?». Uno de ellos carraspeó un par de veces, y dijo con firmeza: «Nuestra opinión es que debes echarlo al fuego y no volver a mencionar el asunto».



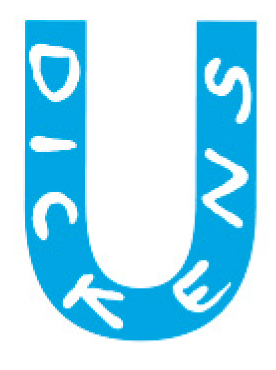
André Gide

Fumador empedernido, ojos miopes y manos sarmentosas. De niño bajaba a los Jardines de Luxemburgo, en París, con su nodriza. Nunca se relacionaba con otros niños, y acostumbraba jugar solo con sus propias canicas, de ágata negra, brillantes, que jamás prestaba ni dejaba que se mezclaran con las que llevaban los demás. Tenía también un amigo imaginario, al que llamaba Pierre, con quien hablaba en casa, durante horas, y con quien a veces discutía, caprichoso, en voz alta.

Charles Dickens



Dickens, los potes de betún



na vez, faltó el ponche de limón. Otra, desapareció el postre. Más tarde alguna taza, y la cubertería. Aquella plaga lenta, pertinaz, se fue extendiendo a toda la casa: la mesa, el velador del cuarto, la alacena. Todo se iba esfumando casi sin dejar rastro; apenas una marca en el suelo; una sombra discreta, invisible, en la alfombra. Si no, habría acabado por dudar si alguna vez tuvieron... Postre. Ponche. Pan. Muebles…

Lo siguiente es que el padre fue a la cárcel. La de Marshalsea, donde ingresaban quienes no podían responder de sus deudas. Así que el pequeño Charles —diez años, siete hermanos y una madre que era toda llanto, hipo, mocos— se hizo cargo de todo: limpiaba los zapatos, hacía la compra y vendía lo poco que quedaba: un candelabro, un bol.

Y a todo se fue habituando, menos a la fábrica de betún.

Tenía once años y trabajaba como aprendiz en un sótano umbrío, rodeado de chicos como él, apenas unos niños, hambrientos y asustados. El ejército de los desarrapados. Tenía que cubrir cada pote de betún con un papel parafinado sobre el que iba otro azul, atar ambos y pegar la etiqueta.

Consiguió ser tan rápido, tan pulcro en su trabajo, que los dueños lo trasladaron a un escaparate para que, desde la calle, pudiera verse el proceso de envasado. Allí se sentaba a diario, durante diez o más horas, a cambio de seis chelines semanales que cobraba los sábados. Y allí era visto y veía a los chicos que comían, delante de él, confituras, helados y pasteles, mientras pegaban la nariz al cristal que los separaba y por el que le veían a él trabajar.

Nunca consiguió superar esa íntima, secreta, perdurable sensación de vergüenza. Y buena parte de lo que después escribió tuvo que ver con

aquel trauma infantil del pote de betún. La explotación. La desventura. El frío.

Acabó trabajando de pasante, con su letra cuidada y femenina, aprendió taquigrafía y se hizo cronista parlamentario. Y escritor. El más popular de su tiempo. Sus fans lo acosaban, y corrían tras de él hasta su casa, que cada navidad se llenaba de pollos y verduras, magdalenas y flores que le enviaban. Dio recitales por todo el país, en los que representaba sus propios personajes: *action*, se lee anotado en uno de los libros que utilizaba para leer en voz alta; *murder coming*, la muerte se acerca, en otro. Resultaría profético. En una de esas veladas se emocionó de tal manera —los ojos agrandados, el pulso agitado, marcial como un redoble— que le dio una congestión. Otra, tiempo después, lo mataría.

Sus hijas, ya mayores, contaron cómo una vez, jugando a encadenar palabras —la precedente acababa en war—, Dickens vaciló, se mordió un labio, y dijo, como una retahíla, Warren’s Blacking Strand, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Era la dirección de la fábrica de betún.

Le dijeron que calles no valían. Las reglas, en ese aspecto, eran estrictas.

Fiódor Dostoievski





Dostoievski, el hombre que hizo llorar al zar

Lo habían detenido. Un grupo de cosacos había echado abajo la puerta de su casa y se lo había llevado a empellones, con sus papeles y un saco de pertenencias, pocas. Lo acusaban de conspiración junto a un grupo de estudiantes. Fue juzgado y condenado a muerte, y esa mañana, fría como el tacto de una navaja de barbero, lo bajaron al patio recién amanecido. Allí formaba el pelotón que lo iba a fusilar: las gorras verdes y las viseras negras, los cañones de los fusiles, el correaje, con olor a rancho y a trinchera. Lo ataron a un poste con los ojos vendados y escuchó los gritos de ordenanza del oficial al mando, y los ruidos metálicos, marciales, de una armonía cobriza y afilada, todo un rumor, amenazante, vago, anticipo de la muerte inminente: ¡Atención, pelotón!... ¡Carguen!... ¡Apunten!... No pudo verlo, pero aquel hombre, vestido de comunión ante un mar discontinuo de fusiles, nunca se supo si complacido o no, sacó un pañuelo blanco del bolsillo, y lo dejó caer, teatral, al suelo. Lo habían indultado.

De ahí marchó a la casa de la muerte. Aquella extensión blanca, árida, donde acababa el mundo, los mapas, y la vida.

Un hombre huraño y silencioso. Solitario y esquivo, que siempre odió las matemáticas en la escuela. Pómulos prominentes, barba oscura, el pelo ralo, lacio, peinado con la desgana de los oficinistas, y unos ojos que eran más brasas apagadas, dos portones oscuros enmarcados por profundas ojeras como la sombra violácea, a mediodía, de un balcón.

Vivió una vida de Antiguo Testamento: humillación, pobreza y algo de esa gloria efímera que era como la tierra prometida. Un largo peregrinar de exilios y pensiones, deudas, usura, préstamos que nunca o casi nunca devolvía, y mostradores de las casas de empeño: un abrigo para poner un telegrama, una vez; unos zapatos para comprar papel, otra… Vivió el destierro, el rayo pertinaz del infortunio, la muerte —su

mujer, su hermano, su hijo—, la tentación del juego, y aquella enfermedad que era como un demonio, dulce, que se acercaba por sorpresa, seductor, arrogante, y lo arrojaba al suelo como un saco, vueltos los ojos, la boca con espuma; la epilepsia, desde los nueve años.

Así, desposeído, escapado, en ese paraíso de bujía, tinta y papel, escribió *El idiota*, *Los hermanos Karamazov*, *Crimen y castigo*, *El jugador*, en apenas veintiséis días, dictando a destajo y acuciado por los acreedores… Se dice que cuando el zar leyó *Recuerdos de la casa de los muertos*, aquel hombre infalible, sanguinario, se echó a llorar como un niño.

Cuando murió, una llamada inaudible recorrió toda Rusia. Las calles se llenaron de gente que chocaba y se daba codazos, en silencio, atropellada, que subía las escaleras de la casa, y tocaba el ataúd con los dedos, y robaba las flores, de recuerdo, en una pequeña habitación, llena, tanto que no había oxígeno suficiente. Y los cirios, dolientes o distraídos, se apagaban.

Alexandre Dumas



Dumas, la buena letra



u madre, faltona y ordinaria, dijo un día: «Todos los tontos tienen buena letra». Acababa de hojear el cuaderno de caligrafía de aquel mocetón mulato y sorprendentemente blanco —como un folio, un merengue, un pañito de encaje almidonado—, ojos azules y pelo ensortijado, de un amarillo fértil como el del huevo hilado. Era grande, casi como un monumento de sí mismo, algo descomunal, herencia de un padre gigantesco, general a la antigua, y a caballo. Malo para las ciencias —se quedó en la multiplicación, escasamente—, y para las letras, malo, salvo esa habilidad, que nunca valoraron en su casa, con el tintero y el papel de una raya.

Tuvo un problema en la oficina en la que trabajaba, donde le mareaba el olor a goma, a tinta y a legajo, y una dificultad para sentarse. Sus piernas, bajo la mesa, casi encajadas, debían plegarse y replegarse, y quedaban marcadas de dobleces, como una pajarita, deshecha, de papel. Así que se largó. Y una tarde, al billar, al que siempre jugó como un maestro, ganó un viaje a París —una apuesta—, donde se hizo escritor.

Vivió algo de aquella bohemia romántica, de pelambreras lacias; algo de la revolución, sables y barricadas; y algo también de la gloria mundana: los vítores, los artículos, refulgentes columnas y los ramos de flores que, por sorpresa, llenaron una noche la habitación donde dormía, tirado junto a la cama de su madre, en un colchón. ¡La gloria!

Y ya fue todo así. Éxitos y medallas, y calesas tiradas por caballos en las que acudía a los estrenos, como un príncipe, a veces con un cuello recortado en cartón. «Mi tiempo vale oro», dijo en una ocasión. «Invierto una fortuna en ponerme las botas». Escribía en hojas de colores, para no hacerse un lío: las novelas en azul; en rosa, los artículos, y en papel amarillo los poemas. Siempre con su letra como de

exposición, limpia, gris y ordenada. Sin tacha. Historias que publicaban los diarios y con las que toda Francia vibraba al unísono como una claque. Decenas y decenas de cuartillas que salían de su casa como un río. Eso que él llamaba literatura industrial, mecanizada, escrita con troqueles y planchas, y empleados que le hacían las piezas que luego él ensamblaba, o pulía. Tinta y agua de seltz, la fórmula secreta de su genio, y una memoria prodigiosa que le hacía recordar todo lo que vivía, había leído, o le contaban.

Dilapidó su fortuna en industrias ruinosas, en empresas absurdas, en inversiones que nunca eran rentables. Y ya de mayor, algo sordo, comido por las deudas, se levantaba a diario con el pavor de quedarse sin dinero. Y era su hijo, Alexandre, quien le llenaba un cajón de la cómoda con calderilla, céntimos y monedas, y algún botón también, de cobre, que contaba incansable, y ponía en montones, mientras recordaba, lágrimas en los ojos, la muerte del mosquetero Porthos. «Tuve que matarlo», susurraba, mientras se miraba, sorprendido, las manos. Enormes como él.

Marguerite Duras



Duras, besos y chistes malos



u infancia estuvo marcada por la humedad. La lluvia, los arrozales, el monzón, la jungla impenetrable y tenebrosa a la que, de niña, miraba con recelo, el mismo con que se mira un pozo. Aquella sombra oscura, opaca y tentadora que era un lugar casi imaginado, una puerta secreta por la que a veces escapaba un tigre —todo fauces y garras—, una serpiente o algo más peligroso.

Criada entre palabras de sonidos exóticos —Cochinchina, elefante, sari—, a la sombra de la vida colonial, un poco de opereta, de estuco y falso techo, creció casi olvidada, escapada de una madre, maestra, viuda, pobre, que hablaba con su marido muerto cada noche, quien desde el más allá les transmitía un tranquilizador mensaje de esperanza.

Hubo algo de aquel país del agua que siempre fue con ella. La exuberancia, el jugo de las frutas, así que cuando la obligaban a comer las manzanas que llegaban de la metrópoli, su tacto algodonoso y seco, áspero en la garganta, como una venda, le provocaba arcadas.

Tenía en contra que era bajita y flaca. Trenzas, pecas, zapatos desgastados, y una expresión adusta, taciturna, rastro de una miseria bíblica y perdurable. Y a favor, una belleza exótica, oriental, de porcelana china, unos labios cereza —siempre rojos—, y un brillo seductor que la hacía, en aquel paraíso del barro, deseable.

Recordó toda su vida la húmeda repulsión del primer beso que le dio, por sorpresa, un amante, y que fue como un pez que tocara sus labios, una babosa, una culebra muerta. Fue besarla y empezar a escupir sobre el pañuelo, como si la saliva fuera venenosa.

Así, casi escupiendo, llegó al París de antes de la guerra con su sensualidad arrebatada, casi perniciosa, que fue dejando a su paso un ejército inconsolable de amantes despechados.

Y después, escribió, todo el tiempo, incansable. Durante una

temporada, su casa se llenó de existencialistas, comunistas mundanos, escritores de culto, cineastas, amigos… Más tarde fue el alcohol; una caja diaria de vino de Burdeos. Hasta que veía bichos en la cama. Vacas en la despensa de la casa. Y una muchacha que cargaba libros a su espalda. Visiones que cuando consiguió curarse empezó a echar en falta.

Le encantaban los chistes. Ese del caballo que sale a la calle y se encuentra con una cebra a la que dice, ¿a estas horas todavía con pijama?

Cuando publicó *El amante* toda Francia se rindió a sus pies. «La Duras», le decían. Fue a la tele, le dieron premios, regalos, agasajos, la recibió el presidente de la República… Aquel beso de pez la hizo millonaria. ¿Cuánto? Nunca lo supo exactamente. A última hora se hizo un poco de lío con los francos. Los antiguos y los nuevos.

En la escuela secundaria, tuvo un compañero que se enamoró perdidamente de ella. Cada mañana la iba a buscar, y la acompañaba hasta el colegio. A ella no le gustaba porque tenía los dientes podridos. Así que él le pedía solo que le prestara el anillo. Una pequeña sortija que le había regalado su madre, con una piedra engastada, de color rojo. Ella se lo quitaba con desgana, y lo dejaba caer sobre la palma. Y él lo apretaba en su mano. Y así, a través del metal del anillo, sentía su calor.

William Faulkner



Faulkner, fumando en pipa



oknapatawpha. Un condado de 2.400 millas cuadradas de extensión, abundante caza, terrenos pantanosos, ferrocarril y carreteras polvorientas. Algo más de quince mil habitantes: abogados, esclavos negros, plantadores de azúcar, predicadores, aventureros, soldados… En aquel mundo imaginario —con su cárcel, su Plaza Mayor, sus bares y garitos— mandaba él, William Falkner, sin u, porque fue su primer editor el que, para darle mayor envergadura, decidiría añadir a su apellido una vocal.

Bajo —cinco pies y cinco pulgadas—, fue rechazado por el ejército norteamericano, y tuvo que ofrecerse voluntario a los canadienses, por despecho, que lo aceptaron como alumno de aviación. En concreto el 173799, lo que le permitió pasearse de uniforme por su pueblo, marcial como un general condecorado, relatando hazañas imaginarias, heroicas todas ellas, ataques y derribos, sin mencionar la placa de platino que, decía, habían tenido que implantarle en el cráneo: «Aquí, mire, toque», decía a cualquier chica sureña, vestida como Escarlata O’Hara, que se le acercaba.

Fabulador, mentiroso, huraño, taciturno, esquivo, borde… Cuando ya era un autor de éxito una revista le ofreció 5.000 dólares para que relatara su vida, y él les contraofertó la misma cifra para que le dejaran en paz.

Fue de todo: pescador, fogonero, pintor de brocha gorda y, durante gran parte de su vida, prisionero en su pueblo, allí en el sur. En Powan Oak, una casa de terrateniente acomodado y algo hortera con columnas, escalinatas y balcones de visillos blancos, como una tarta de boda de tres pisos. Pasaba el tiempo cazando, montando a caballo y contemplando las tormentas: cúmulos, nimbos, estratos... Un

campesino gruñón y malhumorado que odiaba las visitas, las charlas sociales, las interrupciones, y que cuando el presidente Kennedy le invitó a la Casa Blanca dijo, gruñendo, que era demasiado viejo para viajar tan lejos solo para cenar con un extraño.

Luego está la leyenda; esa parte de alcohol, y de noches oscuras y botellas de whisky. Una vez, borracho como una cuba, se quedó dormido, o inconsciente, sobre un radiador, y sufrió graves quemaduras. Bebía de tal manera que en Hollywood, cuando trabajó de guionista, firmó una cláusula en la que se comprometía a mantenerse sobrio. Allí —traje de tweed, corbata y pipa—, tuvo que oír un día cómo Humphrey Bogart le decía mirándole a los ojos con desgana: «¿Tengo de verdad que decir todo esto?».

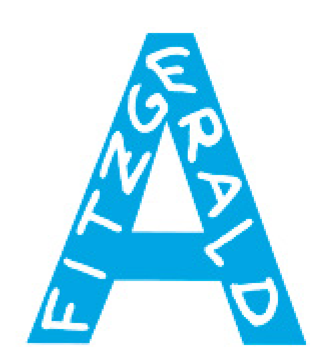
Y ahí anduvo, trabajando en una vieja máquina de escribir que nunca quiso cambiar. En una entrevista le preguntaron por los mejores escritores de su tiempo. Dudó, apenas un segundo: Hemingway, dijo, Mann, Dos Passos, y yo.

En su pueblo, el paraíso del whisky y el pudín de espinacas, hay un pequeño callejón que lleva su nombre: Faulkner Alley, donde los lugareños, altivos e indiferentes, gente del sur confederado, dicen que lo mismo es porque allí alguna vez pudo atar su caballo a una tapia.

Francis Scott Fitzgerald



Fitzgerald, los felices veinte



l joven Fitzgerald podemos suponerle, de entrada, una infancia difícil. «Mi padre es un imbécil. Mi madre una neurótica», escribió.

Un padre guapetón, pero indolente, sureño y repeinado, y una madre que aparece en las fotos con expresión ceñuda, ojerosa y adusta. Como si hubiera llevado el mismo vestido siempre. Como si acabara de tragarse una espina y tratara de disimular ante el anfitrión. Una mujer estricta y posesiva, huraña como la bruja de los cuentos, que lo abrigaba en exceso, en invierno, con bufandas y gorros y verdugos y calzoncillos largos, y que cultivaba sus rizos rubios, de niño, y sus ojos azules, como quien planta hortensias en un jardín florido. Fue a Princeton, donde obtuvo algunas de las peores notas que se recuerdan, y donde se encargó del grupo de teatro y de la revista.

Fitzgerald, elegante y meloso, ligón y mujeriego, seductor implacable —el pelo engominado y una flor en el ojal de la chaqueta—, las mujeres caían en sus brazos como polillas atraídas por la luz. Se cuenta que en los bailes, en los felices veinte que vivió como nadie, siempre les regalaba un adjetivo: «Tengo un adjetivo para ti», les decía.

Su catálogo de conquistas, de fotos dedicadas e iniciales, resulta interminable. Una vez, en París, cenando con los Joyce, estuvo flirteando con Nora toda la noche: en el primero y en el segundo plato, en los postres y en el café, hasta que James amenazó con tirarse por una ventana si su mujer no le decía que parara en ese instante.

Acabó casándose con Zelda, con quien mantuvo una relación rugiente y destructiva, regida por el alcohol, la infidelidad, los abandonos, el desamor y la literatura… Fueron la pareja de moda. Anhelada y selecta, elegante y mundana, en un tiempo de luces de neón y bourbon al ocaso, desenfrenado y loco, de fiestas a las que acudían

vestidos con pijama, de etiqueta o desnudos, y donde era de buen gusto echar las joyas a cocer a una cacerola con salsa de tomate. Ganó tanto dinero, tanto, que dejaba en los hoteles una bandeja cubierta de billetes para que los botones pudieran servirse.

Todo se rompió. Zelda, en una sucesión interminable de sanatorios y clínicas, y una lista herrumbrosa de diagnósticos de necesidad mortales: paranoia, demencia, esquizofrenia… Francis, perseguido por el demonio en que lo convertía el alcohol. Vivió los últimos años flotando en un mar de barbitúricos y espuma. Tomaba Veronal, Nembutal y Barbitol para el insomnio, y Benzedrina y café para poder ponerse de pie por la mañana. El más mínimo ruido, la luz, una llamada, un momento de paz, todo le crispaba los nervios. Dejó 600 dólares, en un sobre, al morir, para el entierro, y una caja repleta de cumplidos. «Eres un cristal claro», dijo en una ocasión a una de sus amantes. «Un vidrio soplado que el sol atraviesa, de repente». Así cualquiera.

Habían discutido y Zelda escribió a Francis para pedirle que volviera con ella. «Si vuelves, querido», le escribió en una cuartilla perfumada con su mejor letra de poeta, «haré que florezca el jazmín y con un matorral de hortensias te haré un vestido. Podrás jugar con mi pistola y dejaré que ganes todos los partidos de golf». No se sabe si volvió. Ni si fue para jugar con la pistola.

Ernest Hemingway



Hemingway, el centenar de gatos

Hay un concurso anual de dobles de Hemingway al que llegan participantes de todos los lugares del mundo. Todos con ese aspecto bonachón de última hora: barba blanca, de profeta menor; gafas de aro, metálicas; bermudas color caqui bajo el estómago hinchado de ginebra; chapelas o viseras, sandalias y, los más osados, una petaca de ron.

Tuvo un problema de pequeño, un trauma infantil, cuando su madre lo vistió de chica. Era costumbre, entonces, poner faldas y trajes a los niños, así que el cándido Ernest aparece en las fotos de sus primeros años vestido con la ropa de su hermana mayor; todo rizos de oro, el pobre, y faldas tableadas, y corpiños fruncidos. De modo que el resto de su existencia, tal vez por resarcirse, ofreció una imagen varonil, siempre, de hombretón valeroso, aventurero audaz —cara cuadrada, mandíbula vigorosa y bigotito—, amante del peligro y el riesgo, y de la vida ruda: pesca y caza mayor.

Un machote que durante la Gran Guerra recibió el impacto de una granada de obús mientras evacuaba a un herido. Más de doscientas esquirlas austriacas que los médicos tuvieron que extraerle, una a una, y que a veces, cuando afloraban, se arrancaba él mismo con un cortaplumas que tenía sobre la mesilla del hospital. Tuvo una propensión fatal y reiterada a resultar herido. Un catálogo interminable de accidentes, fracturas, caídas, lesiones, tropiezos y diagnósticos adversos; golpes, roturas, cortes y cicatrices y puntos de sutura. Como ciento cincuenta.

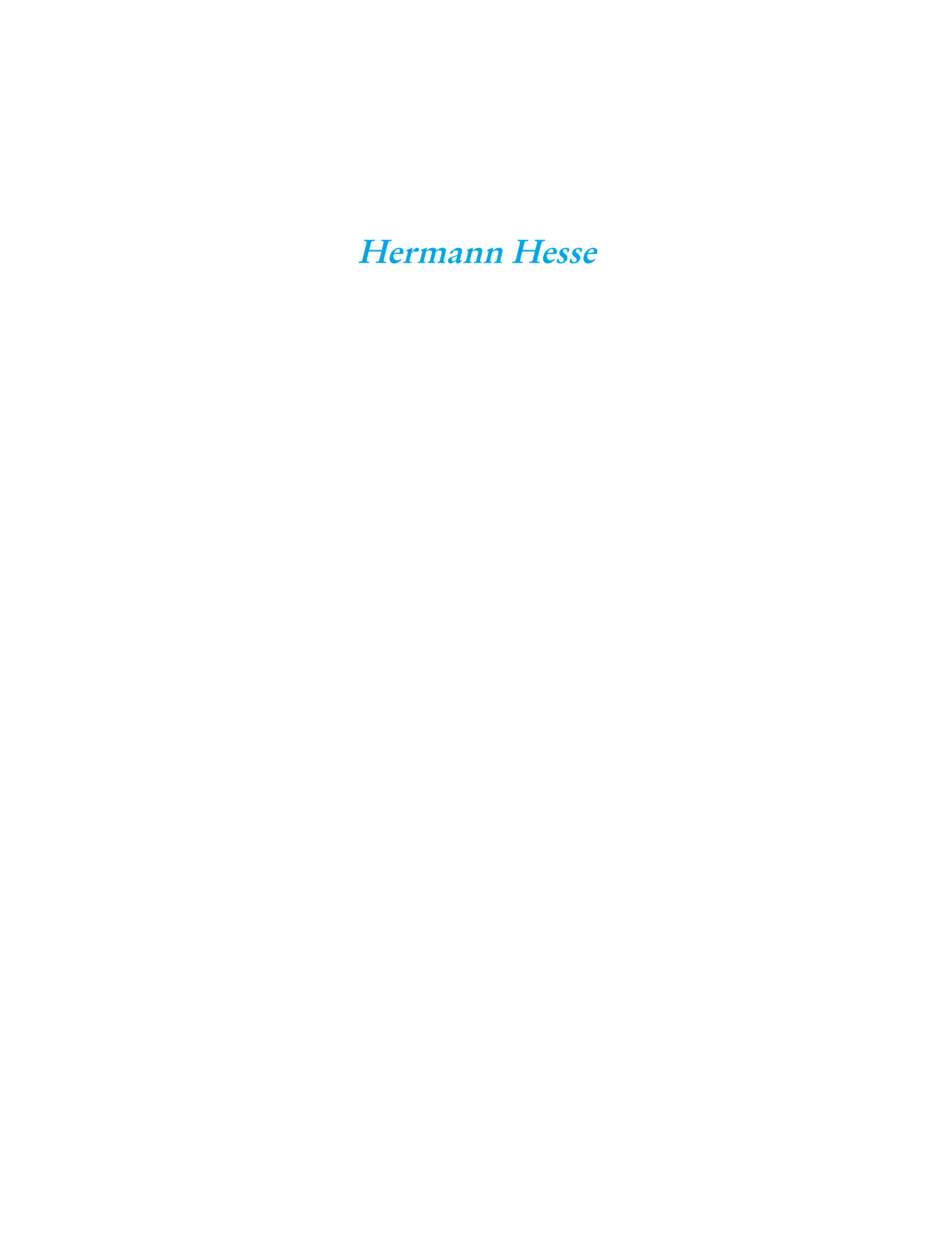
Fanfarrón, mujeriego, algo exhibicionista, bebedor compulsivo, víctima de su propia leyenda, construyó su vida como una novela y sus novelas como reflejos de su propia vida. «Me han dado el Nobel», dijo en una entrevista, «porque en *El viejo y el mar* no hay palabrotas».

Amigo de Fitzgerald, un poco de Capote, de Faulkner, más o menos, de Dietrich y de Castro, con quien salía a pescar peces espada, llegó a ser el escritor más famoso del mundo; un loco que se creía que era Hemingway.

Entre sus excentricidades, la de escribir de pie, en un pupitre hecho a su medida. La de enviarse regalos el día de su cumpleaños, que recibía con gesto de sorpresa, o la de mandar sus cuentos a las revistas por telegrama.

Acabó sus días enfermo y angustiado, obsesionado con la idea de que el FBI lo vigilaba. El presidente Kennedy le había pedido un texto para su toma de posesión. Pasó dos semanas trabajando, ya transparente, inmóvil, blando de esa blandura mortal e innecesaria, y apenas consiguió enhebrar tres frases.

Una mañana de 1961 se levantó cantando, como siempre, cogió de la cocina las llaves del armero donde su mujer había guardado las escopetas. Eligió una, dos cartuchos de perdigones, y se disparó en la cabeza. Dejó viudos a un centenar de gatos, más o menos, para los que siempre guardaba los mejores trozos de pescado, a escondidas.



Hermann Hesse



Hermann Hesse, el hilo de sangre



uando nació Hermann, un bebé rollizo, rosado y sonriente, sus padres iniciaron una costumbre familiar que se prolongaría durante años. Se levantaban pronto, casi de madrugada, tomaban un café, frugal, con leche, y a la luz tenue de las lámparas, naranja y uniforme, leían en voz alta dos capítulos del Antiguo Testamento, así en ayunas. Solo después se persignaban, despertaban a la criada y vestían a los niños.

Pero ocurrió que aquel runrún de santidad melosa, de severo ascetismo, cirios y olor a incienso, no fue suficiente para impedir que el pequeño Hesse fuera un niño travieso y revoltoso. No había día en que alguien del vecindario no acudiera a quejarse porque había pegado a su hijo, o saltado un muro, o roto un cristal de una pedrada. *Memmerle*, decían, señalando a aquel diablillo indómito de rodillas siempre o casi siempre magulladas, que sufrió una inflación de regañinas, broncas, sopapos, bofetadas y reglazos en la palma de la mano —sin llorar, sin una queja—, que era como entonces arreglaban las cosas los docentes.

Fue un muchacho trastornado, rebelde, conflictivo en el trato, algo huraño, callado, esquivo, según sus preceptores, que se escapó una noche del seminario donde estudiaba. Cuando apareció, aterrado y hambriento, lo enviaron a una celda de castigo, a pan y agua, y en la pared, grabada en el estuco, descubrió la firma de su hermano mayor, que había estado allí siete años antes. Fue a parar a una institución para adolescentes con problemas, donde el director hacía exorcismos, y a punto estuvo de perderse para siempre, si no llega a ser por la jardinería, el dibujo, la música.

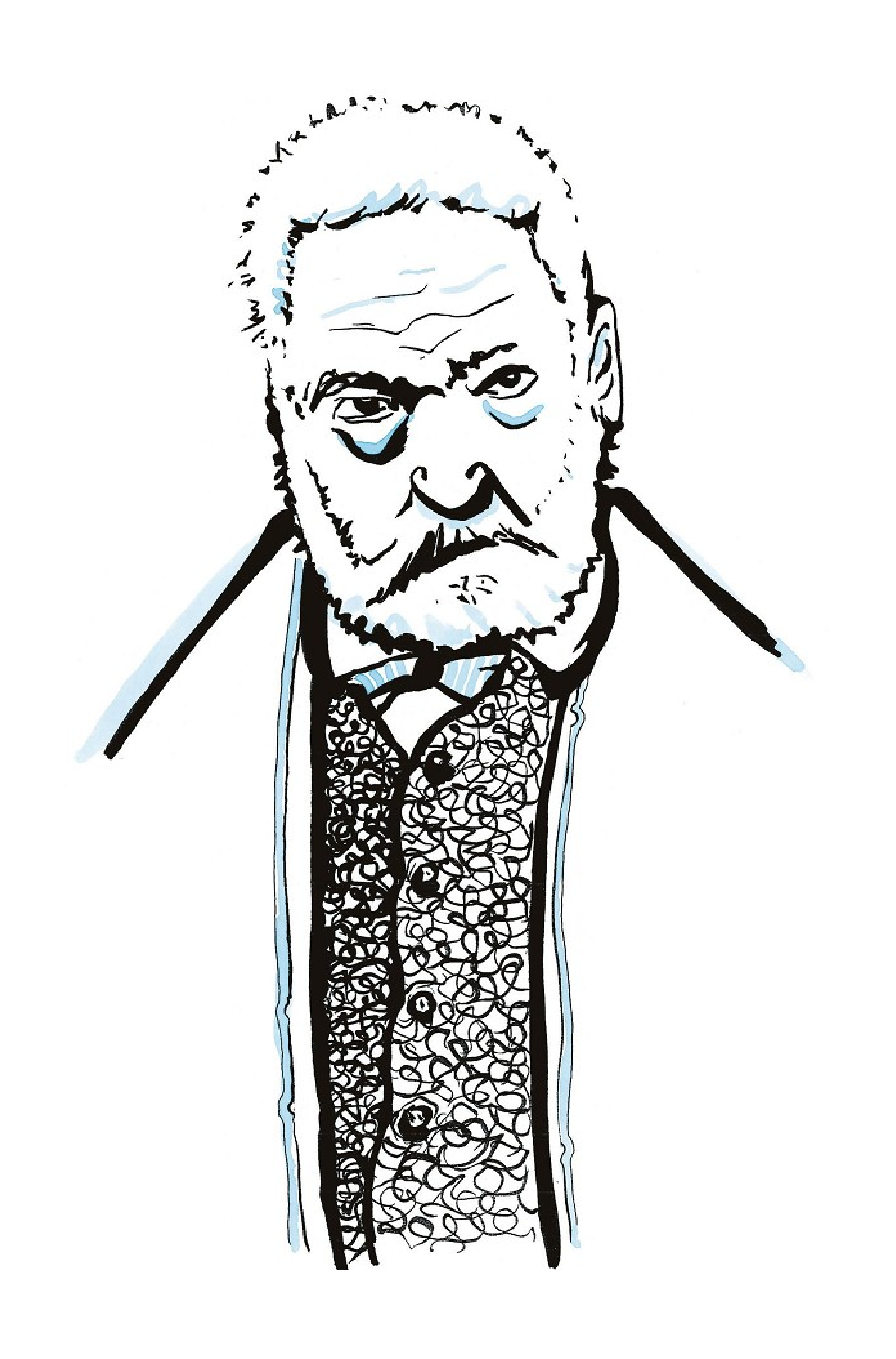
Después fue aprendiz de relojero, librero, trabajó con un anticuario, y por las noches, robando tiempo al sueño, a los amigos, se hizo escritor. Siempre le gustó el campo, caminar con el sol en la cara,

nadar… Se casó tres veces, y tuvo tres hijos, el más pequeño, Martin, que fue fotógrafo, y que le hizo, al cabo de los años, todas las fotos buenas que hay de él.

Nunca consiguió del todo escapar de la penalidad, de la pobreza, de una Europa, como él, enferma, infortunada. Nunca estuvo conforme. No quiso resignarse a la guerra, a Hitler, al terror, a los judíos perseguidos… Convertido en autor de éxito, la gente iba a visitarlo, a su casa, o le escribía. A veces —harto— pedía a su amigo Günter Böhmer que saliera a la calle vestido como él, para despistar a quienes le paraban, le tocaban las manos, y le pedían consejo. También le gustaba escapar en un viejo descapotable que tenía su última mujer, Ninon, lleno de abolladuras y arañazos porque nunca fue demasiado buena conduciendo.

Murió una noche, por sorpresa, después de escuchar a Mozart. Su esposa lo encontró por la mañana, acostado. Tan plácido el gesto que habría jurado que estaba dormido si no hubiera sido por un hilillo de sangre que le caía por la comisura de los labios, casi invisible. Casi.

Victor Hugo



Victor Hugo, el Rey Sol



acido en floreal, ese mes fértil y fragante, si acaso un poco ñoño, del calendario francés republicano, tuvo un abuelo ebanista que le transmitió la pasión por la madera. Le gustaba tallarla, trabajarla, hacer ingletes, buscar con los dedos la dirección de la veta, y pasar el cepillo, con la mansedumbre de la caricia de un amante, hasta que las virutas se convertían en espirales transparentes. Naranjas y amarillas.

Hijo de un padre militar, estricto y pedregoso, que de la mano de José Bonaparte fue gobernador de Guadalajara y conde de Sigüenza, viajó de niño a España —pantalones de terciopelo oscuro, medias, mangas largas de encaje— con un convoy de napoleones de oro. Doce millones contantes y sonantes que, cada trimestre, enviaba Napoleón al sur, erizados de bayonetas y sables, para pagar a sus soldados. Conoció la barbarie, las emboscadas y los soldados muertos, crucificados en los portones de las granjas, al lado de las noches de concierto y los bailes de oropel y opereta.

Vivió una vida aventurera paralela a aquel siglo, agitado, que se llenó de armones de artillería, adoquines y gritos de ordenanza. Y ocurrió que Francia, entera, de norte a sur, de este a oeste, fue toda *La Marsellesa* y la bandera tricolor, y él el poeta del pueblo. «El niño sublime», lo llamaron, cuando apenas adolescente escribió sus primeros versos, que salieron de su boca como redobles, como salvas o himnos…

Escribía en un gabinete de trabajo tapizado de damasco rojo. Allí tenía sobre un velador un sello de cristal de roca, otro de oro y la brújula de Cristóbal Colón, de cobre, en la que se leía: «La Pinta, 1492». Y allí entraron los insurgentes de la comuna, armados hasta los dientes, llamándole traidor, para encontrar, sobre una alta mesa en la

que se había acostumbrado a escribir y a dibujar, las primeras páginas manuscritas de la que sería su novela inmortal, *Los miserables*.

Vivió más de veinte años exiliado. Paseando por las playas como un espectro, negro, de arriba abajo, y subido a los riscos donde su hijo le hacía fotos borrosas. Cuando volvió a París, lo recibieron con vítores y aplausos, como a un cantante. Fue diputado, par, caballero de la Legión de Honor y designado Rey Sol de la literatura.

Cuando murió, se decretaron funerales de Estado, con puestos de bebidas, bocadillos, vendedores ambulantes, y la gente que alquilaba escaleras de mano para ver el solemne cortejo.

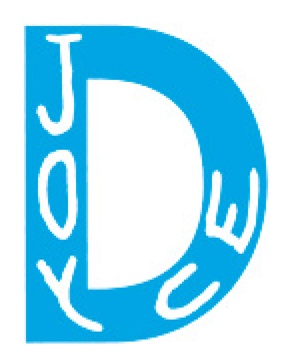
La muerte. Hubo algo de ella latente, recurrente, en su vida: vio morir a su esposa, a su amante, a sus dos hijos varones, a su hija Léopoldine, ahogada, una tarde, en el Sena; a su hermano Eugène… Vio morir, asqueado, también a los muertos de la historia; los de las barricadas, los rebeldes, los conspiradores… Entre sus papeles apareció un cuaderno escolar, en el que había escrito, con catorce años: «Ser Chateaubriand o nada». Qué pretensión. Qué vocación. Qué ojo.

James Joyce





Joyce, las gafas de gato



elgado, esbelto, larguirucho, algo desgarbado, como si sus articulaciones, piernas, brazos y manos se movieran con complejos engranajes: ruedas dentadas, piñones y trinquetes. Mentón airoso, de estatua de mármol, bigote de cepillo, pajarita, sombrero, miope, tanto que llevaba unas gafas de cristales tan gruesos que sus ojos celestes quedaban agrandados —llenos de asombro, siempre—, como los de un lémur, un besugo.

Hijo de un padre alcohólico, gran parte de su infancia fue una lista incompleta, cotidiana, de alquileres y pagos aplazados y mudanzas urgentes. Un lío, constante, de llaves, direcciones, escaleras y códigos postales.

Quiso ser médico, pero acabó trabajando de profesor de inglés, en Trieste, donde tuvo de alumno a un joven italiano, Italo Svevo, con quien a menudo cruzaba confidencias: «My tailor is rich», le decía. A lo que el aventajado Svevo replicaba: «And your cigarrette is finished, I know».

Y se puso a escribir, igual que un artesano —el traficante de gerundios, le llamaban—, y a guardar las cuartillas en un cajón de la cómoda dentro de una carpeta que crecía como una riada. Durante siete años —Trieste, París y Zúrich—, se dedicó a *Ulises*, un libro en el que no pasa nada, así en general, y que es como una caminata campo a través, con abruptas subidas, recodos polvorientos y zonas pedregosas —muchas sin puntos, ni comas, ni indicaciones, nada—, tan difícil que había mecanógrafas que se negaban a transcribir el manuscrito, porque les daba el flato.

Tuvo, sí, una accidentada relación, que se hizo familiar, con el fuego. La primera edición de *Dublineses*, impresa y encuadernada, fue quemada por el editor. Años después, algunos de los capítulos de *Ulises*,

publicados en una revista, fueron también pasto del fuego censor y vergonzante, y cuando se imprimió la segunda edición del libro, las autoridades enviaron una parte a la hoguera. Hubo un momento en que, resignado, dijo que esperaba que tal persistencia de fuego redentor le fuera, allí en el purgatorio, descontada.

Ulises se convirtió en una leyenda. Había gente que vendía el abrigo para procurarse un ejemplar, y estudiantes que se encerraban una semana, sin comer, con llave, para poder comprarlo.

Y una noche, en París, se topó con Proust. Los dos, en la calle, como dos fotografías. El uno con bastón y con gafas de gato —alguna vez llevó un cristal transparente y uno oscuro—. El otro, pálido y ojeroso, con unas flores de alhelí en el ojal. Cada uno pensando en sus cosas: sus palabras precisas, sus lentos, prodigiosos, adjetivos. Se saludaron. «¿Conoce usted a la duquesa de Tal?», preguntó uno, la mano en el mentón. «No, lo siento. ¿Y usted al barón de Cuál?», dijo el otro, indiferente el gesto. «No, no tengo el gusto». Se despidieron y cada uno se fue, sin más, por su lado.

Y no hay constancia de que se miraran, siquiera de reojo, al alejarse.

Franz Kafka



Kafka, el oficinista



na vez, asomado a la ventana de la casa de sus padres, fue señalando los lugares de la ciudad que, a modo de puntos cardinales —norte, sur, este y oeste—, delimitaban su mundo, minúsculo y pequeño como el de los relojes. La casa en la que había nacido; detrás, el instituto; un poco más allá, la universidad en la que se licenció en Derecho, y, al lado de la plaza, la oficina. Un edificio de aspecto vagamente austrohúngaro que era la sede del Instituto de Seguros contra Accidentes de Trabajo, donde empezó como pasante y donde, con los años, fue ascendiendo hasta ser vicesecretario y secretario. Todo accesible, cercano, próximo. Tan familiar que a veces tenía la impresión de no haberse movido nunca.

Porque de aquellas callejas empedradas de su odiada Praga, imperial, imposible, que recorría a diario —tiqui, tiqui— con paso apresurado y unos zapatos negros, solo salió un par de veces, tres como mucho: alguna excursión, algún viaje corto, además de sus escapadas en tranvía. Solía cogerlo hasta la última parada, donde terminaba la ciudad, vestido siempre de negro —como un enterrador—, camisa blanca y lazo o pajarita, y un extraño, simpático bombín en la cabeza. Alto como un pararrayos.

Allí se lo cruzaba, a menudo, Vera Nabokov. Y de él recordó toda la vida su palidez extrema, la tirantez de su piel en la cara, y los ojos brillantes, azules y brumosos, afilados como los de un hipnotizador, un mago.

Trabajó media vida, de ocho a dos, en un despacho al que se llegaba por un pasillo umbrío lleno de archivadores, con olor a tabaco rancio, y a goma de pegar. Un opresivo universo de bandejas de baquelita, plumas fuente, sellos de caucho, informes —a veces un plato de peras—, y un reloj que marcaba la frontera entre el mundo real, por las mañanas,

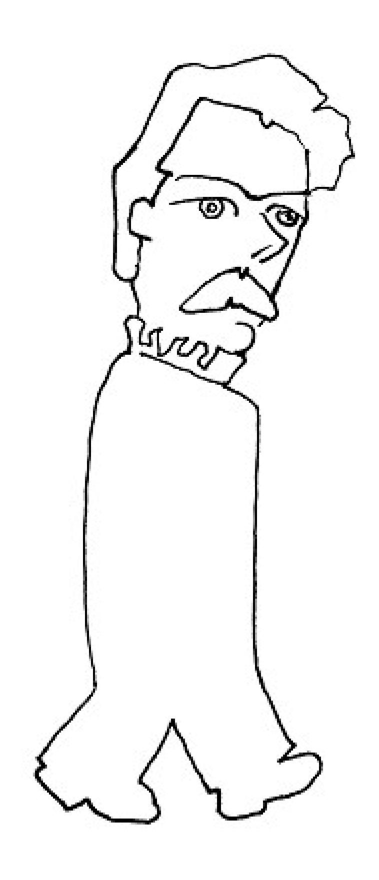
y la literatura, por la noche, en su casa, con luz artificial. Folios y folios que destruía a menudo, o que escondía en el piano.

Tuvo dos o tres novias a las que mandaba cartas, con las que se prometía y nunca se casaba, y un padre omnipresente y burocrático. Un hombre de aspecto decimonónico, con bigote y anillo, con pinta de intendente o potentado, al que en una ocasión llevó uno de sus libros, recién salido de la imprenta. «Déjalo ahí, en la mesa», le dijo con desgana —la mano regordeta, indolente y exangüe—, incómodo porque le había interrumpido.

Antes de morir dejó dicho que destruyeran todo cuanto había escrito. Que hicieran un montón de cuartillas y folios, y hojas sueltas de notas, y lo prendieran fuego. O eso entendió Max Brod, su amigo, que no le hizo ni caso. Así podemos leerlo ahora; lo desasosegante, lo indecible, esa obsesión tan suya, tan… kafkiana.

Un día escupió sangre. Tiempo después murió. Y fue su última novia, Dora Diamant, una actriz, quien, teatral como correspondía, se acercó hasta la cabecera de la cama, y le cerró los ojos.

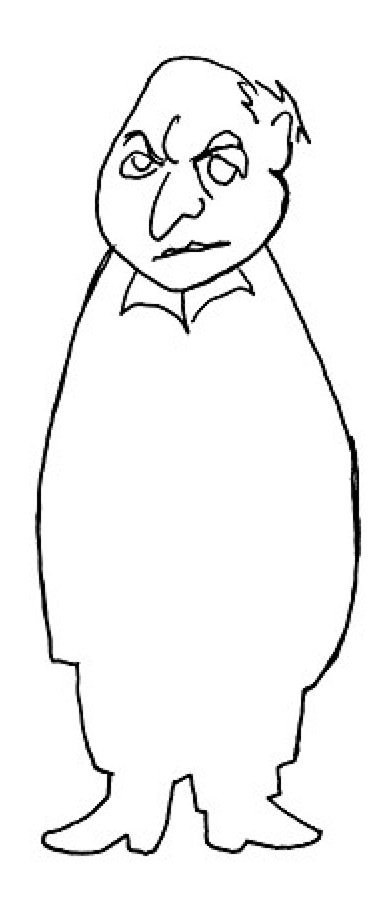
Máximo Gorki
Henry James
Rudyard Kipling
Herman Melville



Máximo Gorki

Cuando volvió a Moscú, a principios de los años treinta, le condecoraron con la Orden de Lenin, se puso su nombre a una calle y se le condujo a una dacha en la que Stalin, al conocer sus problemas de movilidad, había ordenado instalar un ascensor.

A esa casa le enviaron cada mañana, durante años, un ejemplar del diario *Pravda* confeccionado solo para él. Las noticias molestas —depuraciones, represión, juicios sumarios— eran eliminadas y sustituidas por otras sobre planes de colectivización, o actos heroicos.



Henry James

Hay una foto suya en la que aparece, de perfil, con chistera y abrigo, las manos a la espalda, sosteniendo los guantes y el bastón. Atildado, elegante, ceremonioso, pulcro en el atuendo. Ocurrió en una ocasión que un niño se acercó hasta él, en una fiesta, y le ofreció una flor sucia y mustia. Todo quedó en suspenso, hasta que James se agachó hasta ponerse a la altura de su joven amigo, aceptó la flor, e hizo una profunda reverencia. Al alejarse, todos esperaron a ver si la ponía en su ojal. No hay constancia de que lo hiciera.



Rudyard Kipling

Bigote, gafas redondas, calva despejada, de contable o banquero, apenas uno sesenta y cinco de estatura. Llegó a ser tan popular que cuando en 1898 se recuperaba en Nueva York de una grave neumonía que casi le cuesta la vida, miles de personas, como en una vigilia laica, silenciosa, callada y entusiasta, se fueron congregando frente al hotel donde estaba hospedado, ocupando las calles adyacentes, para escuchar el parte médico que decía que se encontraba fuera de peligro.



Herman Melville

Tenía veintiún años y acababa de enrolarse en el *Acushnet*, un ballenero de 350 toneladas. La tripulación la componían 22 americanos, tres portugueses y un inglés, según anotó cuidadosamente Valentine Pease, la hija del capitán. Era su padre quien, mientras se iban alistando, dictaba las señas personales de cada marinero: un metro ochenta, piel morena, cabellos castaños… Pero ella debió levantar los ojos un momento para cruzarse con los de aquel mocetón sobre el que los barcos ejercieron siempre una seducción casi magnética y anotó algo en el margen. Una sola palabra: «cascarrabias».

Giuseppe Tomasi
di Lampedusa



Lampedusa, pastelitos y Shakespeare

Se levantaba pronto, el viejo marqués de Parma. Se vestía, traje y corbata siempre, los zapatos oscuros, y salía a desayunar a una bombonería. Un lugar de veladores románticos, y reloj de pared, y servilletas almidonadas —todo muy *kitsch*— con las que se limpiaba la comisura de los labios; en el dedo un anillo con su escudo, flameando como una banderola.

Una figura corpulenta, grande y desaliñada (el cinturón, con frecuencia, por encima de la tripa) que llevaba una bolsa de cuero llena de libros y galletas, pastas y algún tomo de Proust, o de Shakespeare, por si algo salía mal, un tropezón, una salpicadura, y tenía que buscar consuelo en la lectura.

Fue el único niño, traje de marinero, en un palacio de adultos; padres, tíos, abuelos y criados. Unos padres jalonados de toisones y apellidos sonoros: Mastrogiovanni, Tasca, Filangeri, Cutò… Un mundo de nobleza decadente, de brocados y cortinas de raso, y encajes, y tapices y pasillos de mármol de Carrara, y carruajes donde iban a los bailes, o donde comían helados para no tener que pisar los barrizales. El último superviviente de una estirpe que se extinguía, un poco, cada mañana en él.

Viajó, anduvo aquí y allá, con su álbum de fotos, el de un turista, casi; nunca mucho dinero, siempre cierta arrogancia, un poco rancia, acaso, de chistera y botines.

En la guerra, un obús rompió en su palacio todos los cristales. Otro día, una explosión en un polvorín cercano arrancó las puertas y ventanas de los quicios. Al final, una bomba acertó, y quedó destruido. A partir de ese día todo fue ya escombros, demolición y ruina. Los aires de grandeza cubiertos de paredes desconchadas. Muros caídos, nostalgia, desazón.

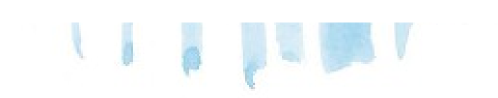
Los últimos años de su vida llevó una existencia frugal, viviendo de sus exiguas rentas, solo gastando en libros, en entradas de cine y en cenas en pizzerías, mientras escribía en secreto, casi a escondidas, el libro que, póstumo, le llevaría a la gloria.

Tenía, sí, la manía de hablar con sus perros en idiomas distintos: alemán iracundo con uno, italiano con otro, francés con un tercero… Tuvo un sueño. Lo llamaban de un cuartel donde debía presentarse para que lo fusilaran. Pero cuando llegaba no conseguía encontrar el despacho en el que debían tramitar su ejecución. Esperaba, durante horas, en salas vacías. Preguntaba por dependencias de las que nadie sabía darle cuenta. Deambulaba por corredores desiertos. Una mañana se levantó con tos, le miraron por rayos y torcieron el gesto. Y a los pocos días, en el sueño encontraba por fin el despacho donde lo esperaban, todo muy administrativo: los sellos, las copias de carbón, la grapadora… Lo bajaban al patio, con un libro de Shakespeare bajo el brazo por si algo salía mal. Saludaba al piquete, el cinturón encima de la tripa, y disparaban. Apareció muerto, en la cama, la mañana siguiente.

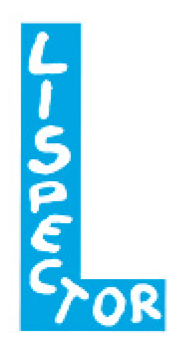
No le había acertado ni un disparo.

Clarice Lispector





Clarice Lispector, la exótica mirada



a bella, enigmática, misteriosa Clarice de ojos felinos, azules, manos probablemente delicadas, pómulos airosos y labios sensuales, rojos siempre o casi siempre rojos. Rostro ovalado, de broche o camafeo, limpia la piel, y la mirada intensa, provocadora como un incidente diplomático.

Tenía ese aire exótico de la mujer del embajador. Cuidadas maneras, gestos comedidos, collares de coral o perlas cultivadas y faldas de vuelo estampadas de colores chillones.

Nacida en Tchetchelnik —un sitio impronunciable, en la lejana Ucrania—, hija de unos padres judíos que emigraron a América, llegó a Brasil con apenas unos meses, y aprendió portugués con acento. Una extraña entonación silbante y seductora, hipnótica como la de la serpiente Ka, que la haría parecer extranjera en su propio cuarto de estar. Para compensar perdió su nombre, Hala, que sus padres decidieron cambiarle por el dulce y reluciente Clarice, que escribía con tintas olorosas.

Lectora empedernida, siempre recordó el día que, de pequeña, pudo ir a una librería con dinero. Y cómo se entretuvo un buen rato hojeando los libros de las mesas, mirando los estantes, tocando allí los lomos, hasta que descubrió uno que parecía haber sido escrito para ella, un prodigioso y deslumbrante hallazgo. Era Katherine Mansfield.

Su otro placer fue el mar. Su padre la llevaba a la playa, en el verano austral, recién amanecido, para que se bañara con las olas. El tacto seco de la arena, el viento en la cara, el agua fría, el cuerpo entumecido… Después se iba al colegio, y era una sorpresa, agradable y privada, llevarse los dedos a la boca, y descubrir que la piel le sabía a sal.

Fumaba constantemente, todo el tiempo. Y una noche se quedó dormida en la cama, leyendo. El cigarrillo debió resbalar de su mano, y

prendió las sábanas, la colcha, las almohadas de plumas… Cuando se despertó ardía gran parte de la cama y las cortinas. Intentó apagar el fuego con las manos y sufrió graves quemaduras, sobre todo en el costado y en el brazo derecho, que los médicos le salvaron de milagro. Vivió el resto de su vida con las cicatrices; la piel tersa, brillante, suave y deforme como el plástico. Le gustaba hablar de incendios. Cuando un taxista veía las marcas en su piel, en el espejo retrovisor, y le contaba cómo también él tenía una quemadura en la pierna, en un brazo, del aceite, de un soplete, una hoguera, ella le mostraba las suyas, en el cuello, en la cara, en el dorso pálido, blanco, liso de la mano, sin huellas dactilares.

Clarice la misteriosa, bella e inconsistente, inalcanzable, que decía a última hora que prefería salir guapa en un periódico que recibir una buena crítica, y que en un viaje a París fue a quejarse a la Maison Carver porque habían dejado de fabricar el perfume que mejor combinaba con ella, el Vert et blanc. Otra pérdida, también, irreparable.

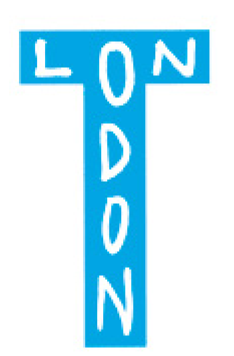
Cuando tenía doce o trece años, Clarice se trasladó, con su familia, de Recife a Río. Viajaban en un barco inglés. Aquella niña tímida y al tiempo osada no sabía inglés, pero elegía de la carta, en el restaurante, los platos de nombres sugestivos. Los más complicados y largos e impronunciables.

Y contaba, riendo, más tarde, cómo más de una vez se vio obligada a comer platos poco apetecibles, sosos, que engañaban con sus nombres poéticos. Era el castigo por su desenvoltura.

Jack London



Jack London, armado en la cubierta



enía cinco años cuando cogió su primera borrachera. Su padre estaba trabajando en el campo, bajo ese sol que es al tiempo pródigo y homicida, caliente y nutritivo, irrespirable, y le mandó a su casa por cerveza.

El pequeño cubo metálico, lleno hasta el borde, sujeto a duras penas, derramaba aquel líquido viscoso al saltar sobre los caballones de los surcos. Y allí parado, bajo el sol inclemente, pegajoso, empapado, dio un trago, y notó un sabor áspero en la garganta, algo árido, desagradable acaso, sobre todo prohibido. Dio otro trago, largo y empalagoso, que desbordó su boca y resbaló por la comisura de los labios, y un tercero que fue como un boquete, un agujero donde cayó de bruces en ese mismo instante, elástico, risueño, también él mismo líquido y espuma, según la casa, el campo, su padre, el cubo, todo, comenzaba a girar, como una noria.

Diríase que su biografía estuviera construida a golpe de serrucho, gubia, piqueta, tierra. Metida a martillazos, como una chapa informe, por la fuerza, en una vida llamativamente corta (murió con apenas cuarenta años), que fue una carrera frenética, angustiosa y errática, aquí y allá, deprisa siempre. Ya. Enrolado en ese ejército, informe y nebuloso, de buscavidas, fue vendedor de periódicos, carbonero, empleado en una enlatadora, planchador. Hizo chapuzas, aprendió a pelear —bravucón, camorrista—, fue también vagabundo, estuvo detenido, fue buscador de oro y bombero.

Con un préstamo se compró una goleta, y se dedicó a la pesca ilegal de ostras. Valiente, temerario... Se contaba de él que una vez navegó en la cubierta del *Razzle-Dazzle*, su barco, apuntando con una escopeta a otro capitán que intentaba abordarlo, mientras gobernaba el timón y la vela con las piernas. Recién cumplidos los dieciocho años, aquel mundo

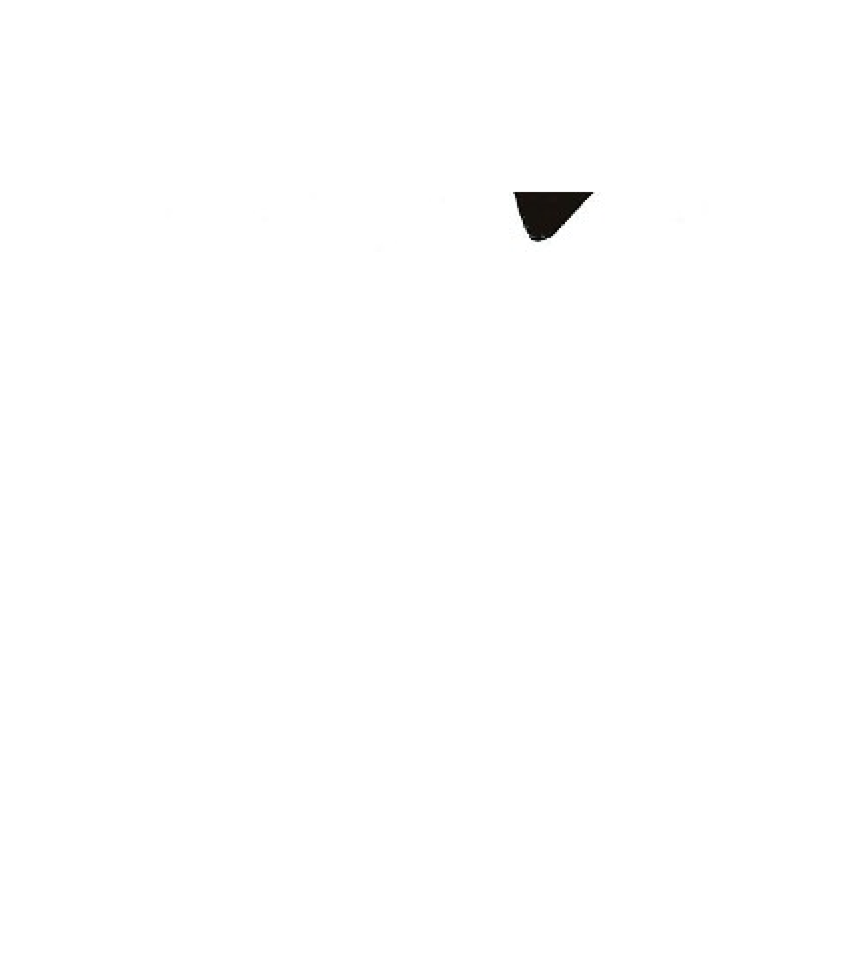
de tabernas y pistolones, de crudeza y colmillos retorcidos, mostró su verdadera faz: «Whisky Bob había muerto», contaba. «El viejo Cole, Smoudge y Bob Smith, muertos. Otro Smith se había ahogado, el francés Frank andaba escondido por los ríos, temeroso por algo que había hecho...».

Empezó a escribir, por las noches. Mil palabras al día en una vieja máquina que solo tenía mayúsculas, maciza e insolente, con la que tenía que pelearse como un boxeador de peso pluma. Enviaba sus cuentos a periódicos y revistas, y durante tiempo midió el éxito por el número de papeletas que podía desempeñar: el reloj, la bicicleta y el impermeable que su padre le había dejado en herencia, y que fue su único legado.

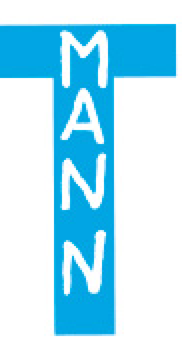
Se casó, se compró un rancho, cambió de máquina de escribir, y con el dinero que le proporcionaba cada libro, compraba cuatrocientos acres más de aquel sitio que era como un país que él mismo gobernaba. «No hay cien hombres entre un millón que hayan tenido mi suerte», dijo un día, perdiendo la mirada, desde el porche, en esa extensión lejana y verdeante, donde Frank el francés estaba todavía escondido. O muerto.

Thomas Mann





Thomas Mann, las cosas pequeñas



uvo una predilección, obsesiva, por los números redondos. Una vocación secreta de contable, de brujo o cabalista, que le hacía cuadrar fechas y efemérides. Nacido en 1875, veinticinco años —exactos— más tarde publicó *Los Buddenbrook* y veinticinco después *La montaña mágica*. Así que en 1950, según sus cuentas, le tocaba morirse. Se equivocó.

Quiso ser, de pequeño, pastelero o revisor de tranvías, aunque no le habría ido mal de actor: no había cosa que más le divirtiera que salir de su casa fingiendo ser un príncipe, un banquero, un explorador de lejanas aventuras: el paso decidido, el juego acompasado del bastón, la mirada altiva… Porque tenía el porte, la apostura, la impronta distintiva y formal del elegido: bigote de cepillo, los labios apretados, la mano descansando en la barbilla. Un joven que miraba a menudo a través de unos binoculares. Con ellos vio una vez al emperador Guillermo I, circulando en un coche descubierto en un desfile. Se fijó en sus dedos deformados, que no llegaban a llenar el guante con el que saludaba, y el brillo deslumbrante, en el pecho, de las cruces de diamantes y oro.

Toda su vida estuvo pendiente de las cosas pequeñas. Ordenado hasta la pedantería, como dijo su hijo Klaus, sus diarios, que no pudieron consultarse hasta veinte años después de su muerte (otra cifra redonda), son un rosario de pequeñeces carentes de importancia: hábitos, síntomas, quejas y padecimientos minúsculos descritos con la minuciosidad del amanuense. Anotaba la frecuencia con que iba al baño —«pude hacer mis necesidades después del desayuno»—; sus achaques —«dolores de cintura esta tarde, ligeras molestias abdominales»— o su actividad sexual —«anoche, cohabitación con K.».

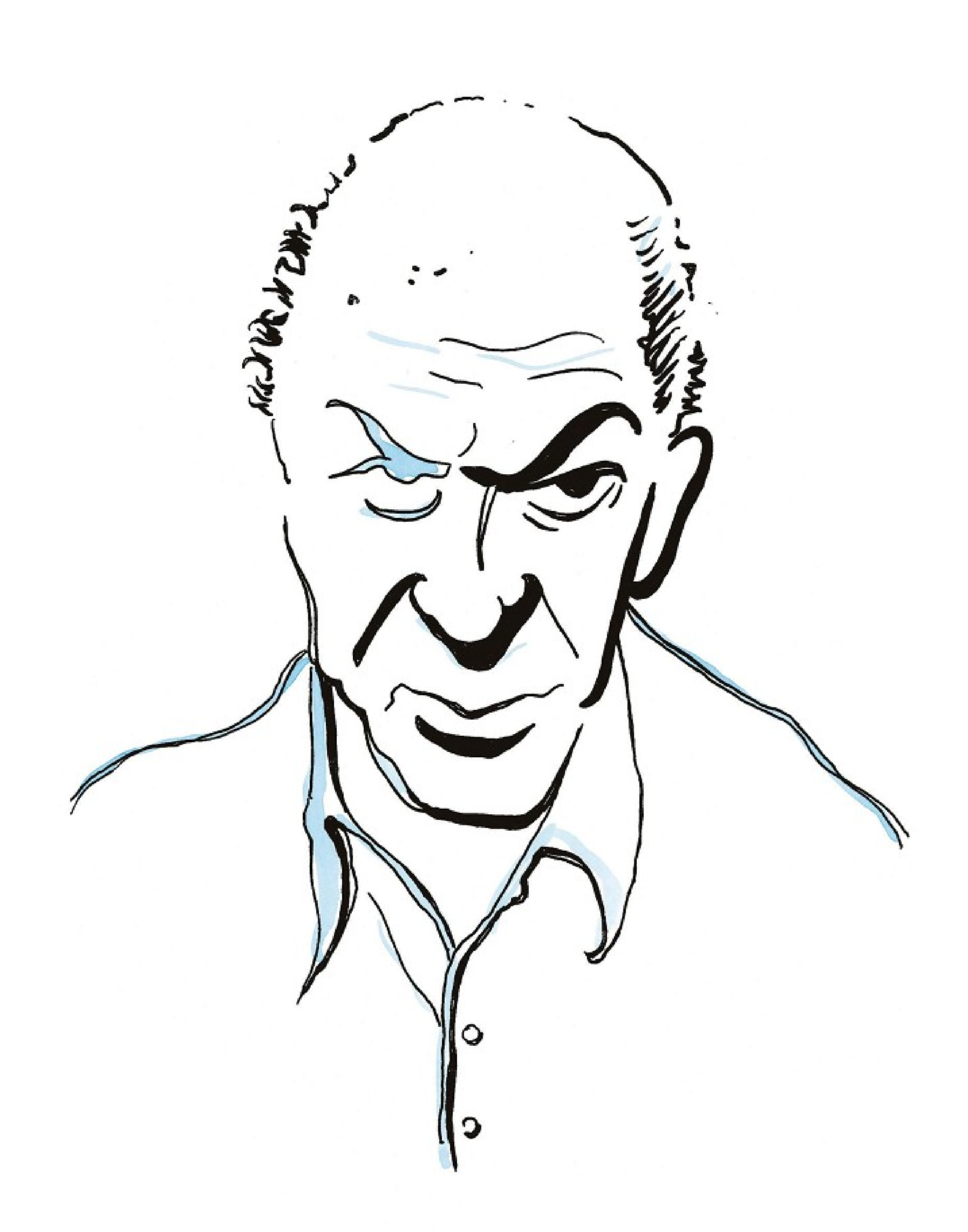
Fumó con el convencimiento, ingenuo, de que nunca puede pasarle a uno nada con un cigarro entre los dedos, o en la playa. Y optó por

duras, rígidas, penosas jornadas de trabajo en las que escribía no menos de cinco hojas diarias —mil ochocientas al año, más de cien mil a lo largo de su vida—, además de las cartas, tres o cuatro, que respondía a mano, cortés y amable y que echaba al correo al día siguiente.

Cuando Hitler llegó al poder, se hizo checo y norteamericano. Para conseguir la nacionalidad había que hacer un examen sobre la Constitución y las costumbres. Normalmente una conversación de apenas diez minutos, puro trámite. Con él, la funcionaria se demoró una hora. Al terminar le dijo que contaría a todo el mundo, el resto de su vida, aquel día inolvidable en que estuvo hablando una hora con Thomas Mann.

Una mañana, al levantarse, vio que tenía una pierna el doble de gruesa que la otra, aproximadamente. Los médicos no le dieron importancia, y le mandaron reposo. «¿A quién se le ocurre andar por ahí mirando la gordura de sus piernas?», se dijo moviendo complaciente la cabeza un par de días antes de morir.

Vladimir Nabokov



Nabokov, el cazamariposas



ivía en San Petersburgo, y tenía siete años cuando reparó en su primera mariposa: un macaón de alas amarillas con manchas negras y ocelos de color cinabrio que revoloteaba por los jardines de su casa. Lo cazó para él un conserje, con su gorra de plato, y lo metió en un armario con un puñado de bolas de naftalina para que se ahogara. Dejó pasar, impaciente, la mañana. Dejó pasar la tarde para asegurarse. Y antes de irse a dormir apoyó la mano en la puerta y acercó el oído, como un médium, para ver si lo escuchaba aletear. Y cuando se hizo de día, abrió el armario y vio, sorprendido, tal vez secretamente complacido, cómo la mariposa, con un vuelo errático, incorpóreo igual que una pavesa, salía revoloteando, cruzaba la habitación, sin inmutarse, y escapaba por la ventana abierta, otra vez al jardín, dejando tras de sí un rastro invisible a naftalina.

El pequeño Vladimir. Tuvo una infancia de casas de campo, de jabones ingleses, de bigotes de guía, ropa blanca, de hilo, un ejército de institutrices y nodrizas —Miss Rachel, Miss Clayton, Miss Norcott—, y el silbato de plata que venía con los trajes de marinero.

Eso y una relación interminable, un listado completo de enfermedades infantiles: vómitos, fiebre, tos, anginas, sarampión, escarlatina… Una madre que salía de casa en un trineo, como Ana Karenina, y le compraba un regalo diario, y un padre que cada noche escribía el menú del día siguiente en un papel, y se lo entregaba al mayordomo.

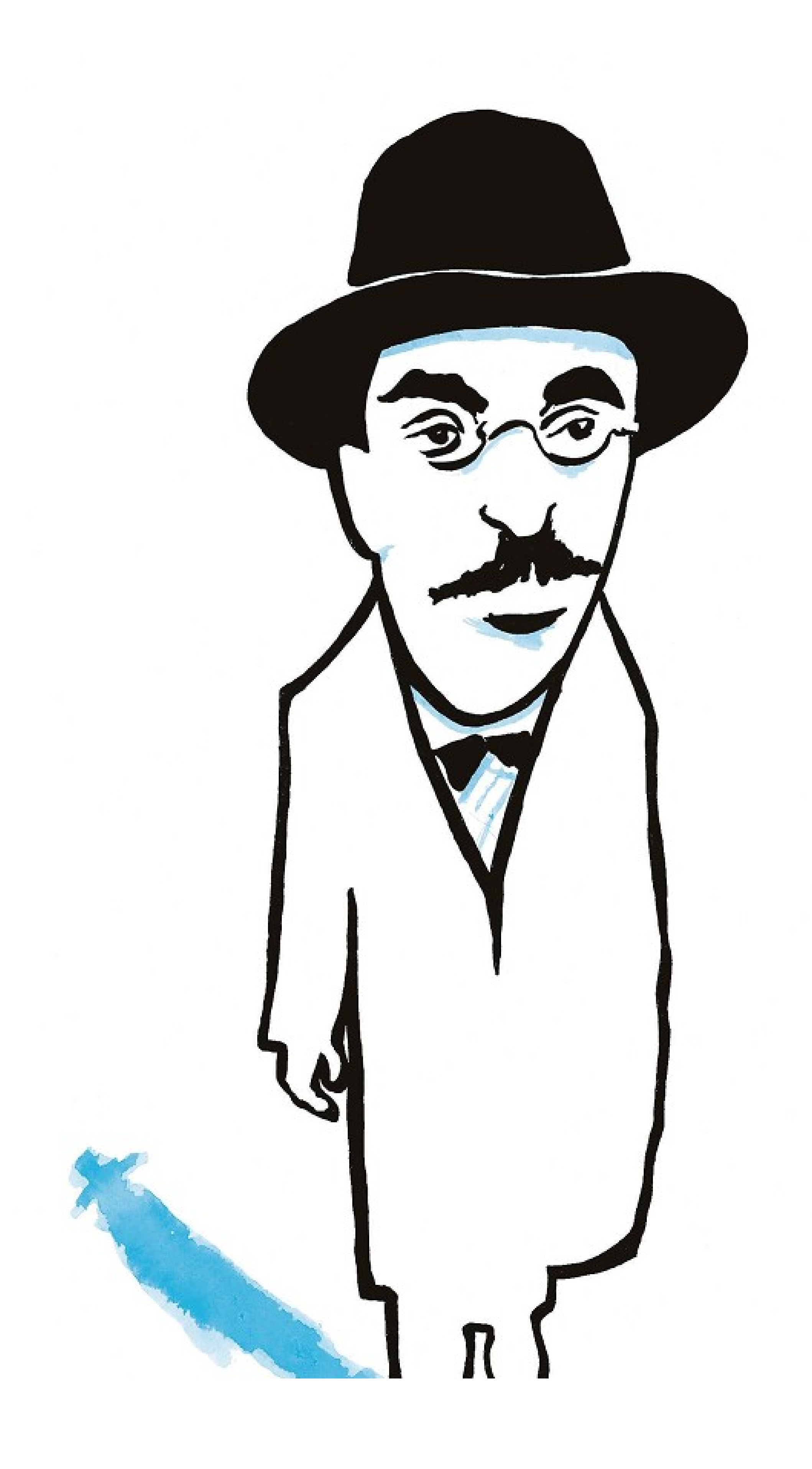
Y en eso llegó Lenin, con la hoz y el martillo y la bandera roja, e hizo que la colgaran en todos los balcones. El viejo Lenin de la calva y la perilla, y sus ruidosos bolcheviques, cargados de estrellas, y caballos, y gorros de fieltro gris. Su padre le mandó con sus hermanos a Crimea:

les dio un beso, y les hizo en la frente la señal de la cruz. Y ese mundo de bañeras plegables y pelotas de tenis, tan blancas como el talco, se convirtió en otro de casas de empeño, y joyas escondidas, y de recias maletas con las que iría aquí y allá, a la patria de todos los acentos.

Tuvo obsesión, siempre, por el ajedrez, los lápices afilados, y los lepidópteros. No sé si en ese orden. Cazó mariposas por todo el mundo, con calzón corto, una visera a cuadros, y una tupida red que rozaba lo ridículo. Después se dedicó a escribir, como una religión, un credo. Un día, desesperado, empapado en sudor, desencajado, cogió el manuscrito de Lolita, ese que empieza con «Lolita, luz de mi vida», y lo arrojó a una hoguera en el jardín. Fue su mujer, Vera, quien apagó las llamas, lo rescató humeante, y le convenció para que lo terminara.

Y nada, ya viejo, se dedicó a pasear, recordando a menudo aquella mariposa de alas amarillas que se escapó al jardín, y las cartas que tal vez le enviara, allí en la vieja Rusia, una novia que tuvo, Tamara, a una dirección en la que había dejado de vivir para siempre.

Fernando Pessoa





Pessoa, sociedad limitada



s cierto que cuando entraba en uno de los cafés que frecuentaba, el Martinho, el Brasileira, elegía siempre una mesa grande porque con él se colaban, sigilosos, más de una docena de tipos —seudónimos, heterónimos, ortónimos—, cada uno con su nombre y apellidos, su biografía, su ristra de cuartillas, sus pantalones con raya y sus zapatos negros.

El hombre nación llegaron a llamar, exagerando, a aquel tipo menudo, de inmaculadas camisas blancas y pulcros trajes oscuros cosidos a medida y que con frecuencia olvidaba pagar. El hombre vecindario, el hombre barrio, el hombre comunidad de propietarios que, como un iceberg, daba cobijo bajo su gabardina, abotonada hasta el cuello, a un número de personalidades suficiente para montar un equipo de fútbol: Álvaro de Campos, Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Bernardo Soares, António Mora, Rafael Baldaya… Tantos que cada vez que tomaba una decisión —qué se cena, dónde vamos— debía convocar una junta, una asamblea, un referéndum. Así que a menudo se hacía un lío con cartas o poemas que firmaba con el nombre de otro y de las que luego se desdecía u olvidaba.

Nacido en Lisboa, en 1888, Fernando António Nogueira Pessoa vivió con un miedo insuperable a la locura. Recordaba a la abuela paterna, Dionísia Estrela, y aquellas peroratas terribles cargadas de palabras malsonantes, explosivas, que murmuraba ante los niños: la mirada perdida, vidriosa, el pelo enmarañado, los dedos, afilados como cortaplumas, que les señalaban, acusadores… La abuela perturbada, ida, la abuela loca.

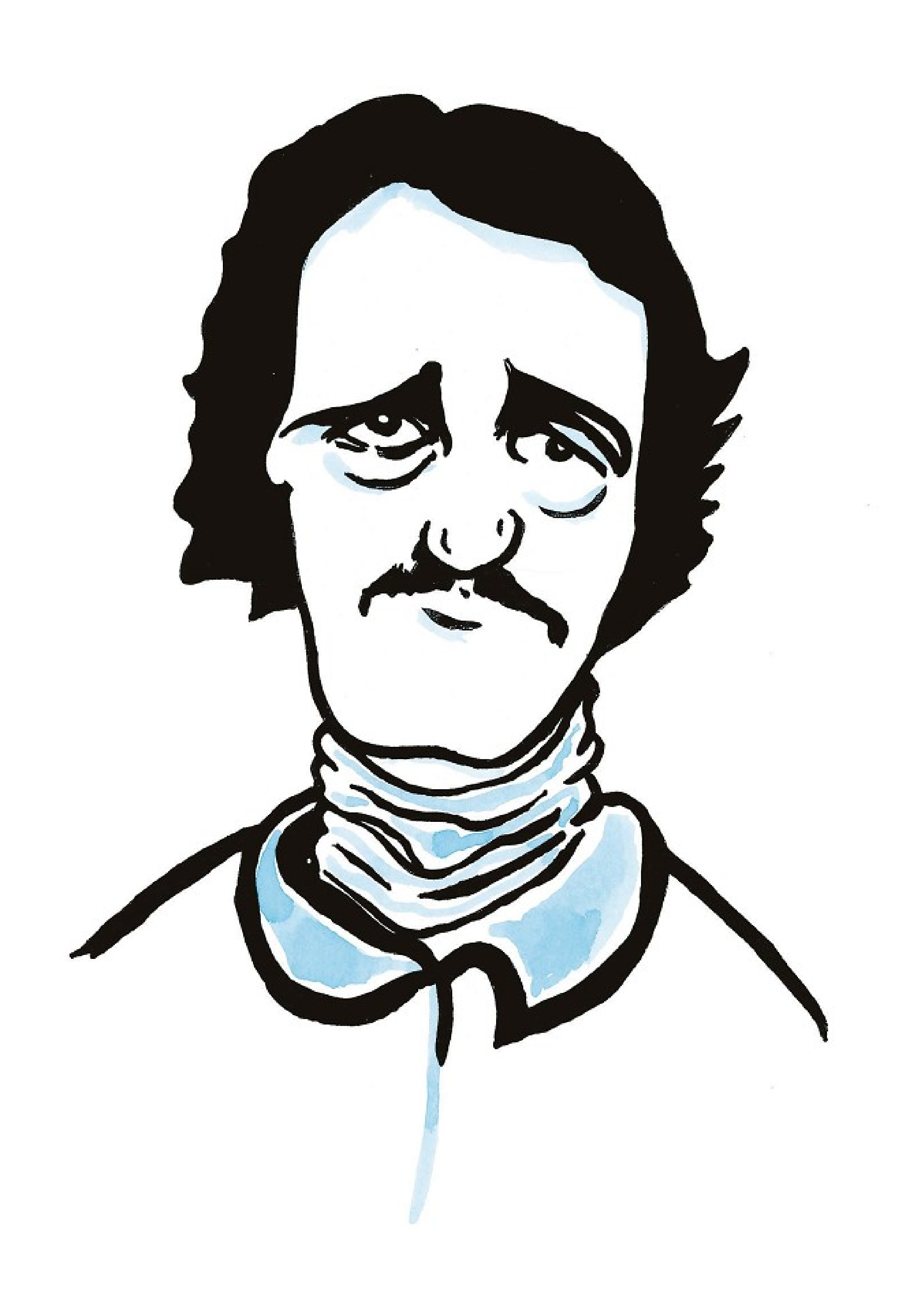
Hay dos o tres retratos de él con su inseparable sombrero de ala, gafas de miope, ojillos vivarachos y un bigotito recortado como un triángulo isósceles. Así, con una pequeña maletita de cuero, caminaba a

diario, el paso decidido, por la Lisboa del sol y la neblina, rumbo a su vida tranquila, metódica, ordenada. Profesión, «corresponsal de casas comerciales»: plumillas, tinta, goma de pegar, sellos, impresos…

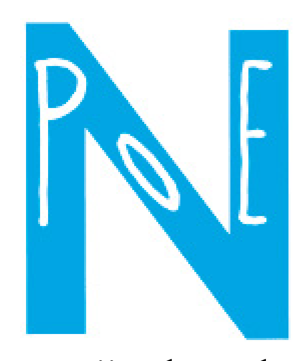
Se enamoró de una compañera de oficina, Ofelita, a quien dejaba pequeños regalos en el cajón de su escritorio: muñequitos de alambre, algún mueble minúsculo de casa de muñecas, una pulsera. Durante tiempo, pasó a diario, caminando, ante su casa. Y en la acera, se paraba un momento para hacer muecas que ella veía, divertida, desde su ventana. Pero un día no paró, siguió caminando serio, atribulado, con la mirada baja, ¿es que ya no me quieres?... Le contó al día siguiente que había descubierto a sus padres mirando desde otra de las habitaciones de la casa.

El resto fueron empresas ruinosas, inventos absurdos —la carta sin sobre, el anuario internacional— y alcohol de cirrosis. Cuando murió dejó un baúl, como el de la Piquer, lleno hasta arriba de papeles. Un universo que hay que transitar con mapa, o mejor con planisferio. Celeste, por supuesto, como corresponde a los dioses miopes.

Edgar Allan Poe



Poe, pobre



unca, nadie, jamás, ha tenido una inclinación tan acusada a la desdicha. Una tan persistente adversidad. Una tan lamentable mala suerte. El aura del desamparo, escribió de él Baudelaire sin pararse a elegir los adjetivos. Todo se le volvió en contra, se agostó a su paso, se convirtió en fatalidad y en infortunio: una vida azarosa, áspera y delirante.

Hijo de padres actores, su madre tuvo que suspender una actuación en *La máscara de bronce* porque se puso de parto. Y le llamaron Edgard por el hijo de Gloucester, en *El rey Lear*. Vivió una infancia breve rodeado de voces impostadas, y un similor de coronas, espadas y túnicas de rojo carmesí, con borlas de lana oscura que imitaban armiño. Su madre, de la que nunca se acordaría, murió bella y mundana, comida de miseria, de cien tipos de hambre, apenas cumplidos los veinticuatro años. Su padre igual; murió. Con los ojos pintados, y una sombra de color en el rostro que ocultaba la palidez febril del desamparo. Pobre Poe.

Fue recogido por una familia adoptiva que le dio el apellido, Allan, y una educación estricta y esmerada, de internado, en la que disfrutó, lo mismo nada, de cama individual, asiento en la iglesia y cordones para los zapatos.

Y hubo un momento, cuentan, en que fue un niño travieso y divertido, que se disfrazaba de fantasma en las fiestas, o arrancaba gritos histéricos a las niñas con serpientes de pega. También fue oficinista, y soldado, y fue dejando un rastro de nombres falsos y préstamos, y de cartas que fechaba en lugares donde nunca había estado. Por ejemplo, Moscú. Y Roma, por ejemplo.

Y algo ocurrió después que lo convirtió todo en tragedia lastimosa, en desastrosa batalla con la vida. Una impresión de hambre y privación:

proyectos insólitos, negocios ruinosos, destinos fatales… Un día, un diario de Baltimore convocó un concurso de cuentos al que se presentó. Y alguien de aquel jurado desganado, casi narcotizante, apreció su caligrafía hermosa, su trazo recto y elegante, airoso y pulcro. Leyeron apenas una página, sin ganas, y le dieron el premio, ¡por la letra! Cuando fue a recogerlo vieron llegar a un joven de delgadez extrema, que de lejos rezumaba arrogancia. De cerca, su levita gastada, sus pantalones raídos, y sus ojos violeta.

Llegaba de ese infierno de láudano y alcohol, y de sueños verdosos de los que no se vuelve. Y una noche de octubre lo encontraron tendido en una calleja. Balbucía un idioma ininteligible. Todo el mundo había muerto. Sus padres, sus amigos, su mujer, apenas una niña. Y él, a los pocos días, hablando a gritos con personajes que solo él veía, espectros o fantasmas, o alguien que imaginaba. A su entierro acudieron tres personas.

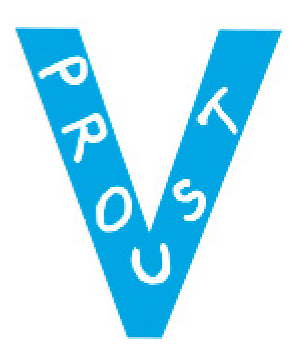
Su tía mandó una nota a uno de los periódicos en los que trabajaba: «Notifique su muerte y, por favor, hable bien de él. Sé que lo hará, pero no deje de explicar qué hijo tan afectuoso fue siempre para mí. Siempre».

Marcel Proust





A la busca de Proust



estía botines de charol, guantes blancos, chistera, pajarita y un lirio en el ojal de la levita. Un esnob de modales refinados. Un señorito ocioso y distinguido, algo excéntrico, raro, que llevó una vida regalada de salones, balnearios y cenas en el Ritz, de madrugada, donde todos los camareros le conocían por su nombre. Un mundo, el suyo, de habanos con vitola, de propinas que excedían el salario mínimo, y noches en la ópera, en el que, quien más quien menos, mandaba a planchar sus camisas a Londres, en barco.

Tenía unos ojos oscuros que alguien calificó de persas —como los gatos—, algo almendrados, el pelo dividido por una raya y un bigote que a ratos era azul, de puro negro, y otras raleaba, despeluchado y lacio, como el de un consejero chino de alto rango.

Fue, claro, un niño caprichoso, criado entre algodones y suelos de tarima, chimeneas de mármol, y casas que ya en aquel entonces tenían ascensor y gas en cada piso, y doncella y lacayo, y dinteles de yeso. Así que durante tiempo, mucho, vivió sin más preocupación que salir a la calle a deshora, ya anochecido, una vez que el polvo del pavimento se hubiera posado y no agravara su asma. Eso y las inversiones, casi siempre ruinosas, porque solo compraba, con poético instinto financiero, los valores de aquellas compañías cuyos nombres le gustaban: «El Ferrocarril de Tanganika», «Las minas de oro australianas», «La compañía del comercio del Oriente».

Pero un día mojó una magdalena en manzanilla y montó todo el lío: se encerró en una habitación con las paredes forradas de corcho, las ventanas cubiertas con gruesos cortinajes que nunca se abrían, y un polvo denso y pesado en el aire, para el asma, que hacía que todos los vecinos protestaran. Un lugar irrespirable, al tiempo abrigador, oscuro,

donde pasó diez años, metido en la cama con dos o tres jerséis, o con abrigo —friolero hasta el ridículo—, escribiendo. Un escenario de lámparas de tulipa verde, plumillas, tinteros, portaplumas, varios pares de gafas… El mártir de la literatura.

Su manera de trabajar consistía en añadir, extenderse, pararse en los detalles. Tantos y tantas veces que llenaba los márgenes de notas, y pegaba papeles con engrudo en las hojas hasta que quedaban rígidas como cartones. Tenía un problema con el café que Celeste, su fiel criada, le hacía intentando que coincidiera con el momento justo en que se despertaba, a media tarde, porque odiaba tomarlo recalentado.

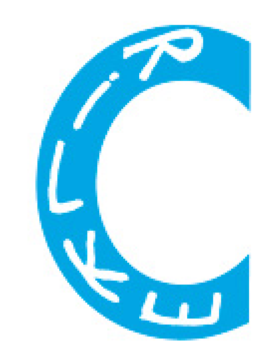
Cuando en 1971 se organizó en París una exposición (magna) para celebrar los cien años de su nacimiento, muchos vieron a una pareja mayor que señalaba de vez en cuando un objeto en una vitrina; uno de sus manuscritos, sus tarjetas. «Ya ves, querida», dijo el anciano al salir, «el pequeño Marcel ha conseguido finalmente ser alguien». Desde entonces, todas las panaderías de Combray venden a los turistas magdalenas.

Rainer Maria Rilke





Rilke y los japoneses

ontaba a menudo un extraño suceso que le ocurrió un verano, en Weimar, cuando visitaba la casa de Goethe. Se hospedaba en el Zun Elefanten, un viejo hotel con leyenda y suelos de madera, manteles de hilo y camareras con cofia, y volvía caminando por un parque. Casi de repente empezaron a sonar truenos lejanos, y el cielo se cubrió de nubes de tormenta. Un viento inesperado, frondoso y entusiasta, comenzó a sacudir las ramas de los árboles, y cayó una niebla blanca e inconsistente, algo ingrávida, como un cristal opaco. Al cabo de un momento se había perdido. Consiguió llegar a una casita a cuya puerta llamó insistentemente en vano, un segundo antes de que empezara a llover. Y en aquel laberinto oscuro y lleno de sombras, a punto de rendirse, distinguió a lo lejos tres figuras, borrosas y espectrales, a las que se acercó en medio del violento chaparrón. Al llegar a la primera, se topó con sus ojos rasgados, el gesto sorprendido, y un lento balbuceo incomprensible, igual que los demás. ¡Eran japoneses!, decía entusiasmado. ¡Tres japoneses en medio de una tormenta en Weimar! Intentó, durante semanas, encontrar el significado oculto de aquella historia. Porque siempre tuvo una idea trascendente de cuanto le ocurría, algo de visionario, de nigromante de cucurucho en la cabeza y túnica azulona, con estrellas.

Era pequeño, no muy agraciado, la cara abotargada, ancha la nariz, como de boxeador, labios llenos, oscuros, y un bigote casi como de pega, de carnaval o broma. Un aspecto que recordaría al de los bandoleros de aquel México de Pancho Villa, el de las balaceras y las cananas cruzadas sobre el pecho, de no haber sido por sus ojos, inesperadamente azules, un tanto femeninos, por lo visto.

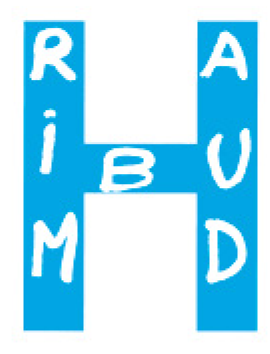
Tenía una caligrafía clara y limpia, casi sin correcciones, y un cuaderno que llevaba en el bolsillo de su chaleco de satén negro,

siempre abotonado hasta arriba como un banquero. Eso y una tendencia a hacer planes que nunca llevaba a cabo: dedicarse a la egiptología, aprender a montar a caballo, estudiar Medicina… Así, anduvo de aquí para allá: Alemania, Francia, Suiza, Rusia, España, viajero empedernido. Después vino la guerra, y lo hicieron soldado, de refilón. En París, entraron en su casa, y subastaron sus bienes, por pertenecer a un súbdito enemigo, pequeñas mezquindades de la historia: cuadros, cartas, muebles… Tenía imágenes de santos, muchas de san Francisco penitente, y flores siempre frescas. Entre ellas, alguna rosa de cinco pétalos de color rojo encendido. Y cuenta la leyenda que un día, en el jardín, preparando un ramo para una amiga, se pinchó un dedo con una espina. Y que la infección agravó la leucemia que sufría, y que de eso murió: de una espina de rosa. No se sabe si es cierto. No creo que le importara. En su epitafio dice: «Rosa, oh contradicción pura, placer, ser el sueño de nadie bajo tantos párpados».

Arthur Rimbaud



Rimbaud, la quemadura de la gloria



ay una foto suya —los labios apretados, el pelo revuelto, la mirada de los cien metros, esa que se atribuye a los combatientes y a las celebridades— hecha en el estudio Étienne Carjat. Un retrato ovalado, en blanco y negro, de rosetón o efigie. Acababa de recitar unos versos en la cena de los Vilains bonshommes, y de allí lo sacaron a hombros, como a un torero, vitoreándolo, agitándolo, enarbolándolo, y lo pusieron delante de la cámara. Alguien le anudó una pajarita al cuello, que luce como un gorrión muerto, y otro le abotonó el chaleco, gris, sin saltarse un ojal. Y ahí está. Un niñato arrogante, arisco y malagradecido, según el testimonio de quienes lo estimaban, que andaba por París, como un *clochard*, durmiendo en casas y buhardillas, de prestado, camaranchones, bares, cuartuchos y desvanes, coqueteando con el hachís y con Verlaine, y no precisamente en ese orden.

Acabó por seducirlo, se le enroscó como una serpiente venenosa en la pierna, una pitón, mortal, abrazadora, y se escaparon a Londres. Arthur y Paul. Allí anduvieron, escondidos y hallados. Buscándose, esquivándose. Como dos imanes en la clase de ciencias, se atraen y se repelen. Se dicen los peores adjetivos, se señalan de noche con el dedo —los ojos inyectados— y se miran con el desdén de los acusadores. De repente Verlaine, no se sabe exactamente cómo, le pega un tiro.

Contaron ante el juez que había sido un accidente, una fatalidad, un percance. Que el pequeño revólver, brillante y escurridizo como un pez de colores, se disparó al chocar con una puerta. La bala rozó a Rimbaud en la muñeca, nada grave, solo primera sangre. Pasó en el hospital un par de noches. Y Verlaine, dos años en la cárcel.

Cuando publicó su primer libro, unos meses más tarde, lo tituló,

muy elocuente, *Una temporada en el infierno*. La edición, salvo seis ejemplares, quedó en los almacenes del impresor, donde treinta años más tarde los encontraría el avispado abogado y bibliófilo belga Léon Losseau, que los vendió por una pequeña fortuna. Rimbaud acababa de cumplir diecinueve años. Y no volvió a escribir.

Se alistó en la legión extranjera, desertó, trabajó en un circo, y después escapó, quizá solamente de sí mismo: Chipre, Sudán, Etiopía, Yemen, barcos, caballos, trenes… Comerció con marfil, fue traficante de armas, empleado, geógrafo, siempre cargado con un cinturón donde guardaba quince mil francos en oro. Casi ocho kilos.

Emilio Salgari



Salgari, la mala suerte



uando un niño en Italia no comía, no dormía, era desobediente, maleducado, terco, decía palabrotas, sorbía los fideos, jugaba con el pan, tiraba piedras o dejaba de ser piadoso, se le amenazaba con llamar al Tigre de Malasia. Y solo mencionarlo, decir su nombre apenas, siquiera susurrarlo, San-do-kán, bastaba para infundir un terror exótico y lejano, providencial y ajeno: el rostro desencajado, pálida la tez, los ojos aterrados. Era tal el miedo que provocaba aquel hombre de turbante y cimitarra, dientes blancos como colmillos de elefante, barba oscura, tenaz, y ojos negros como el carbón, negro, de la antracita, que una vez, en Verona, los editores colgaron en la calle unas banderolas en las que se leía: «¡Ciudadanos alerta! ¡El Tigre de Malasia está en camino!», cuando preparaban la salida al mercado de una de sus entregas.

Le gustaba, de niño, dibujar en los libros, en los atlas, en los puños de las camisas. Lo mismo en las paredes. En cuanto su madre se despistaba aprovechaba para llenar sus cuadernos de monigotes y sombreros, de soldados y escenas marineras: barcos, marinos, monstruos —pulpos gigantes con miles de ventosas—, y ballenas que partían con la cola, un surtidor de espuma, las frágiles barquías de los arponeros.

El mar. Uno de sus grandes amores. Compraba barcos en miniatura, que jugaba a capitanear en el salón, la mesa de comer, la mar océana, vestido seguramente de gala, tricornio y charreteras. Así que estudió esgrima, y se hizo marino.

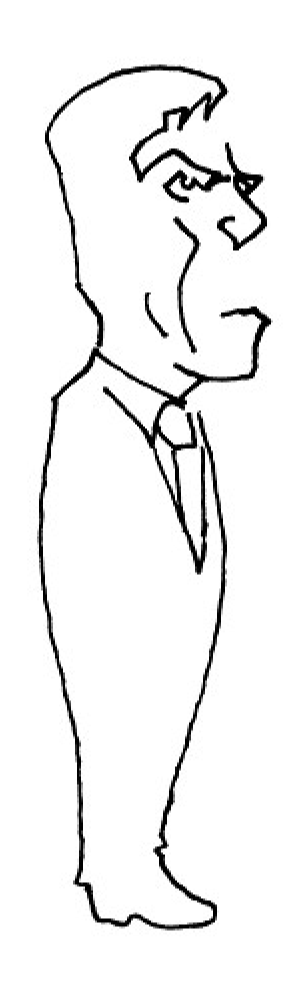
Tenía algo de follonero. Uno de aquellos fogosos, intrépidos, bocazas de taberna. Así que una vez que, trabajando de periodista, un colega le dijo «marinero de agua dulce», le dio una bofetada y le tiró a la cara su tarjeta. A los pocos días, en cuatro asaltos de sable, el otro acabó en el

suelo con un corte en la cara, del que conservaría cicatriz de por vida, y Salgari en la cárcel.

Fue el suyo más un mundo de corsarios y piratas, selvas, lanzas, guerreros, navegantes y pescadores de perlas. Un mundo con olor, acre, a salitre, ruido de jarcias o de gritos lejanos de gaviotas, y sabor a carne horneada al fuego de una hoguera. En la vida real vivió un tiempo de fiebres, amenazas de ceguera, y una crisis de locura que le llevó a darse una puñalada en el pecho que a punto estuvo de matarlo.

Terminó como un penado de la pluma, trabajando día y noche, a deshoras, enfermo y agotado, caminando hacia las tinieblas, esas de sus historias pobladas de fantasmas y caníbales. El 25 de noviembre de 1911 se dirigió a un bosquecillo en el Valle di San Marino, cerca de Turín, donde a veces había ido a cortar flores con sus hijos, a quienes dejó una nota: «Nada poseo», les decía, «nada puedo dejaros. Besad a mamá en mi nombre. Adiós para siempre, mañana no existiré». Y se abrió el vientre, desesperado y solo, sin entender por qué, con un cuchillo oxidado, casi sin filo. Romo.

Borís Pasternak
Georges Perec
Ezra Pound
Iván Turguéniev



Borís Pasternak

Hijo de artistas, jugaba a veces de niño, con su hermano, a organizar exposiciones. Colgaban sus dibujos por las paredes, hacían un catálogo en el que figuraban los títulos, y organizaban inauguraciones a las que acudían los padres y el servicio. Un verano, cuando tenía trece años, una yegua lo tiró mientras montaba, y estuvo a punto de arrollarlo con los cascos. Se rompió una pierna que soldó algo más corta que la otra y que le provocó una sutil y elegante cojera de por vida. A partir de ese día, en las inauguraciones hacía de crítico. La mirada atenta, el gesto adusto, algo desabrido. Y cojo.



Georges Perec

Su padre había muerto en la guerra, casi por accidente, el día antes del armisticio. Su madre, judía, fue deportada a Auschwitz, donde también murió. Unas navidades, una tía suya con la que vivía le llevó a una juguetería para que eligiera su regalo: unos patines o una caja de soldaditos. Él eligió los soldados, señalándolos gozoso con el dedo, en el escaparate, pero su tía le compró los patines. Más tarde, durante un curso casi completo, fue andando al colegio para ahorrarse los dos francos del autobús con los que, cada semana, compraba una de aquellas figuras, uniformadas, con fusil, y casco y radio de campaña.



Ezra Pound

Barbirrojo, el rostro afilado, la mirada acuosa, un tanto fantasmagórica. Llevó durante años un llamativo sombrero oscuro, de ala, con una larga pluma, y un zarcillo en la oreja, como un pirata. Una vez, en casa de una de sus anfitrionas, pidió permiso para utilizar el baño. Cuando lo buscaron más tarde, extrañados por su tardanza, lo encontraron metido en la bañera, canturreando, desnudo. Se forzaba a escribir un soneto diario que destruía siempre a fin de año, impasible, arrojándolos uno a uno tranquilamente al fuego.



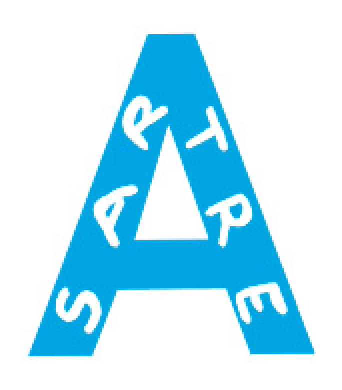
Iván Turguéniev

Alto, cortés, elegante. En una de sus partidas de caza conoció a una joven obrera en los alrededores de San Petersburgo. Charlaron de los carruajes, los vestidos, las lámparas de cristal, la ópera… Un día le pidió una pastilla de jabón perfumado. Cuando se la llevó, se marchó y volvió a los pocos minutos, alterada por la emoción. Tenía las manos limpias y fragantes. «Ahora», le dijo tendiéndolas ante él, «estrécheme las manos como hace con las damas en los bailes». Y él, que lo entendió todo de repente, se arrodilló a sus pies.

Jean-Paul Sartre



Jean-Paul Sartre
(y Beauvoir también un poco)



cababan de conocerse y se habían citado en un café. Ella se retrasaba y él, nervioso, fumando, muy francés, impaciente, leía distraído mirando hacia la puerta de hito en hito. Regordete, los dientes amarillos, separados como una vieja sierra, cara redonda, hinchada, y una bizquera obvia, superlativa, inmensa. Al rato entró una joven y se dirigió a su mesa. Era Hélène de Beauvoir, que había ido a decirle que su hermana Simone sufría una indisposición, y que no podría ir.

Sartre le preguntó cómo le había reconocido. Y ella, apurada, tal vez intimidada, mordisqueándose ligeramente el labio, respondió que su hermana le había dicho que tenía gafas. Él señaló a otros dos clientes que también las llevaban. Y Hélène, carraspeando, casi como un susurro, sofocada, añadió: «Bueno, también me dijo que era bajito y feo».

Tuvo toda su vida un aspecto de gárgola malévola, de diablillo mordaz y una fascinación por la belleza. Más que una aspiración, un requisito. A todos sus amigos se lo exigía, casi en primera instancia, indefectiblemente: la belleza.

Así que le gustó. Aquella chica alta, elegante y altiva, inteligente, muy francesa, también, con quien hablaba de filosofía, todo el tiempo tratándose de usted. «El Castor», la llamaban, uno de los mejores motes desde luego, con quien acabaría firmando un pacto de dos años, prorrogable. Un contrato verbal de amor descomunal y eterno hasta la muerte. Nunca vivieron juntos, aunque compartieron a veces el hotel, amantes con frecuencia, y siempre una común admiración. Quedaban

en cafés, a trabajar: el Flore, en Saint-Germain, con sus butacas rojas; el Dôme, desde cuya terraza se veía la estatua de Balzac; o el Trois Mousquetaires. Se sentaban en mesas separadas, para no molestarse, más allá de una vaga, imperiosa mirada, mientras escribían durante horas. Sartre, con letra pequeña, pulida y oficiosa, y Beauvoir, con una caligrafía dentada, accidental, difícil, casi siempre, de leer.

Cuando quisieron darse cuenta, se habían convertido en una leyenda, en historia de Francia. Una celebridad común e inseparable que arrastraba toda una *troupe* de amores compartidos: queridas, mantenidos, celos, furias, escándalos, coridrina, café, whisky, tabaco, y un registro de amantes (hasta cinco distintas), a las que Sartre daba hora como un médico de la seguridad social. Rechazó el Nobel cuando se lo ofrecieron, mientras comía lentejas y cordero, sin inmutarse.

Una mañana se levantó con el brazo izquierdo paralizado. Solo fue al médico cuando el cigarrillo empezó a caérsele de los labios. En su entierro, Beauvoir se sentó en una silla junto a la tumba abierta, aferrada a una rosa. Lloró en silencio y nadie, nadie se atrevió a consolarla. Al fin, la cogieron del brazo, recogieron la silla, y se marchó. Antes dejó caer la rosa sobre el ataúd, y un beso, frío y aristocrático, como de la nevera, existencial. Sartre había, por fin, dejado de fumar.

Simone de Beauvoir sufrió una grave enfermedad pulmonar. Estuvo semanas en cama, ingresada en un hospital. Sartre le escribía casi a diario. Le escribía por ejemplo: «¿Se encuentra bien, hay rosas hoy en sus mejillas?», siempre de usted. «No se olvide de dar un pequeño paseo rodeando su sillón, y cuando haya viajado a su alrededor, siéntese en él».

Georges Simenon



Simenon, los cuatrocientos libros



abía dos Simenon. Ambos iguales, en apariencia, o parecidos. Ambos, por ejemplo, sombrero de ala ancha. Ambos pipa, sujeta entre los dientes —llegó a tener cuarenta—. Ambos rostro afilado, un poco de roedor, gesto sonriente. Ojillos diminutos, vivarachos, pajarita o corbata. Ambos, porte elegante; ambos también, delgados. Y a partir de ahí todo eran diferencias, sutiles u ostensibles, discretas o notables.

Había un Simenon familiar y hogareño, educado y jovial con los vecinos, amante esposo y padre, con algo de colono, de explorador, pionero: tuvo un barco, una canoa y una casa con bosque, donde iba a cazar con una carabina. Todo idílico, apacible, muy de documental, de postal o de libro.

Sorprendía su inesperada, pasmante voluntad de escapismo. Cambiaba con frecuencia de ciudad, de casa —en París vivió en veintisiete, una detrás de otra—, de habitación de hotel. Viajero empedernido, enfermizo y voraz, a menudo hacía la maleta, cogía el coche, en silencio, por sorpresa, recién amanecido, y desaparecía.

Eso y una descomunal pasión creadora. A los dieciséis años había publicado su primer libro. Después, en tres años, escribió tres mil cuentos. Un día se compró una colección de novelas populares. Contó las líneas, las páginas, los capítulos, e hizo sus cálculos. Ideó una veintena de seudónimos —Christian Brulls, Jacques Dersonne, Luc Dorsan o George Sim, entre otros— y con ellos escribió más de cuatrocientas novelas que enviaba a los editores en un Chrysler de color chocolate, con chófer, porque también sabía ser excéntrico cuando correspondía. «No es un gran libro lo que me he planteado hacer», dijo en una ocasión, «sino muchos pequeños».

La «Fábrica Simenon», afirmaba, irónico, de su literatura. Al final de

su vida escribía un libro cada dos meses; trescientos días de vacaciones al año, presumía. Cuando le tocaba, hablaba con su mujer, fijaba una fecha en el calendario, iba al médico a que lo reconocieran, anulaba citas y compromisos, y el día señalado se encerraba en una habitación, con las ventanas cerradas, y un flexo. El otro Simenon: no cogía el teléfono, ni leía el correo, ni hablaba, ni comía durante horas, o días. Bebía solo cuando lo hacían sus personajes, tomaba las mismas píldoras que ellos… Terminaba un capítulo al día, casi siempre desnudo porque se iba quitando ropa: el pantalón, y una camisa de franela que no se cambiaba hasta que acababa la historia. Diez días exactos después, exhausto, sucio, sin afeitar, delgado, con los ojos todavía perdidos, desorbitados, las manos temblorosas, como el superviviente de un secuestro, salía del cuarto. Había acabado. Durante dos meses volvía a ser el Simenon de siempre. El de la vida tranquila y ordenada. La pipa y el sombrero.

Se pasó media vida suspirando por recibir el Nobel. Cuando se lo dieron a Camus dijo: *«Ce petit con»*, masticando las palabras una a una.

Stendhal



Stendhal, las doce en punto



Se llamaba Henri Beyle. Un caballero grueso, según él mismo escribió, que compraba muchos libros, escribía de historia, comía en un café y se acostaba todas las noches a las doce. Tenía una extraña barba que le nacía en las patillas, y que se prolongaba bajo el rostro enmarcando su cara redonda. Todavía adolescente se enamoró de una joven actriz y vivió tal pasión, tal locura amorosa, que iba todas las noches al teatro solo para verla. Aquel primer amor le redimió de una infancia desdichada; una madre tempranamente muerta, y siempre condolida, idealizada, y un trío de enemigos familiares. Su padre, rígido y autoritario; su tía Séraphie, severa como su propio nombre indica, y el abate Raillane, su preceptor, puritano y estricto, amenazante como el ángel de la espada flamígera.

Uno de sus recuerdos, imborrables, de infancia, fue el de Luis XVI muerto en la guillotina. Su padre entró en casa demudado, desencajado, lacio, con un correo en la mano, dejándose caer sobre un diván como una marioneta descordada: «Se ha terminado», murmuró, «ha muerto asesinado».

Fue oficial de dragones, uno de aquellos tipos arrogantes, juerguistas y arrojados que recorrieron Europa de taberna en taberna, con la Enciclopedia de Diderot debajo del brazo, las botas de charol y los chacós de entorchados imperiales. Fue después funcionario, cónsul y auditor: un uniforme de terciopelo azul bordado de hilo de plata, un sombrero de plumas, y una espada colgada del cinturón de seda que probablemente no sacó nunca de la funda.

Vivió un mundo poblado de condesas, bailes, gasas y tules, cuellos y puñetas de encaje, en un tiempo agitado: polvos blancos, de arroz, y pólvora negra.

Y Napoleón, claro, de paso por la Historia, con mayúsculas. Lo

siguió con su ejército, siempre en puestos administrativos desde los que pudo contemplar, a resguardo de los cañones y los sables, la *grandeur* de los mariscales pintada al óleo, con marcos de oropel, y también la *débâcle*, la de los veteranos cercados en las estepas rusas, que traducían el heroísmo en subsidios y cruces pensionadas, su ambición en limosnas.

Administró, también, un ejército de amantes, novias y enamoradas. Todas con nombres de pastel o merengue: Angela, Adèle, Métilde, Pauline, Alexandrine, Mina, Angéline… En una visita a su editor, inquirió por sus obras, almacenadas en la trastienda de la imprenta: «Aquí las tiene», dijo malhumorado, abriendo un arco exagerado con el brazo. «Como libros sagrados: sin que nadie los toque».

A última hora, se dedicó a redactar infinidad de testamentos, aterrado por la idea de una muerte que, finalmente, se presentó, dulce y condescendiente, y se metió en su cama. Fue su amigo Romain Colomb quien buscó para él, en Montmartre, un lugar tranquilo y agradable donde hoy está su tumba, con su cara, de perfil, enmarcada, y su nombre con hache intercalada.

Robert Louis Stevenson





Stevenson, el que contaba historias

Lo primero es un lío con su nombre. Robert Lewis Balfour Stevenson empezó firmando R. Stevenson, por abreviar, si bien ocasionalmente añadía otro par de iniciales, R. L. B. Stevenson, cuando la situación lo requería. Hasta que, en 1868, recién cumplidos los dieciocho, pidió formalmente a su madre que lo llamara Robert Lewis, olvidando el Balfour que siempre había, secretamente, aborrecido. No del todo conforme, decidió sustituir el Lewis escocés por el francés Louis, aunque en su casa, un poco escamados con tanto cambio, siguieron llamándole Lewis que, por lo demás, se pronuncia más o menos igual.

Hijo único, lo mismo algo mimado, fue un niño enfermizo que heredó una insuficiencia respiratoria y una facilidad extrema para los catarros: mocos, dolores de garganta, estornudos y noches de insomnio visitadas por una tos seca, profunda como una sima, con algo del eco de las cavernas, las catedrales o los acantilados. Recordó siempre cómo su aya, la encantadora Cummie, lo levantaba a veces de la cama, congestionado, rojo, y lo llevaba ante un ventanal desde el que se veía buena parte de la ciudad, a oscuras, salvo una o dos ventanas, a lo lejos, iluminadas, en las que imaginaba a otros niños como él, con tos, también, febriles, que insomnes lo miraban. Cuando tenía seis años, su tío David organizó un concurso entre sus hijos y sobrinos en el que ofreció un premio para la mejor historia sobre Moisés. Louis quiso presentarse y como no escribía, durante cinco tardes de domingo dictó a su madre el texto que corrigió y tachó y que, al final, le valió una Biblia ilustrada.

Luego fue la Ingeniería, como su padre, que acabaría esquivando; el Derecho, solo de refilón, y una mácula de elegante indigencia que le obligaba a visitar lugares acordes con sus precarios medios. Tabernas

que se llamaban El elefante verde, El ojo parpadeante, El alegre japonés…, en las que se sentaba a escribir, rodeado de deshollinadores, marineros, rateros que, en atención a su atuendo, lo llamaban «levita de terciopelo».

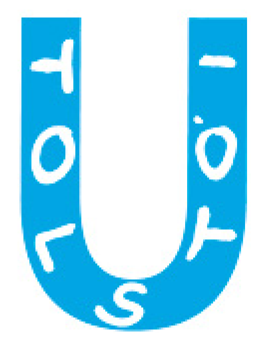
Hombre de hábitos nómadas, vagabundo, bohemio, se habituó a viajar con un mínimo equipaje: ropa, libros y un sky terrier negro, de peludas orejas, como sauces llorones y que, en consonancia con la costumbre de su amo, fue cambiando de nombre: Walter, Wattie, Woggs, Bogue…

Lo demás fueron enfermedades: el frío le ocasionaba pulmonía; el polvo, oftalmia, ciática el ejercicio… A menudo tenía que guardar reposo, en silencio, como un inválido, a oscuras, dictando a su mujer sus escritos. Acabó en los Mares del Sur, en Vailima, aquel lugar, un poco el paraíso —el sol, el mar, la paz—, en el que los nombres eran como un hechizo: Taahauku o Hiva-oa, viviendo en una casa de madera, con una biblioteca en la que barnizó las tapas de los libros para protegerlos de la humedad. Allí lo llamaban Tusitala, aquel que cuenta historias. No es mal mote.

Lev Tolstói



Tolstói, el campesino



na noche, cumplidos ya los ochenta, se escapó de casa. Se levantó sigiloso de la cama, y avanzó de puntillas por el corredor —¡schhh!—; los calcetines de lana resbalando sobre la tarima (era invierno), el pijama de felpa, intentando que no le sorprendieran. Se puso el abrigo en la cocina, una gorra de lana oscura, y las botas de caucho. Hizo una bolsa en la que metió su diario, una pluma, un poco de pan, y se inventó un nombre: T. Nikolaieff. Con él, tapado hasta los ojos, compró un billete para un vagón de tercera y, acompañado de su médico, se marchó.

Huía de Yásnaia Poliana, su casa. Huía de su mujer, de sus trece hijos, de sus propiedades y, sobre todo, de su condición aristocrática, de la mirada acerada de los *mujik*, los campesinos que trabajaban para él y a quienes tanto se parecía —cejas gruesas, barba patriarcal, frondosa, espesa cabellera— y que lo miraban, allí montado a caballo, con el recelo subversivo, tal vez amenazante, de los siervos.

Ocurría a veces que quienes iban a visitarlo, y recorrían media Rusia nevada para rendirle respetuosa pleitesía, se sorprendían de su aspecto: fornido, musculoso, tallado por el viento de la estepa. Un hombre que montaba a caballo, que salía con frecuencia de caza o a patinar en los estanques helados, donde también pescaba, y a montar en bicicleta. Sabía segar, e interpretaba el lenguaje de la tierra, esa tierra llorosa y explotada de los terratenientes: las siembras, los barbechos, la esclavitud, el hambre.

Trabajador infatigable, observador minucioso, conversador preciso, se documentaba yendo a casa de sus amigos para ver cartas o documentos, o recoger testimonios. Se cuenta que copió *Guerra y paz*, completa, de arriba abajo, siete veces, y que, ya en la imprenta,

telegrafiaba a menudo a Moscú para parar las máquinas y cambiar una palabra.

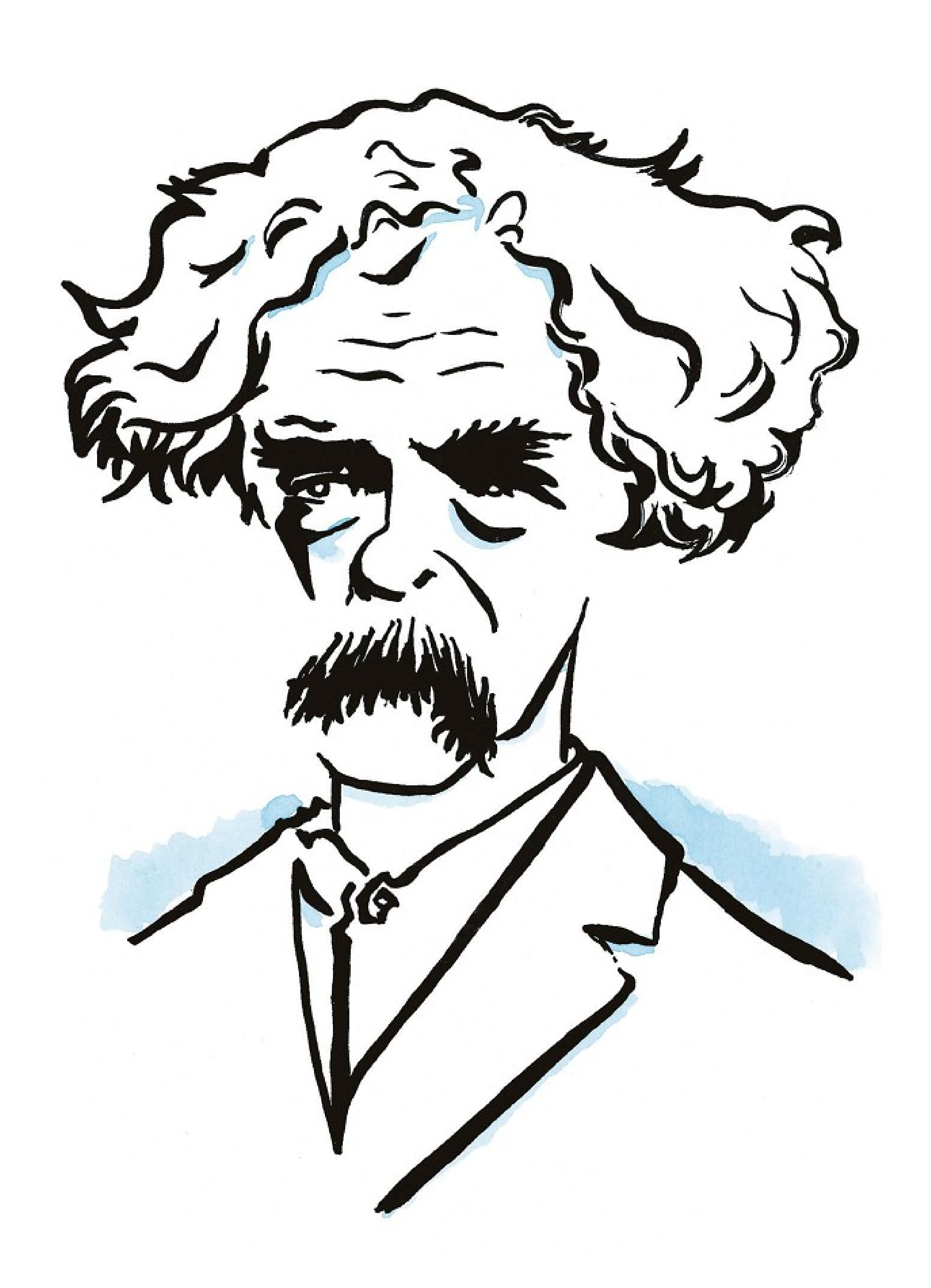
A los cincuenta años le dio un yuyu. La vida se paró y se volvió lúgubre, explicaba. Dormía mal, agitado. Se despertaba empapado en sudor, la mirada aterrada. Sufría pesadillas, o un insomnio abrigador y susurrante, frío como un cadáver. Renunció a sus posesiones, a sus derechos, y se mezcló con los pobres, los desfavorecidos, los que no tenían nada. Con los siervos, que le siguieron mirando con recelo. Reivindicó el amor y la igualdad; los suyos le ignoraron. Reclamó la justicia, y el gobierno prohibió sus escritos, y lo marcó con el dedo acusador de las autoridades.

Cuando murió, en una estación de tren, febril y solitario, y lo reconocieron, llegaron periodistas, y curiosos, y guardias, y un edicto de las autoridades que prohibía hacer sonar las campanas, bajo pena de cárcel.

Pero en todo el país, según se iba extendiendo la noticia, los curas ortodoxos subían a los campanarios, los ojos llenos de lágrimas, y tocaban a muerto. El tañido sonó por toda Rusia, como una salmodia, una mecha.

Más de cinco mil sacerdotes fueron detenidos.

Mark Twain



Twain, el bigote de morsa



on frecuencia, salía en las fotos vestido de negro; chaleco y corbata o pajarita y botines. Como un pistolero taimado y sureño, un tahúr mundano y elegante que llevara siempre un as en la manga y un revólver cargado en el bolsillo. O de blanco inmaculado: cejas y una melena asilvestrada, gesto lo mismo adusto, serio, y bigotes poblados como de morsa, ellos mismos ceñudos, apretados, enmarcando una perla, solitaria y brillante, en la corbata.

Samuel Langhorne Clemens, su verdadero nombre. Vivió en aquel mundo, mitad real mitad imaginario, de tramperos y cazadores, indios, colonos, niños de pies descalzos, cara marcada de churretes y sombreros de paja, barcos de palas, soldados confederados y fardos de algodón en la bodega. Todo surcado por el curso de un río, como una cicatriz, cuyo nombre es una evocación de consonantes: el Mississippi, o como se diga.

Con nueve años ya andaba por ahí, correteando por los muelles de tablas y pilotes, hecho un golfillo, bañándose desnudo en las orillas, pescando con anzuelo, y fumando en pipa de maíz un tabaco pestilente, grasiento y oleoso, denso como el incendio de una refinería, que le regalaban en una tienda, cada tarde, a cambio de una herrada de agua fresca.

Fue un tiempo marinero, y piloto fluvial. De los que llevaban gorra, azul o negra, y lanzaban un chorro de vapor por el silbato cuando llegan a puerto. Los barcos tenían el casco tan plano como una ensaladera para poder navegar por un río lleno de arenales y juncos. Y había una voz mágica, liberadora, que surgía de la cubierta como un conjuro cuando por fin se salía a aguas libres: «¡Mark Twain!», se gritaba cuando el escandallo señalaba calado suficiente para navegar

librement. Y fue ese grito, casi como un destello, el que eligió como seudónimo para sus primeros artículos.

Seguramente fue el autor más popular de su tiempo. Fue periodista, escritor, viajero incansable, y recorrió el país dando conferencias en las que contaba historias prodigiosas y en las que ponía su legendaria cara de plato: la inexpresión total, ni un músculo, ni un gesto, ni una señal, nada... Hizo publicidad de una pluma estilográfica y, después, enseguida, de una de las primeras máquinas de escribir que se vendieron.

Todo se torció al final. Murió su esposa y una de sus hijas, otra se fue a vivir a Europa, «¡qué pobre, yo que fui una vez tan rico!», dijo.

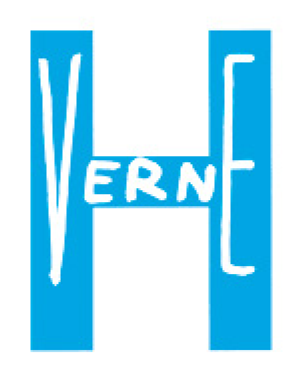
La Navidad de 1909, Jean, su hija pequeña, que padecía de esquizofrenia, apareció también muerta. Vivió a partir de ese momento en una casa repleta de regalos que nunca llegó a abrir: papeles y lazos de colores, notas de felicitación, guirnaldas, bolas de cristal, zapatos… Allí solo, con un perro que únicamente entendía órdenes en alemán.

Murió al año siguiente, coincidiendo con el paso del Halley, el cometa, que lo había traído en su anterior viaje, setenta y cinco años antes.

Jules Verne



Verne, el tiro en la pierna



abía un cofre en el desván de su casa donde se guardaban cartas y documentos, papeles y legajos de sus antepasados armadores. En las tardes espesas, todavía decimonónicas, lacias y acompasadas de su infancia, subía hasta allí en secreto, se sentaba, escapado, y cogía alguno de aquellos papeles que crujían al abrirlos. Los olía, se paraba en el tacto de los sellos, y en las volutas de la caligrafía que le hablaban de tierras y lugares lejanos, productos exóticos y maravillas remotas que crecían en su imaginación como la masa de un bizcocho horneado.

Obligado por su padre a estudiar Derecho, llegó al París de los adoquines, las barricadas y los puños alzados, cuyas librerías —centenares de ellas— tenían en sus escaparates obras de Dumas, Gautier, Victor Hugo, George Sand... Se habituó a trabajar de noche, rabiosamente, como un forzado en una buhardilla, donde tenía apenas una cama, una silla, apenas, y las obras completas de Shakespeare, que compró sustrayendo dinero de la comida.

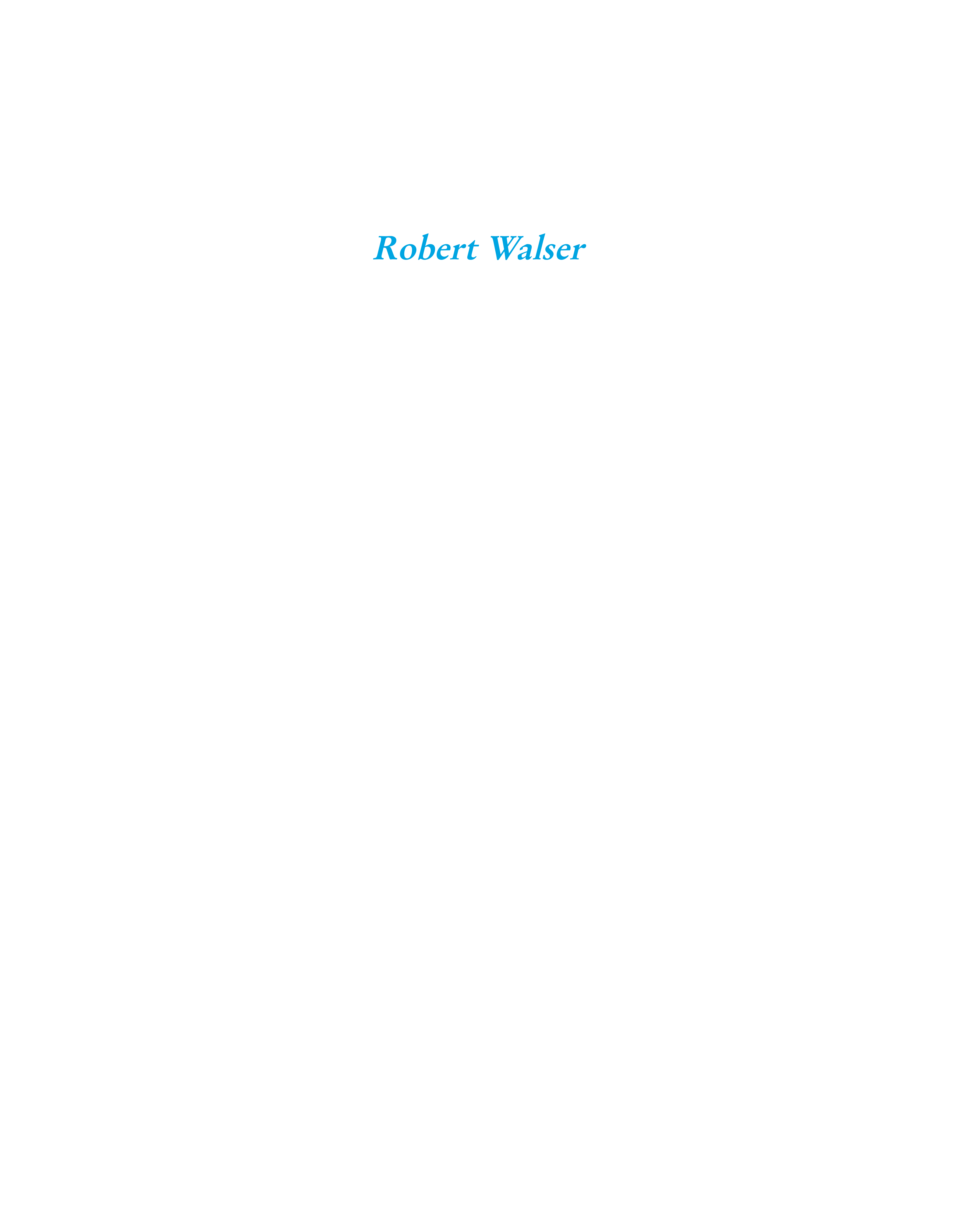
Durante una temporada solo salía de casa para ir a la Biblioteca Nacional, donde se convirtió en un asiduo de las secciones de geología, astronomía, mecánica, balística, geografía. Tuvo problemas, siempre, con el insomnio, el dolor de cabeza, la fiebre y una parálisis facial que se presentaba cada vez que el trabajo lo acosaba y que le dejaba la boca torcida, un ojo cerrado y una expresión severa y aterrada.

Firmó un contrato con el editor Hetzel, que le obligaba a entregar tres libros al año de por vida. Y allí, cercado, cerrado, rodeado, en una casa cada vez más grande, y llena de criados, con su dolor de cabeza y su parálisis, fue terminando, uno tras otro, los libros que le harían

inmortal: *Cinco semanas en globo*, *Viaje al centro de la Tierra*, *20.000 leguas de viaje submarino*, *De la Tierra a la luna*…

Se compró un barco con el que viajó por medio mundo convertido en una celebridad. En Lisboa lo recibía el ministro de Marina; en Roma lo agasajaba el papa León XIII; en Tánger, el cónsul de Francia, todo él entorchados y escarapelas. Un día estaba abriendo la puerta de su casa cuando se acercó su sobrino Gastón, el rostro desencajado, pidiéndole que le defendiera de unos imaginarios perseguidores. Cuando le dijo que nadie lo seguía, sacó un revólver y le disparó dos veces.

Una de las balas le dio en la pierna izquierda, cerca de la articulación del pie, donde la tendría siempre incrustada y doliente. Pasó sus últimos años recluido en su casa, sin recibir prácticamente a nadie, leyendo y llenando los cajones de obras que se publicarían póstumamente. Había vivido un matrimonio sin amor, una paternidad desgraciada, y el disparo le había dejado impedido. Tenía cataratas. También se fue quedando sordo. «Es una gran consolación», le dijo a su hermana, «tener solo que oír la mitad de las tonterías que corren por el mundo».



Robert Walser





Walser el paseante



e gustaba andar. Durante casi treinta años —los que pasó al final de su vida en el manicomio de Herisau—, salía a pasear cada mañana, elegante como un pretendiente, como un opositor, un novio: traje y corbata, sombrero y paraguas, y un chaleco del que nunca abrochaba el último botón, el de arriba, desaliñado o presumido. Enfilaba el camino de tierra a las afueras del pueblo, flanqueado de cerezos, y arrancaba a andar con el paraguas colgado del brazo hasta que desaparecía, allí en el horizonte, tan pequeño que había que entrecerrar los ojos para verlo. Le gustaba tanto pasear que llegó a ir desde Berna hasta Ginebra a pie. Una caminata.

Nunca tuvo un domicilio fijo, una casa, un buzón con su nombre donde mandarle cartas. Y durante años vivió por ahí, de prestado, en habitaciones que le dejaban, o en hoteles donde escribía durante toda la noche, vestido con una bata y unas zapatillas que se había hecho él mismo con pedazos de tela. Trabajó de empleado de banca, de secretario. Fue actor, librero, criado de un noble en un castillo de Silesia… Y le dio lo que él mismo llamó el tedio de la pluma.

Empezó a escribir con lápiz en papeles usados —formularios de cobro, hojas de calendario, márgenes de periódicos, hojitas de publicidad—, que llenaba de columnas de letra apretada, tan diminuta que a veces no medía más de un milímetro, y que resultaba tan difícil de leer que se llegó a pensar que eran solo garabatos con los que emborronaba papeles. Hasta que los descubrió alguien con buena vista, o con lupa: allí había cuentos, novelitas, apuntes, poemas…

Apenas cumplidos los cincuenta —sin trabajo, sin buzón, sin pareja —, su hermana lo convenció para que ingresara en una casa de salud. Un lugar tranquilo, al aire libre, con algo de monasterio, de retiro forzado y jubiloso, al que llegó con apenas dos trajes —quita y pon—,

una neurosis leve, un sombrero y una caja de zapatos en la que guardaba parte de sus papeles. Y no volvió a escribir.

Allí lo visitaba, de vez en cuando, su amigo Carl Seelig con quien a veces salía a pasear, elegante o raído, mientras que, sin saberlo, lo leía Kafka, en voz alta, a sus amigos, y también Musil y Benjamin, relamiéndose, como gatos golosos, con aquel mundo minúsculo, obsesivo, tranquilo, casi de naturalista, de entomólogo de nombres y adjetivos.

Murió el día de Navidad de 1956, cuando daba un paseo. Había salido, como siempre, a caminar y no volvió a la hora del almuerzo. Unos niños que jugaban con un trineo encontraron su cuerpo tendido sobre la nieve, como dormido, trágico pero apacible. Había unas huellas de pisadas que conducían hasta él. Nunca se supo si eran las suyas o las de la muerte, también calzada con zapatos oscuros, que lo seguía a pie desde hacía años.

Oscar Wilde



La importancia de llamarse Wilde

Había en él algo de inmoderado. Desde los tres nombres que le impusieron sus padres en la pila bautismal —Oscar, Fingal, O'Flahertie—, hasta su aspecto, grande, descomunal, decididamente imponente: pelo rizado, negro, labios carnosos y dedos regordetes. «La gran oruga blanca», llegaron a llamarle en los periódicos.

Nacido en Dublín en 1854 —aunque siempre, coqueto, se quitaría años—, fue un joven patoso que se movía con la torpeza del gigante, desgarbado y enorme, como si tuviera alguna pierna de más, algún brazo sobrante, incontrolado, un esqueleto hecho de gelatina.

Bueno para el latín, y malo para el álgebra, estudió en Oxford, y un día se levantó hecho un dandi. Se vistió una chaqueta de terciopelo verde, un pantalón de rayas, zapatos de charol con hebilla de plata, y en el ojal un lirio, o un girasol de hojas amarillentas, dependiendo de cómo se encontrara. El traje estético, llamaba irónicamente a ese universo suyo de corbatas de colores impensables, calzones cortos y medias de seda, como las de un torero, con el que acudía a fiestas, veladas, recepciones y citas mundanas.

Llegaba con su bastón de puño de plata y guantes de cabritilla, fumando cigarrillos con boquilla dorada, y haciendo aros de humo con estudiada languidez, o notorio desdén, o suficiencia. Un poco Fingal, a veces, O'Flahertie, si acaso, pero siempre Wilde, el Wilde provocador y vanidoso, fanfarrón y arrogante, estrepitoso: «Bah, el Atlántico, qué decepción», dijo cuando llegó a Nueva York, donde le esperaba un público entregado y una nube de periodistas risueños y entusiastas.

Regresó un año más tarde, con un abrigo de piel que tenían que llevar entre cinco cuando se lo quitaba y encadenarlo a la pared del guardarropa, por si cobraba vida.

Se revolcó en la gloria, en las risas de seda, de brocados y encaje, hasta que la sociedad victoriana, tan timorata, la misma que lo había encumbrado, le dio la espalda. Acusado de inclinaciones depravadas —algo que suena fatal incluso ahora—, fue detenido y juzgado. Y condenado por sodomía y perversión a dos años de cárcel, la máxima pena prevista en el código penal. Durante el primer año no pudo ni siquiera escribir, ni disponer de libros en la celda, donde debía vestir traje de presidiario. Con su porte.

Cuando salió, se escondió detrás de un nuevo nombre, Sebastian Melmoth, y un abrigo de paño, invisible, normal, y transparente, y anduvo por ahí, tratando de esquivar su propio mito. Solo al final, cuando la enfermedad se cebaba ya en él, salía maquillado a la calle, para disimular.

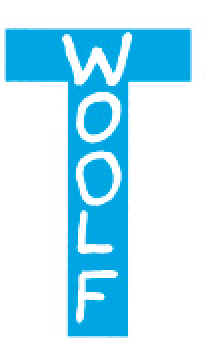
A su entierro acudió media docena de personas. Apenas. Y es costumbre en su tumba, en París, dejar un beso en la piedra, con los labios pintados. De rojo, a ser posible.

Virginia Woolf





Woolf, la bella nunca guapa



uvo un marido que vestía de tweed y plantaba lirios. Una amante ocasional, grande y sólida como un castillo en la campiña. Una nómina, extensa, de gatos y perros. Y una habitación propia. Pequeña y luminosa, impersonal y sobria, casi como una celda deshabitada: una cama bajo la ventana, una estantería verde, a modo de cabecero, una chimenea, y un velador de mimbre con un ramo de flores frescas junto a la colcha blanca, de boda o comunión, de funeral o misa.

Tuvo también una editorial: la prensa en el salón, y la encuadernación en la despensa, Hogarth Press. Allí publicaron Elliot, Gorki, Rilke y Freud, entre otros muchos; sus obras completas, y su olor a cigarro.

Le gustaba el tacto oleoso de la tinta, el papel y las letras de plomo. Un día, trabajando, tropezó, y se le cayó al suelo una bandeja de tipos que durante años estuvieron apareciendo —enes minúsculas, comas, tildes y puntos— escondidos en el pelo de la alfombra.

Tuvo un padre, Leslie Stephen, amigo de escritores, pensador, ensayista, que le dejó su biblioteca desde niña, siempre sin restricción ni vigilancia, y que cuando enviudó se convirtió en un anciano huraño y cascarrabias, dependiente, egoísta, exigente, gritón. Tuvo una hermana, Vanessa, que pintaba, y que fue su vecina, y un grupo de escritores y amigos, elegantes y cultos, aseaditos y limpios, allí a su alrededor, bebedores, todos con canotier o con sombrero, que se llamaban Bloomsbury.

Tuvo un miedo feroz, irracional, lento y agonizante, a la locura. A escuchar a los pájaros hablando entre ellos griego en el jardín —le ocurrió una vez—; a que su madre muerta la visitara —también le sucedió—; a perder ella misma la cabeza hablando sin parar durante

días, un vómito inconexo de palabras, abreviaturas, enes minúsculas, comas, tildes y puntos suspensivos…

Trabajaba habitualmente en una caseta, en el jardín, rodeada de útiles y herramientas, con una tabla de contrachapado que ponía sobre las piernas, sentada en una butaca desfondada, en cuadernos que ella misma fabricaba. Al lado, una mesa enorme, como el mostrador de una chamarilería: libros, y papeles, y horquillas, y cajas de cerillas; puros, lápices, gomas, mil baratijas, polvorientas y desparejadas. Le gustaban, también, las mariposas que cazaba poniendo miel en los troncos de los árboles.

Una mañana oyó voces que le hablaban solo en el interior de su cabeza. Los nazis bombardeaban Londres, a diario, y desde el jardín veía cruzar, negros, altos, la cruz gamada en el timón, los aviones Junkers, que traían la bodega llena de incendios, amputaciones, demolición y muerte. Dejó media docena de cartas, cogió una caña de pescar y desapareció, siempre bella, nunca guapa Virginia.

Encontraron su cadáver en el río dos semanas más tarde. Y vieron aterrados cómo se había llenado los bolsillos de piedras.

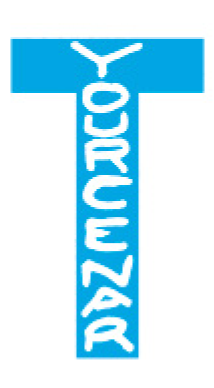
Cualquier ruido afectaba a su concentración de tal manera que le impedía trabajar. Bastaba con que su marido sacara unas manzanas de una bolsa de papel en la cocina para que tuviera que dejar de escribir.

Así que trasladó sus cuadernos a su «casita», que era como Virginia llamaba al cobertizo donde se refugiaba, allí en el jardín, sola y lejos del ruido.

Marguerite Yourcenar



Yourcenar, cuarenta bufandas



enía un espejo en el recibidor, frente a la puerta, colgado exactamente a su altura —uno sesenta y cinco sin tacones—, de modo que el reflejo de su rostro era lo primero que veía cada vez que entraba en casa; una cara, que conservaba el rastro de haber sido alguna vez risueña, y un arrebol de chales, esclavinas, echarpes y pantalones anchos. Un frufrú de faldas de colores, bufandas y jerséis, porque le gustaba vestir cientos de prendas, unas sobre otras casi como un perchero, y cambiarse de ropa y de collares, varias veces al día y una bata de seda, siempre en casa.

Criada por un padre consentidor y bigotudo, que le hablaba de Shakespeare y la llevaba a visitar excavaciones, su infancia fue un listado de gobernantas, preceptoras e institutrices de falda recta, gris como los días nublados, y miopes.

De niña, se imaginaba que era un hada, como las de los cuentos, y recorría la casa con un velo de tul en la cabeza, golpeando los objetos con un trozo de rama, una varita, para ver si alguno se convertía en oro. Nunca ocurrió.

Pero sí contó siempre cómo decidió hacerse escritora y, cómo, jugando con las letras de su apellido, Crayencour, se construyó un seudónimo a medida, tan bueno y duradero que se lo acabó quedando como nombre legal.

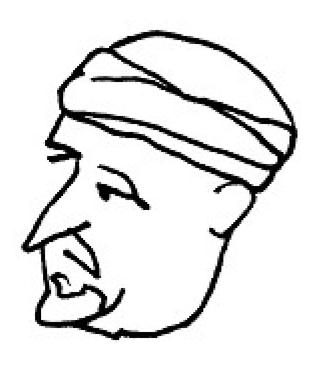
Podía ser encantadora y atenta, amable y seductora, y al minuto tornarse arisca, huraña, esquinada, allí en la isla en la que vivió gran parte de su vida, rodeada de mar, retirada, casi como una ermitaña, cuidando del jardín, y limpiando las tumbas de sus perros. Tres pequeñas lápidas, que podrían haber sido de elfos o de duendes del bosque: Monsieur, Zoe y Valentine, la mimosa, dulce y rubia cocker a la que mató un coche, un día, por accidente. «No me consolaré nunca»,

decía contristada, sin derramar una sola lágrima, endurecida por la gloria como el acero inoxidable, como dijo de ella un amigo al que, desde entonces, dejó de hablar para siempre.

Así que cuando murió su amiga Grace, con quien había vivido toda su vida, se limitó a abrir la ventana de su cuarto, para que el espíritu encontrara una salida honrosa, y vendió su piano al día siguiente.

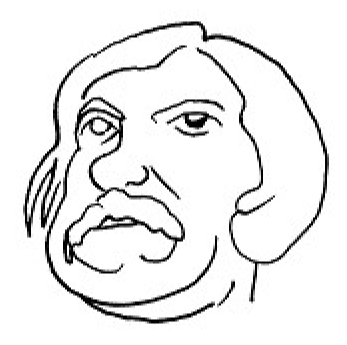
Vivió los últimos años entre honores y premios —la gloria de la posteridad—, yendo a fiestas y dando conferencias, y cambiando de bufanda. Ya anciana, tuvieron que operarla del corazón. Y en el hospital, su amante, un joven fotógrafo, le entregó una pequeña placa de malaquita, verde intenso, preciosa. Habían discutido a menudo por ella, porque a ambos les gustaba. Se la puso en la palma de la mano y le cerró los dedos sobre ella. La placa se rompió al quedarse un minuto después adormilada. Cayó desde el borde de la cama sobre el suelo esterilizado de la clínica, y se hizo mil pedazos. Abrió apenas los ojos, una línea, y suspiró con cierta resignación, quizá con secreta complacencia. «También el sonido al romperse ha sido bonito». Dijo.

Biografías



Apollinaire, Guillaume, seudónimo de Wilhelm Apollinaris de Kostrowitzky (Roma, 1880París, 1918). Escritor francés. Pasó su infancia en Niza y Montecarlo antes de afincarse definitivamente en París. Fue amigo de Braque, de Matisse y de Picasso, quien lo retrató. Fundó y colaboró en multitud de revistas vanguardistas. Fue herido de gravedad durante la Primera Guerra Mundial, y falleció de gripe española.

Amante de los juegos de palabras y las singularidades lingüísticas, su libro más conocido es *Caligramas*.



Balzac, Honoré de (Tours, 1799-París, 1850). Novelista francés. Estudió Derecho y trabajó en un bufete que abandonó enseguida para

dedicarse a escribir. Prometió a su padre que se enriquecería con los libros, aunque sus primeras obras, publicadas con seudónimo, fueron un rotundo fracaso. Vivió una situación de bancarrota casi crónica, a la que no ayudó su tendencia al derroche, su gusto por el arte y la buena vida.

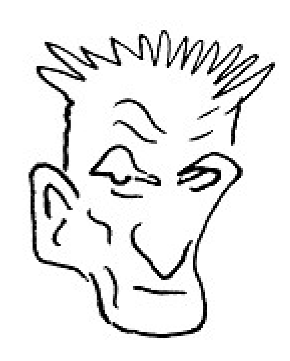
Durante veinte años escribió las ochenta y cinco novelas que después agrupó bajo el título *La comedia humana*.

Entre sus libros más conocidos están *Eugenia Grandet*, *Papá Goriot* y *Las ilusiones perdidas*. Siruela ha publicado *La piel de zapa*.



Baudelaire, Charles (París, 1821-1867). Poeta francés. Se le considera el iniciador de la poesía moderna. Personaje de carácter rebelde y melancólico, se enfrentó desde niño a su padrastro, el general Aupick. Su vida, bohemia y desordenada, en París, sus excesos, le otorgaron el título de poeta maldito. Su libro más conocido, *Las flores del mal*, le valió un proceso por ofensa a la moral, y fue acusado de blasfemo y obsceno.

Tradujo extensamente a Edgar Allan Poe y a Thomas de Quincey, cuya obra le inspiró *Los paraísos artificiales*, donde se incluye su célebre poema «Sobre el vino y el hachís».



Beckett, Samuel (Dublín, 1906-París, 1989). Escritor irlandés. Gozó de una esmerada educación y fue discípulo de James Joyce y colaboró con él. En su etapa como estudiante acudió con asiduidad a funciones teatrales, lo que sería decisivo para su posterior trabajo como dramaturgo. Fue profesor de inglés, participó activamente en la Resistencia y en 1947 adoptó el francés como lengua literaria. Le fue concedido el Premio Nobel en 1969.

Entre sus obras destacan *Esperando a Godot*, uno de los primeros y más brillantes ejemplos del teatro del absurdo, *Final de partida* y *Días felices*. Siruela ha publicado *Encuentros con Samuel Beckett*, de Charles Juliet.

También es autor de novelas, poesía y ensayo.



Blixen, Karen (Rungsted, 1885-1962). Escritora danesa, publicó la mayor parte de sus obras bajo el seudónimo Isak Dinesen. Casada con su primo el barón Blixen-Finecke, se trasladó a Kenia, donde vivió algo más de quince años, experiencia que relató en su obra más conocida, *Memorias de África*, llevada al cine por Sydney Pollack, con Meryl Streep y Robert Redford en los papeles protagonistas.

Son célebres también sus *Siete cuentos góticos* y los *Cuentos de invierno*. Hay un asteroide que lleva su nombre, Blixen, y una variedad de rosa.



Brontë, Charlotte, Emily y Anne
Escritorias británicas nacidas en Thornton, en 1816, 1818 y 1820, respectivamente. Hijas de un clérigo que ejercía de rector en Haworth, recibieron una educación orientada a convertirse en institutrices, trabajo al que se dedicarían Charlotte y Anne en distintos momentos de su vida. Sus dos hermanas mayores murieron de tuberculosis tras contagiarse en un internado. Su hermano Branwell tuvo problemas con el alcohol. Las tres publicaron un libro, *Poemas*, firmado con seudónimo. Y después, las novelas que las harían figurar por derecho propio en la historia de la literatura: *Jane Eyre*, *Cumbres Borrascosas* y, la menos conocida, *Agnes Grey*. Siruela ha publicado *Cumbres Borrascosas*, de Charlotte Brontë.



Byron, George Gordon, sexto Lord Byron (Londres, 1788-Missolonghi, Grecia, 1824). Poeta británico, fue uno de los precursores del romanticismo inglés y perfecto ejemplo del héroe romántico.

Educado en el Trinity College, en Cambridge, emprendió una serie de viajes por España, Malta, Grecia, Portugal y Turquía. Y vivió en Suiza e Italia. Su primer libro, *Composiciones fugaces*, fue prohibido y quemado. *Don Juan* es, sin duda, su obra más conocida. Siruela ha publicado el libro de Harold Nicolson sobre este autor *Byron. El último viaje*.

Murió con treinta y seis años, al parecer de peste, tras participar en la guerra de la independencia de Grecia contra los turcos.



Camus, Albert (Mondovi, actual Drean, Argelia, 1913-Villeblevin, Francia, 1960). Novelista, dramaturgo y ensayista francés. Hijo de un agricultor movilizado durante la Primera Guerra Mundial, que murió en la batalla del Marne, estudió en la Universidad de Argel, hasta que la tuberculosis le obligó a abandonar. Se dedicó al periodismo y ya en París, durante la Segunda Guerra Mundial militó en la Resistencia y fue uno de los fundadores de la revista *Combat*. En 1957 le fue concedido el Nobel de Literatura. Entre sus obras más conocidas cabe citar *La peste*, *El extranjero*, *El mito de Sísifo*, *Calígula* y *Estado de sitio*.

Murió en un accidente de coche sin poder terminar *El primer hombre*, que se publicó póstumamente.



Capote, Truman (Nueva Orleans, 1924-Los Ángeles, 1984). Escritor estadounidense. A los diecisiete años ya vivía en Nueva York, trabajando como periodista para la prestigiosa revista *The New Yorker*, y enseguida fue considerado el niño prodigio de la literatura del momento. Personaje exquisito, mundano y provocador, su presencia era imprescindible en fiestas, presentaciones y estrenos. En 1958 publicó *Desayuno en Tiffany's*, novela que le dio a conocer mundialmente, y que protagonizó en el cine Audrey Hepburn.

Años más tarde se consagró con *A sangre fría*, el relato, a medio camino entre el reportaje y la literatura, del asesinato de una familia en Kansas, y la ejecución de los asesinos.



Chéjov, Antón Pávlovich (Taganrog, 1860-Badenweiler, Alemania, 1904). Dramaturgo y narrador ruso. Hijo de un comerciante huraño y fanatizado por la religión, fue a vivir a Moscú con su familia huyendo de los acreedores. Estudió Medicina, profesión que ejerció solo esporádicamente. Amigo de Tolstói y Gorki, consiguió un enorme éxito y popularidad con sus obras teatrales: *La gaviota*, *El tío Vania*, *El jardín de los cerezos*… También son notables sus cuentos.

Raymond Carver dedicó uno de sus relatos más conocidos, *Tres rosas amarillas*, a su muerte, en un hotel de Badenweiler, cerca del balneario del mismo nombre, en la Selva Negra.



Chesterton, Gilbert Keith (Londres, 1874-Beaconsfield, 1936). Narrador y ensayista británico. Curioso personaje, pensador y polemista, dedicó gran parte de su vida al periodismo. Dueño de un estilo original e irónico, sus obras fueron muy populares entre sus contemporáneos. Creó el personaje del padre Brown, un clérigo detective, entrañable y sagaz, del que publicó decenas de relatos a lo largo de veinticinco años.

Entre sus obras más conocidas, *El hombre que fue jueves* y *El club de los negocios raros*.



Colette, Sidonie-Gabriele (Saint-Sauveur-en-Puisaye, 1873-París, 1954). Escritora francesa. Firmó sus primeros escritos con el nombre de su primer marido, Henri Gauthier-Villars, «Willy». Después de divorciarse, trabajó como bailarina de music-hall y actriz de cabaret, y más tarde se dedicó al periodismo. Escribió más de setenta libros, y fue la primera mujer elegida miembro de la Academia Goncourt.

Entre sus títulos más conocidos, *Gigi*, *La Gata* y la serie de Claudina. Siruela ha publicado la biografía *Secretos de la carne. Vida de Colette*, de Judith Thurman.

Vivió los últimos años de vida, rodeada de gatos, en un lujoso

apartamento en París.



Conrad, Joseph (Berdichev, Polonia, actualmente en Ucrania, 1857-Bishopsbourne, Inglaterra, 1924). Novelista británico de origen polaco, su verdadero nombre era Józef Teodor Konrad Korzeniowski. Fue capitán de la marina mercante. Cuando tuvo que retirarse, por problemas de salud, comenzó una próspera carrera literaria con títulos como *Lord Jim*, *Nostromo* o *El agente secreto*. Su novela *El corazón de las tineblas* inspiró a Francis Ford Coppola una de sus más conocidas películas: *Apocalypse Now*, estrenada en 1979. Siruela ha publicado la selección de artículos *Fuera de la literatura* y *El corazón de las tineblas*.



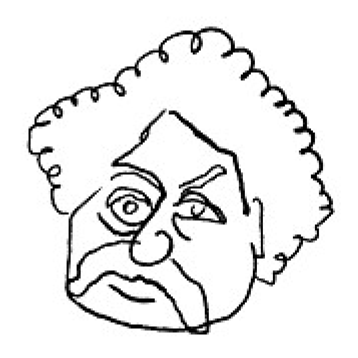
Dickens, Charles (Portsmouth, 1812-Gadshill Place, Kent, 1870). Novelista británico. Vivió una infancia marcada por la pobreza y las privaciones al ingresar su padre en prisión asediado por las deudas. Trabajó en una fábrica de betún, de recadero en un bufete y, después, se inició en el mundo del periodismo y fundó diarios y revistas, entre ellos el *Daily News*.

Viajó por Inglaterra, Italia y Norteamérica, donde ofrecía lecturas de sus principales obras, que eran seguidas por auténticas multitudes. Fue uno de los escritores más populares de su tiempo: firmaba autógrafos, asistía a banquetes y homenajes, y era perseguido por sus fans.

Entre sus obras más conocidas, *David Copperfield*, *Las aventuras de Oliver Twist*, *Canción de Navidad*, *Historia de dos ciudades* y los *Papeles póstumos del Club Pickwick*.

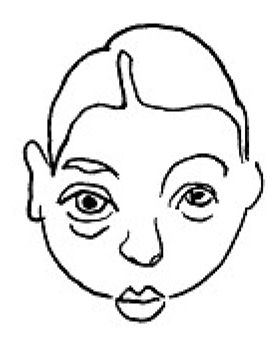


Dostoievski, Fiódor Mijáilovich (Moscú, 1821-San Petersburgo, 1881). Novelista ruso. Su madre murió siendo niño, lo que provocó en su padre, médico, largos periodos de depresión y abatimiento. Fue enviado a estudiar a la Escuela Militar de Ingenieros de San Petersburgo donde empezó su vida literaria. Acusado de conspiración, fue detenido, condenado a muerte, enviado a un campo de trabajo, e incorporado, más tarde, como soldado raso a un cuerpo de tiradores siberianos. Cuando regresó nadie lo recordaba. Vivió con constantes privaciones, cambiando a menudo de ciudad para escapar de los acreedores: Hamburgo, Baden Baden, Ginebra, Florencia, Dresde… Padeció epilepsia, lo que condicionó, también, gravemente su vida. Entre sus obras inmortales, *El jugador*, *El idiota*, *Los hermanos Karamazov* y *Crimen y castigo*. Siruela ha publicado *Cuentos*.



Dumas, Alexandre (Villers-Cotterêts, 1802Puys, 1870). Novelista y dramaturgo francés. Hijo de un general que murió cuando él tenía cuatro años, apenas pudo estudiar. Realizó diversos trabajos, fue pasante, mensajero y escribiente del duque de Orléans. Escribió más de 1.200 obras, muchas de ellas con la ayuda de diversos colaboradores que, más tarde, reivindicaron en los tribunales sus derechos de autor.

Sus novelas tuvieron una excelente acogida, y sirvieron para popularizar el folletín, o novela por entregas, que se publicaba en los diarios. Entre sus obras más conocidas, *Los tres mosqueteros*, *20 años después* y *El conde de Montecristo*. Siruela ha publicado *La guerra de las mujeres* y *Leyendas del Cáucaso y de la estepa*.



Duras, Marguerite (Gia Dinh, Vietnam, 1914-París, 1996). Narradora francesa, su verdadero nombre era Marguerite Donnadieu. Nacida en la Indochina francesa, sus recuerdos de infancia marcarían profundamente su obra. Ya en París estudió Derecho, Matemáticas y Ciencias Políticas en la Sorbona, y participó en la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Fue también guionista y directora de cine, labor en la que destaca su colaboración con Alain Resnais en *Hiroshima mon amour*.

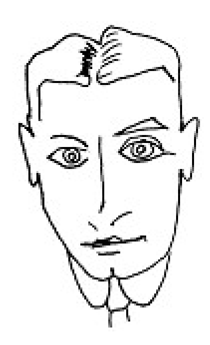
En 1984 publicó el que sería su libro más conocido, *El amante*, una historia de carácter autobiográfico por la que recibió el Premio Goncourt, y que fue llevada al cine por Jean-Jacques Annaud. Siruela ha publicado *Cuadernos de la guerra y otros textos*.



Faulkner, William (New Albany, Mississippi, 1897-Oxford, Mississippi, 1962). Escritor estadounidense. Primogénito de una familia tradicional sureña, dejó pronto los estudios para trabajar en el banco de uno de sus abuelos. Escribió un gran número de relatos en los que retrató la vida en los estados del sur de los Estados Unidos. La mayor parte de sus novelas están ambientadas en un lugar imaginario, Yoknapatawpha.

Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1949.

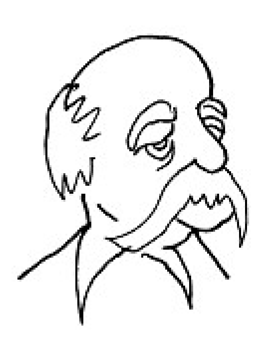
Entre sus obras más conocidas, *El ruido y la furia*, *Mientras agonizo* y *¡Absalón, Absalón!* Siruela ha publicado *Las palmeras salvajes*.



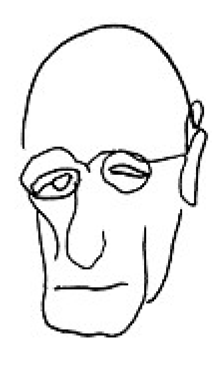
Fitzgerald, Francis Scott (Saint Paul, Minnesota, 1896-Hollywood, California, 1940). Escritor estadounidense. Hijo de una familia acomodada, estudió en la Universidad de Princeton. Sus primeras

novelas tuvieron un éxito arrollador. Su apasionada y compleja relación con Zelda Sayre los convertiría en la pareja de moda de la era del jazz. Apremiado, siempre, por la necesidad de dinero, tuvo que colaborar en revistas y periódicos antes de que el alcohol, las fiestas y el desenfreno le llevaran a Hollywood, donde acabó trabajando como guionista.

Entre sus libros cabe citar *El gran Gatsby, Hermosos y malditos* y *Suave es la noche*.

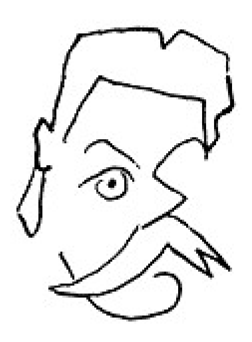


Flaubert, Gustave (Rouen, 1821-Croisset, 1880). Novelista francés. Hijo de un médico que fue cirujano jefe del hospital de Rouen, llevó una vida tranquila, monótona y ordenada y, salvo un par de viajes que realizó por África y Oriente Medio, vivió de las rentas paternas en una propiedad, cerca de París, donde comenzó sus trabajos literarios. Fue amigo de Turguéniev, Zola, Daudet, Rostand y conoció a Victor Hugo, con quien viajó a Córcega. Su obra más conocida es *Madame Bovary*, cuya publicación le costó un proceso por ataque a la moral, del que resultó finalmente absuelto. Otros de sus títulos son *La educación sentimental, Bouvard y Pécuchet* y *Salambó*. Siruela ha publicado sus *Cartas a Louise Colet*.



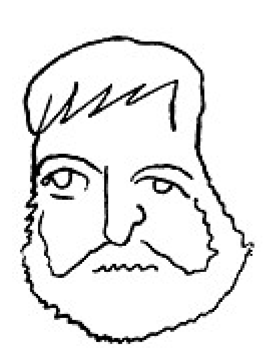
Gide, André (París, 1869-1951). Escritor francés. Hijo de una familia acomodada, recibió una educación estricta y puritana, lo que marcaría sus primeras obras. Fue una de las personalidades literarias más influyentes de su tiempo, y uno de los fundadores de *La Nouvelle Revue Française*. Defensor de la libertad individual frente a la moral, su defensa de la homosexualidad, en *Corydon*, fue un auténtico escándalo para la sociedad de su tiempo.

Entre su ingente producción destacan *Prometeo mal encadenado*, *Los monederos falsos*, *El regreso del hijo pródigo* o *El inmoralista*, y en sus *Diarios* aporta interesantes reflexiones sobre viajes, guerras, el tiempo que le tocó vivir, el hecho de escribir y el compromiso de la literatura.



Gorki, Máximo, seudónimo de Alexéi Maxímovich Pechkov (Nizhny Nóvgorod, 1868-Moscú, 1936). Escritor ruso. De origen humilde y formación fundamentalmente autodidacta, desempeñó decenas de trabajos, y participó en la Primera Guerra Mundial sirviendo en la Cruz Roja. Tras estallar la revolución, y de la mano de los bolcheviques, dirigió un comité encargado de salvaguardar la propiedad artística. Vivió en Alemania e Italia y en 1928, por invitación expresa de Stalin, volvió a Moscú, donde sufrió las grandes purgas de la época en las que su propio hijo sería asesinado.

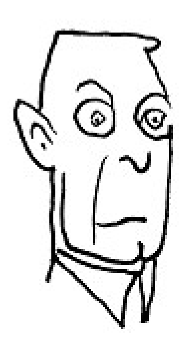
Entre sus obras más importantes, *La madre*, *La familia Orlov* y el drama *Los bajos fondos*.



Hemingway, Ernest (Oak Park, Illinois, 1899-Ketchum, Idaho, 1961). Novelista estadounidense de vida aventurera y llena de riesgo. Participó en la Primera Guerra Mundial como voluntario de la Cruz Roja, y fue herido en combate en el frente italiano. Fue corresponsal de guerra en China, en la Guerra Civil española y en Europa, durante la Segunda Guerra Mundial. Vivió en Cuba y visitó España con frecuencia, para asistir a los sanfermines, en Pamplona.

Entre sus títulos más conocidos, *Fiesta*, *Adiós a las armas* y, sobre todo, *El viejo y el mar*, premio Pulitzer en 1953.

Al año siguiente, en 1954, ganó el Premio Nobel de Literatura.



Hesse, Hermann (Calw, Alemania, 1877-Montagnola, Suiza, 1962). Escritor suizo de origen alemán. En su juventud viajó por Italia y por la India, experiencias que resultaron determinantes para su literatura.

Fue librero, intentó aprender el oficio de relojero, y padeció problemas psicológicos en diversos momentos de su vida. Fue también un notable dibujante y pintor, y le concedieron el Premio Nobel en 1946.

Entre sus títulos más conocidos, *El lobo estepario*, *Demian* y

Siddhartha.



Hugo, Victor (Besançon, 1802-París, 1885). Escritor francés. Pasó su infancia en París, aunque viajó por Nápoles y España siguiendo a su padre, general de Napoleón, que desempeñó diversos cargos diplomáticos. A los catorce años decidió ser escritor, actividad en la que tuvo un éxito casi inmediato. Se dedicó a la política, fue diputado y par de Francia, y vivió exiliado en Jersey y Guernesey durante casi veinte años. Cuando finalmente volvió a París, una enorme multitud salió a recibirlo. Y en 1871 se le rindió un homenaje con motivo del aniversario de Nuestra Señora de París al que asistieron más de medio millón de parisinos.

Entre sus obras imprescindibles, *Los miserables*, *Los trabajadores del mar* y el citado *Nuestra Señora de París*. Siruela ha publicado *El promontorio del sueño*.



James, Henry (Nueva York, 1843-Londres, 1916). Escritor estadounidense, vivió gran parte de su vida en Europa, principalmente en Londres y en el pequeño pueblo de Rye (Sussex), y el sentimiento

del norteamericano expatriado aparece de forma recurrente en sus novelas. Le gustaba codearse con la alta sociedad de su tiempo de donde, confesó, sacaba muchas de las ideas para sus obras.

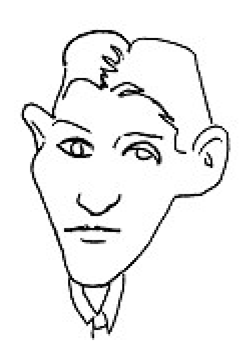
En sus historias llaman la atención el estilo y la minuciosidad y brillantez de sus descripciones. Entre sus obras más conocidas: *Retrato de una dama*, *Las bostonianas* y *Los papeles de Aspern*. Siruela ha publicado *Los amigos de los amigos y otros relatos* y *Otra vuelta de tuerca*.



Joyce, James (Dublín, 1882-Zúrich, 1941). Escritor irlandés. Nacido en el seno de una familia católica y acomodada, recibió una educación esmerada, primero en un internado de jesuitas, donde fue un alumno aventajado, y más tarde en la Universidad de Dublín, donde estudió lenguas.

Vivió en París, Zúrich y fue profesor de inglés en Trieste. En 1921 publicó *Ulises*, la novela que lo encumbraría y una de las más influyentes en la literatura contemporánea. *Ulises* es una novela llena de simbología y experimentos con el lenguaje, que transcurre en un solo día, el 16 de junio de 1904, de la vida de Stephen Dedalus.

Otras obras importantes son *Dublineses* y *Finnegans Wake*.



Kafka, Franz (Praga, 1883-Kierling, Austria, 1924). Escritor checo, su obra ha tenido gran influencia en otros autores contemporáneos. Estudió Derecho y trabajó, durante años, en una compañía de seguros. Publicó poco en vida y aunque viajó por Italia, Francia y Alemania, llevó una existencia rutinaria y relativamente confortable en su Praga natal. Antes de morir pidió a su amigo Max Brod que destruyera gran parte de sus escritos inéditos. Brod desobedeció la orden y así han podido llegar hasta nosotros obras como *El castillo*, *El proceso* o *América*, publicadas póstumamente.

Antes, había editado *Carta al padre* y la que probablemente sea su obra más conocida: *La metamorfosis*, publicada por Siruela junto con otros de sus relatos.

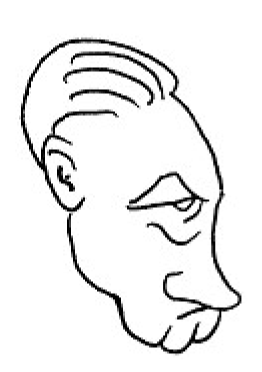


Kipling, Rudyard (Bombay, 1865-Londres, 1936). Escritor británico. Vivió su primera infancia en la India, ya que su padre, oficial del Ejército y escultor, era el director del Museo de Bombay. A los seis años fue enviado a Inglaterra junto con su hermano. Tras regresar a la India ejerció el periodismo y publicó sus primeras historias en prosa. Viajó

por Suráfrica, Australia, Nueva Zelanda y los Estados Unidos, donde conoció a Mark Twain.

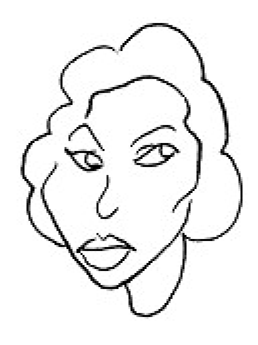
En 1907 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura.

Entre su obras merecen ser citadas *Capitanes intrépidos*, *Kim*, *El hombre que pudo reinar* y *El libro de la selva*. Siruela ha publicado *10 narraciones maestras* y *El hándicap de la vida*.



Lampedusa, Giuseppe Tomasi di (Palermo, 1896Roma, 1957). Escritor italiano. Nacido en el seno de una de las más ilustres familias de Sicilia, fue duque de Parma y príncipe de Lampedusa. Participó en la Primera Guerra Mundial, durante la cual fue hecho prisionero. De vuelta a Italia, tras escapar del campo de internamiento, realizó numerosos viajes, y vivió temporadas en Gran Bretaña y Francia.

Su novela *El Gatopardo*, considerada una de las obras más importantes de la literatura contemporánea, se publicó póstumamente, en 1958, después de numerosos avatares editoriales. La historia fue llevada al cine por Luchino Visconti en 1963. Siruela ha publicado el libro biográfico de David Gilmour *El último Gatopardo. Vida de Giuseppe de Lampedusa*.



Lispector, Clarice (Tchetchelnik, Ucrania, 1920Río de Janeiro, 1977). Escritora brasileña de origen judío. Cursó la carrera de Derecho, años en los que conoció a su esposo, diplomático, con el que viajaría siguiéndole en distintos destinos consulares por Inglaterra, Francia, Italia. De vuelta en Brasil colaboró en diarios y revistas, artículos que después han sido compilados en libro.

Entre sus novelas, cabe destacar *Cerca del corazón salvaje*, publicada en 1944, y que gozó de un inmediato éxito. Siruela, aparte de esta novela, ha publicado también *Cuentos reunidos*, *Correo femenino*, *Aprendiendo a vivir, y otras crónicas*, *La lámpara*, A*prendizaje o El libro de los placeres*, *Agua viva* y *La hora de la estrella*, entre otros de sus libros.



London, Jack (San Francisco, 1876-Glen Ellen, California, 1916). Escritor estadounidense. Hijo de un astrólogo ambulante, a quien no conoció, y de una madre espiritista, llevó siempre una vida errabunda y aventurera; se educó leyendo libros en las bibliotecas públicas. Viajó a Alaska, empujado por la fiebre del oro, y antes fue marino, pescador, corresponsal de guerra, contrabandista… Con sus historias de viajes y aventuras se convirtió en uno de los escritores más populares y mejor pagados de su tiempo.

Entre sus libros destacan *La llamada de la selva*, *Colmillo blanco*, *El lobo de mar*, *El vagabundo de las estrellas…* También publicó John Barleycorn, de carácter autobiográfico. Siruela ha publicado *Asesinatos, S. L.*



Mann, Thomas (Lübeck, 1875-Kilchberg, Zúrich, 1995). Escritor alemán. Nació en una familia de ricos comerciantes. Tras la muerte de su padre, se trasladó a Múnich, donde se educó. Trabajó en una compañía de seguros y en la redacción de una revista. Y casi enseguida se dedicó a escribir. En 1929 le fue concedido el Premio Nobel.

El ascenso de Hitler al poder le obligó a exiliarse primero en Suiza, y después en EE.UU., donde fue profesor de universidad y residió varios años en California.

Entre sus obras imprescindibles, *Los Buddenbrook*, *Tonio Kröger*, *Doktor Faustus* y *La montaña mágica*. Su libro *La muerte en Venecia* fue llevado al cine por Luchino Visconti en 1971.



Melville, Herman (Nueva York, 1819-1891). Vivió una vida azarosa, de constantes viajes y aventuras. Embarcado como tripulante en diversos barcos, navegó por los Mares del Sur, estuvo en Hawái y Tahití, donde vivió con una tribu de caníbales. También se embarcó en un ballenero, el *Acushnet*, y más tarde en una fragata de la Marina estadounidense. Dejó de navegar y se decidió a escribir sus aventuras. Su prosa está considerada una de las más brillantes en lengua inglesa. Entre sus libros

inmortales, *Moby Dick*, *Pierre o Las ambigüedades* y *Bartleby, el escribiente*, publicado por Siruela.



Nabokov, Vladimir (San Petersburgo, 1899-Montreux, 1977). Escritor estadounidense de origen ruso. Tras la revolución de 1917, su familia tuvo que abandonar el país, huyendo de los bolcheviques. Se graduó en Cambridge, y vivió en Francia e Inglaterra, consagrado ya a la escritura. En 1940 se trasladó a EE.UU. donde fue profesor de Literatura en la Universidad de Cornell.

Su obra más conocida y polémica es *Lolita*, publicada en 1955 y llevada después al cine por Stanley Kubrick. En *Habla, memoria* repasa sus recuerdos de infancia, y la nostalgia de la Rusia perdida. Fue un entomólogo aficionado y un consumado ajedrecista.



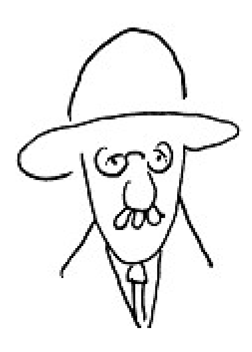
Pasternak, Borís Leonídovichs (Moscú, 1890-Peredélkino, cerca de Moscú, 1960). Poeta y novelista ruso. Hijo de una pareja de artistas, estudió Derecho y Filosofía en Moscú y Marburgo (Alemania), y música, ocupación que abandonó para dedicarse a la poesía. Tras la llegada al poder de los bolcheviques, dejó prácticamente de publicar, y

tuvo que dedicarse a la traducción. En 1956 el manuscrito de *Doctor Zhivago* fue rechazado por la editorial estatal Novi Mir. Tras diversos avatares, fue publicado en Italia, y alcanzó gran difusión. En 1958 le fue concedido el Premio Nobel, aunque tuvo que rechazarlo tras recibir todo tipo de presiones.

Fue rehabilitado en 1987, veintisiete años después de morir.



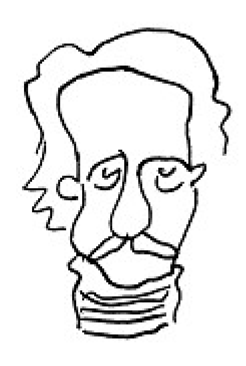
Perec, Georges (París, 1936-Ivry-sur-Seine, 1982). Escritor francés. Su infancia está dramáticamente marcada por la guerra: su padre murió en combate durante la Segunda Guerra Mundial, y su madre, judía, fue deportada a un campo de concentración, donde murió. Tomó desde joven la decisión de ser escritor. Perteneció a OULIPO, grupo de literatura experimental, y muchas de sus obras tienen que ver con la indagación formal o de contenido, o con el juego literario. Entre sus libros más conocidos figuran *La vida instrucciones de uso*, *Me acuerdo, Las cosas*… Y son interesantes *La disparition*, escrito sin la letra E, o *Les revenentes*, historia donde la e es precisamente la protagonista.



Pessoa, Fernando (Lisboa, 1888-1935). Poeta portugués. Pasó parte de su infancia en Durban, República de Suráfrica, donde su padrastro era

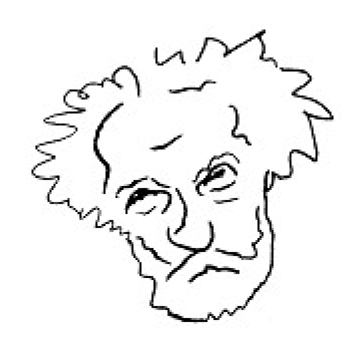
cónsul, y allí recibió una cuidada educación. Escribió sus primeros poemas en inglés.

De regreso a Lisboa llevó una vida discreta, trabajando como traductor de correspondencia comercial para diferentes empresas, y escribiendo una inmensa obra que firmarían numerosos heterónimos, personajes inventados a los que atribuye una biografía, unos rasgos y una compleja personalidad: Álvaro de Campos, Ricardo Reis, Bernardo Soares… En 1982 apareció *Libro del desasosiego*, posiblemente su obra más conocida en España.



Poe, Edgar Allan (Boston, 1809-Baltimore, 1849). Escritor estadounidense. Sus padres murieron siendo niño, y fue adoptado por un matrimonio adinerado con quienes mantendría, sobre todo con el padrastro, una relación difícil. Fue expulsado de la Universidad de Virginia y de la Academia Militar de West Point. Vivió en varias ciudades, llevando siempre una vida bohemia y desordenada.

En 1838 publicó su única novela, *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*, traducida al español por Julio Cortázar. Sus cuentos lo consagraron como uno de los maestros del género, entre ellos, «La máscara de la muerte roja», «El gato negro», «Los crímenes de la calle Morgue»… Siruela ha publicado varios de sus cuentos, en diferentes antologías.



Pound, Ezra (Hailey, Idaho, 1885-Venecia, 1972). Poeta estadounidense. Vivió en Londres, París —donde conoció a Duchamp, Tristan Tzara y Léger— y en diversas ciudades italianas. Durante una época trabajó como secretario de Yeats, y ayudó a popularizar y publicar a numerosos escritores, entre otros, Joyce o T. S. Eliot. Fue admirador de Mussolini y el fascismo italiano, y durante la guerra trabajó para el Eje. Al término de la contienda fue encarcelado.

Trabajó durante gran parte de su vida en el que sería su gran libro, *Cantares*.



Proust, Marcel (París, 1871-1922). Novelista francés de familia adinerada, estudió Derecho y Literatura. Aquejado de asma, acabó convertido en un enfermo crónico, y pasó los últimos quince años de su vida prácticamente encerrado en su habitación, trabajando de forma obsesiva en la que sería su obra capital, «En busca del tiempo perdido», que se compone de siete libros, algunos aparecidos póstumamente.

En 1919 obtuvo el Premio Goncourt por *A la sombra de las muchachas en flor*.



Rilke, Rainer Maria (Praga, 1875-Montreux, 1926). Escritor checo en lengua alemana. Tuvo una infancia difícil marcada por la separación de sus padres, la muerte de su hermana mayor, y las diferencias con su madre, que le obligó hasta los cinco años a vestirse como una niña. En Múnich conoció a Lou Andreas-Salomé, con quien tuvo un romance, y a través de quien entró en contacto con Nietzsche. Durante un tiempo fue secretario de Rodin. Viajó por Rusia, donde conoció a Tolstói, el sur de Italia y el norte de África y acabó asentándose en Suiza.

Entre sus obras, cabe destacar *El libro de horas* y *Elegías de Duino*. Siruela ha publicado *Serpientes de plata y otros cuentos*.



Rimbaud, Jean-Nicolas-Arthur (Charleville, 1854Marsella, 1891). Poeta francés. Destacó en el colegio como uno de los más brillantes alumnos. Más tarde, con dieciséis años se escapó de casa y recaló en París donde inició una vida bohemia y llena de excesos. Tuvo una turbulenta relación amorosa con Paul Verlaine que acabó con este en la cárcel tras haberle disparado. Con diecinueve años había escrito los dos libros que lo harían famoso: *Una temporada en el infierno* e *Iluminaciones*. No volvió a escribir.

Vivió después en África, donde se dedicó a diversos trabajos, entre ellos el tráfico de armas. Siruela ha publicado Arthur Rimbaud. *Una biografía*, de Enid Starkie.



Salgari, Emilio (Verona, 1862-Turín, 1911). Novelista italiano. Estudió en el Real Instituto Técnico Naval de Venecia, y aunque no hay constancia de que consiguiera el título de capitán, él siempre presumió de serlo, e incluso firmó algunas de sus obras con ese título. Escribió más de ochenta novelas, fundamentalmente de aventuras, así como relatos para jóvenes, y aunque gozó de cierta popularidad en su momento, nunca consiguió la tranquilidad económica que le permitiera mantener a su familia con desahogo. Entre sus obras más populares, *Sandokán* y *El corsario negro*.



Sartre, Jean-Paul (París, 1905-1980). Escritor y filósofo francés, desarrolló junto a su compañera, la escritora **Simone de Beauvoir** (París, 1908-1986), los postulados fundamentales del existencialismo. Ambos vivieron los principales acontecimientos del siglo XX y fueron ejemplo de compromiso y coherencia en un terreno político y sobre todo personal no exento de sombras.

Sartre, autor, entre otras obras imprescindibles, de *La náusea*, *A puerta cerrada* y *El ser y la nada*, rechazó el Premio Nobel en 1964, como antes había rechazado la Legión de Honor.

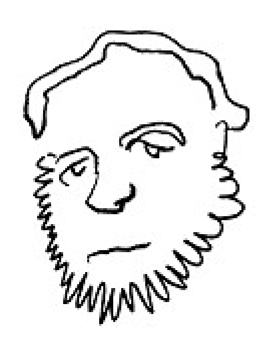
Beauvoir también es autora de una cuantiosa obra con títulos como *El segundo sexo* y *Los mandarines*, Premio Goncourt en 1954.



Simenon, Georges (Lieja, 1903-Lausana, 1989). Novelista belga. Contó sus experiencias de infancia y juventud en muchas de sus novelas: estudiante en un colegio de jesuitas, niño de coro, su primera experiencia sexual, apenas con once años, y algunos trabajos ocasionales antes de dedicarse a la literatura.

Escribió más de 500 obras, la mayoría novelas policiacas o de evasión, muchas de ellas llevadas después al cine o convertidas en series de televisión.

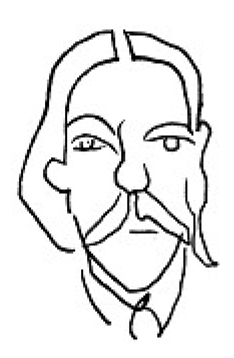
Fue el creador del comisario Maigret, protagonista de decenas de libros.



Stendhal, seudónimo de Henri Beyle (Grenoble, 1783-París, 1842). Escritor francés. Huérfano de madre desde los siete años, estudió en Escuela Central de Grenoble, donde consiguió unas excelentes

calificaciones en matemáticas, y en París, antes de hacerse subteniente de dragones, empleo que le permitió acompañar al ejército de Napoleón en varias de sus campañas, como ayudante de campo del general Michaud. Con la caída de Napoleón, viajó por Milán, Roma, Nápoles y Florencia, donde, visitando la basílica de la Santa Croce, fue víctima del síndrome que lleva su nombre, provocado por la acumulación de belleza.

Entre sus obras, *Rojo y negro* y, sobre todo, *La cartuja de Parma*.



Stevenson, Robert Louis (Edimburgo, 1850-Vailima, Samoa occidental, 1894). Escritor escocés. Vivió una infancia tranquila y feliz, sin acudir al colegio hasta cumplidos los nueve años, viajando con frecuencia con su padre, ingeniero. Cursó estudios de ingeniería, y trabajó como abogado, aunque enseguida se dedicó a escribir. Vivió en infinidad de ciudades en Europa, Estados Unidos y el Pacífico Sur. Su frágil salud le llevó a vivir sus últimos años retirado en una isla, en Samoa, donde los aborígenes le pusieron el sobrenombre de Tusitala, que es el que figura en su tumba, y que significa «el que cuenta historias». Es autor de títulos inolvidables entre los que destacan *La isla del tesoro*, *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* y *La flecha negra*. Siruela ha publicado *Memoria para el olvido. Los ensayos de Robert Louis Stevenson*.



Tolstói, Lev Nikoláievich (Yásnaia Poliana, 1828Astápovo, 1910). Escritor ruso. Nacido en una familia aristocrática, quedó pronto huérfano, y fue criado por un tío. Luchó en la guerra de Crimea, donde consiguió el grado de comandante, y de vuelta a su casa familiar se dedicó a escribir.

Sufrió una profunda crisis espiritual que le llevó a renunciar a sus títulos y bienes, a convivir con los campesinos, y a llevar una vida sencilla. Convertido en una especie de santo venerable, tuvo problemas con la Iglesia ortodoxa, que lo excomulgó en 1901.

Entre sus libros, hay que destacar dos imprescindibles, *Anna Karénina* y *Guerra y paz*. Siruela ha publicado *Iván el Tonto y otros cuentos*.



Turguéniev, Iván Serguéievich (Ôriol, 1818Bougival, cerca de París, 1886). Escritor ruso. Hijo de una acaudalada familia de terratenientes, estudió Filosofía en la Universidad de San Petersburgo y amplió estudios en Berlín. Fue amigo de Flaubert, Zola y Henry James. Tuvo importantes diferencias con Dostoievski y Tolstói, con quien no trató durante cerca de veinte años. Cuando murió Gógol publicó un artículo

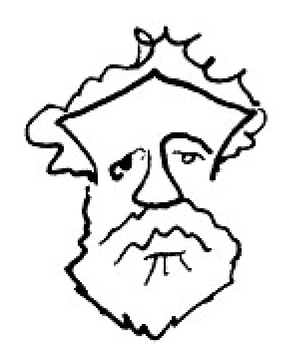
que le costó un año de confinamiento. Autorizado a abandonar Rusia, vivió los últimos años de su vida en Alemania y Francia, donde murió.

Entre sus obras más conocidas, *Relatos de un cazador*, *Primer amor* y *Padres e hijos*.



Twain, Mark, seudónimo de Samuel Langhorne Clemens (Florida, Missouri, 1835-Redding, Connecticut, 1910). Escritor estadounidense. Se crio en Hannibal, puerto fluvial en el Mississippi donde realizó sus primeros estudios. Trabajó como aprendiz de imprenta y tipógrafo, como ayudante del piloto de uno de los populares barcos de palas, fue soldado confederado y minero. En 1862 empezó a trabajar como periodista y a firmar con el seudónimo que le encumbraría.

Entre sus libros más conocidos, *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*. Siruela ha publicado *El forastero misterioso*.



Verne, Jules (Nantes, 1828-Amiens, 1905). Escritor francés. Estudió Derecho y Letras. Fue profesor y agente de bolsa y se dedicó a viajar; visitó Escandinavia, Inglaterra, Escocia… Empezó a ser conocido tras publicar, en 1963, *Cinco semanas en globo*, que anticipaba el tipo de literatura que lo convertiría en una celebridad: historias de aventura,

descubrimientos geográficos, y la preocupación por la innovación tecnológica. Sus obras han sido, siempre, muy apreciadas entre los jóvenes lectores: *Viaje al centro de la Tierra*, *20.000 leguas de viaje submarino*, *De la Tierra a la luna* y, tal vez la más popular, *La vuelta al mundo en ochenta días*.



Walser, Robert (Biel, Suiza, 1878-Herisau, 1956). Escritor suizo en lengua alemana. Trabajó en múltiples oficios, archivero, mayordomo, empleado de banca, y llevó siempre una vida errática y desordenada, sin domicilio fijo. Vivió en Berlín, con su hermano, y comenzó a sufrir trastornos depresivos que aconsejaron su ingreso en una casa de salud, en Herisau, donde vivió hasta su muerte.

Su obra, que se centra en la observación obsesiva del comportamiento humano, fue admirada por Franz Kafka y Walter Benjamin.

Entre sus libros más importantes, *Los hermanos Tanner*, *El ayudante* y *Jakob von Gunten*, publicados por Siruela además de su trilogía *Escrito a lápiz. Microgramas I-III*, *El paseo*, *La rosa*, *La habitación del poeta. Prosas y poemas inéditos*, *Ante la pintura*, *El bandido*, *Historias de amor* y el libro de conversaciones con Carl Seelig *Paseos con Robert Walser*.

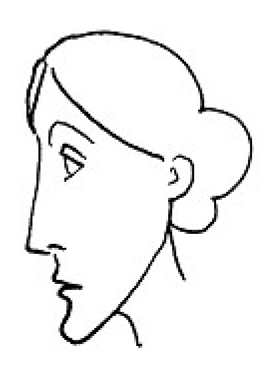


Wilde, Oscar (Dublín, 1854-París, 1900). Escritor irlandés. Estudió en el Trinity College, en Dublín.

Personaje brillante, excéntrico y poco convencional, brilló en los ambientes más distinguidos de la sociedad londinense y parisina. Viajó por Europa y el norte de África, y visitó los Estados Unidos. Tuvo un enorme éxito como autor teatral con obras como *Salomé*, *El abanico de Lady Windemere* o *La importancia de llamarse Ernesto*.

En la cumbre de su carrera fue juzgado por sodomía y condenado a trabajos forzados. Tras la salida de la cárcel se refugió en París.

Tal vez su gran novela sea *El retrato de Dorian Gray*. Siruela ha publicado su *Correspondencia*, *El crimen de lord Arthur Savile*, su carta *De Profundis* y su ensayo *La decadencia de la mentira*.



Woolf, Virginia (Londres, 1882-Sussex, 1941). Escritora y editora inglesa. Hija del historiador y ensayista *sir* Leslie Stephen, nunca fue al colegio, estudió con profesores particulares y con su padre, cuya ingente biblioteca le animó a hacerse escritora. Participó en el conocido grupo de Bloomsbury y, junto con su marido, Leonard Woolf, fundó

Hogarth Press, donde publicarían T. S. Eliot, Katherine Mansfield y Sigmund Freud, entre otros.

Víctima de un trastorno bipolar, se suicidó arrojándose al río Ouse.

Entre sus libros más conocidos se encuentran *Al faro*, *Orlando*, *Las olas*, *La señora Dalloway* y *Una habitación propia*. Siruela ha publicado *Diarios (1925-1930)* y el libro de Nadia Fusini sobre esta autora *Poseo mi alma. El secreto de Virginia Woolf*.



Yourcenar, Marguerite, seudónimo de Marguerite Cleenewerck de Crayencour (Bruselas, 1903-Maine, EE.UU., 1987). Escritora belga. Su madre murió por complicaciones surgidas en el parto, por lo que se crió con su padre y su abuela paterna. A los catorce años ya había leído a los clásicos franceses, además de conocer el latín y griego clásico. Vivió en varios países europeos antes de instalarse en EE.UU., en 1950. Fue la primera mujer miembro de la Real Academia francesa.

De su cuantiosa obra, cabe destacar *El denario del sueño*, *Opus nigrum* y, tal vez la más conocida, *Memorias de Adriano*, traducida al español por Julio Cortázar.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: junio de 2017

En cubierta: Ilustraciones © de Damián Flores

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

ISBN: 978-84-17041-01-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com